

**Diccionario Filosófico en Diez
Volúmenes**

Vol. X: Reliquias — Zoroastro

Por

Voltaire

Freeditorial 

RELIQUIAS. Llamamos reliquia a una parte del cuerpo o ropaje de una persona a quien la Iglesia considera digna de veneración. Jesús condenó la hipocresía de los judíos cuando les dijo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que construís los sepulcros para los profetas y adornáis los monumentos de los justos! » (Mateo, cap. 23, 29). Sin embargo, los cristianos ortodoxos lo mismo veneran la reliquia que la imagen de los santos, y cuando un doctor, de nombre Enrique, se atrevió a decir que los huesos y demás reliquias convertidas en gusanos no deben adorarse, el jesuita Vázquez decidió que la opinión de Enrique era absurda y vana, porque no importa de qué manera se opera la corrupción y por tanto lo mismo podemos adorar las reliquias en forma de gusanos que de cenizas. Pero cualquiera de ambas opiniones que admitamos, san Cirilo de Alejandría confiesa, en su libro *Contra Juliano*, que el origen de las reliquias es pagano. He aquí la descripción de su culto que hace Teodoreto, que vivía en los primeros años de nuestra era (Cuestión 51 sobre el Éxodo): Asistían a los templos de los mártires--nos cuenta ese sabio obispo-- para pedir, unos, que les conservaran la salud, otros, que curaran sus enfermedades, y las mujeres estériles para lograr ser fecundas. Cuando esas mujeres conseguían tener hijos pedían también que se los conservaran. Quienes iban a emprender un viaje suplicaban a los mártires que fueran sus guías y compañeros, y cuando volvían se presentaban en el templo para manifestarles su gratitud. No les adoraban como dioses, pero les honraban como hombres divinos pidiéndoles que fueran sus intercesores. Los ex votos de los templos son pruebas palpables de que quienes pedían con fe habían conseguido sus deseos o la curación de sus enfermedades. Colgaban en los templos ojos, pies y manos de oro y de plata, testimonios que pregonaban la virtud de los que estaban encerrados en aquellos sepulcros. Teodoreto añade que cuando destruyeron los templos de los dioses aprovecharon los materiales para construir los templos de los mártires, porque el Señor--dice aludiendo a los paganos--, sustituyó sus muertos por vuestros dioses, hizo ver la vanidad de éstos y transfirió a otros los honores que a éstos les rendían. De ello se queja amargamente el sofista Garde, deplorando la suerte del templo de Serapis, en Canope, que derribaron por orden del emperador Teodosio I, en 389. Gentes que nunca habían participado en ninguna guerra--dice Ennapins-- fueron capaces de arrancar las puertas del templo y, sobre todo, para llevarse las ricas ofrendas que encerraba. Entregaron los templo a los monjes, gentes infames e inútiles, que sólo por vestir un hábito pardo y sucio adquirían tiránica autoridad sobre los pueblos, y en el lugar de los dioses esos monjes colocaron, para ser adorados, cabezas de bandidos decapitados por sus crímenes y que salaron para conservarlas.

El pueblo es supersticioso y por la superstición se le encadena. Los milagros que urdieron con las reliquias fueron el imán que atrajo a las iglesias

la riqueza de todas partes. La granjería y la credulidad llegaron a tal extremo que en 386 el emperador Teodorico se vio obligado a promulgar una ley prohibiendo trasladaran los cadáveres enterrados, fragmentaran las reliquias corporales de cada mártir y traficaran con ellas. Durante los tres primeros siglos del cristianismo celebraban el día de la muerte, que llamaban su día natal, reuniéndose en los cementerios donde descansaban sus cuerpos para rezar por ellos, como queda dicho en el artículo Misa. No se creía entonces que, más tarde, los cristianos robarían los cadáveres de los templos, trasladarían sus cenizas y huesos de un sitio a otro, los mostrarían en los púlpitos y harían con ello un tráfico que la avaricia excitaría a llenar el mundo de reliquias falsas. El tercer Concilio de Cartago, celebrado en 397, declaró canónico el Apocalipsis de San Juan, cuya autenticidad hasta entonces había sido puesta en duda, y que en el capítulo VI dice: «Vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios» y autorizó poner reliquias de los mártires en los altares. Esta práctica se consideró tan indispensable que san Ambrosio no quiso consagrar una iglesia porque no tenía reliquias en los altares, y en 692 el Concilio de Constantinopla mandó derribar los altares que no hubiese reliquias. Otro Concilio de Cartago opinó lo contrario, mandando en 401 a los obispos que hicieran derribar los altares erigidos en los campos y caminos en honor de los mártires para que desenterraban las supuestas reliquias, valiéndose para esto de los sueños y revelaciones de todo el mundo. San Agustín, en su Ciudad de Dios (lib. 22, cap. 8), nos cuenta que, en 415, Luciano, párroco de la aldea de Cafarmagata, no lejos de Jerusalén, vio en sueños hasta tres veces al rabino Gamaliel, quien le reveló que su cuerpo, el de su hijo, el de San Esteban y el de Nicodemo, estaban enterrados en el lugar de su parroquia que le indicaría. Le suplicó que no los dejara más tiempo en el olvidado sepulcro donde yacían desde siglos y fuera a decírselo a Juan, obispo de Jerusalén, para que los sacara en seguida si quería evitar los desastres que amenazaban al mundo. Gamaliel agregó que este traslado debía realizarse durante el episcopado de Juan, que murió un año después. El cielo ordenaba que el cuerpo de san Esteban fuera trasladado a Jerusalén. El párroco entendió mal lo que dijo Gamaliel o fue desafortunado pues por más que cavó no pudo encontrar los cadáveres. Ello obligó a Gamaliel a aparecerse a un monje sencillo e inocente y darle de nuevo las señas del sitio donde descansaban las sagradas reliquias. Pero, entretanto, Luciano encontró el tesoro que buscaba según la revelación que Dios le hizo. En dicho sepulcro había una losa en la que estaba grabada la palabra cheliel, que en hebreo significa corona. Cuando abrieron el féretro de Esteban tembló la tierra, fluyó un aroma delicioso y muchísimos enfermos se curaron. El cuerpo del santo estaba reducido a cenizas, excepto los huesos, que trasladaron a Jerusalén y depositaron en la iglesia de Sión. Avito, sacerdote español que se hallaba entonces de Oriente, tradujo al latín esta historia que Luciano escribió

en griego. Como Avito era amigo de Luciano, obtuvo de éste un puñado de cenizas del santo y algunos huesos de tantas virtudes que probaban de modo visible su santidad y de los que emanaba un perfume más delicioso que los más agradables aromas. Estas reliquias, que llevó Osorio a la isla de Menorca, convirtieron allí en ocho días a quinientos cuarenta judíos. Poco después supieron, por diversas revelaciones, que en Egipto los monjes tenían reliquias de san Esteban, llevadas allí por gentes desconocidas. Como los monjes, entonces, no eran sacerdotes ni tenían iglesias propias, fueron a incautarse de dichas reliquias para trasladarlas a una iglesia cercana a Usale. Algunas personas vieron encima de dicha iglesia una estrella que, al parecer, guió el traslado del santo mártir. Las reliquias no permanecieron mucho tiempo en la citada iglesia, pues el obispo de Usale, deseando enriquecer la suya, las sacó de allí y se las llevó en un carro, acompañado por gente del pueblo que cantaba alabanzas a Dios y portaba cirios y luminarias. Así llevaron las reliquias a la iglesia y las colocaron sobre un trono bajo dosel; luego, las pusieron en una urna de cristal sobre un blando lecho y cerraron la urna con llave dejando una ventanilla para que a través de ella pudieran tocar unos lienzos que tenían la virtud de curar diversas enfermedades. Un puñado de polvo recogido de la urna que encerraba la reliquia curó de repente a un paralítico, y varias flores ofrecidas al santo que aplicaron a los ojos de un ciego le devolvieron la vista. Se hizo también allí el milagro de resucitar siete u ocho muertos. San Agustín, en *Contra Fausto* (lib. 22, cap. 4), trata de justificar ese culto distinguiéndolo del de la adoración, que sólo debe rendirse a Dios, y se ve obligado a convenir (*De las costumbres de la Iglesia*, cap. 39) que conoce a muchos cristianos que adoran los sepulcros e imágenes. Añade que algunos beben copiosamente sobre las tumbas y que dando festines a los cadáveres se entierran sobre los que están enterrados.

En efecto, al extinguirse el paganismo e ilusionados de encontrar en la Iglesia cristiana, aunque con distintos nombres, hombres divinizados, los pueblos los honraron tributándoles los mismos honores que a los dioses. Ahora bien, se equivocará el que quiera deducir las ideas y prácticas del vulgo por las ideas ilustradas de los obispos y filósofos. Sabido es que los sabios paganos hacían las mismas distinciones que nuestros sabios obispos. «Debemos —decía Hierocles en *Sobre los versos de Pitágoras*— reconocer y servir a los dioses, pero teniendo gran cuidado de poner sobre ellos al Dios supremo, que es su autor y padre. No debemos exaltar excesivamente la divinidad de aquéllos, y el culto que les tributamos debe llegar hasta su único creador, que podemos llamar propiamente el dios de los dioses, ya que es el más excelente y el Señor de todo». Y Porfirio en *De la abstinencia* (lib. II), que como san Pablo califica al Dios supremo superior a todo, añade que no se le debe sacrificar nada sensible, nada material, porque siendo espíritu puro todo lo material es impuro para El. Sólo pueden honrarle dignamente el pensamiento y

los sentimientos del alma, cuando no está manchada por ninguna pasión impura. En suma, san Agustín, al confesar ingenuamente que no se atreve a hablar con libertad de algunos abusos similares para no escandalizar a las personas devotas o provocar confusiones, deja comprender que los obispos se portaban con los paganos, para convertirlos, con la misma tolerancia que san Gregorio recomendaba dos siglos después para convertir a Inglaterra. Dicho santo, contestando a la consulta que hizo el monje Agustín respecto a algunas ceremonias mitad civiles y mitad paganas, a las que no querían renunciar los ingleses recién convertidos, respondió: «No se pueden quitar de golpe todos sus hábitos a los hombres toscos; no se llega a la cima de un peñón escarpando y saltando, sino arrastrándose paso a paso». La respuesta que dio el mismo san Gregorio a Constantina, hija del emperador Tiberio Constantino y esposa de Mauricio, cuando le pidió la cabeza de san Pablo para colocarla en la iglesia que fundó dedicada al apóstol, no es menos notable. El papa contesta a la princesa que los cuerpos de los santos resplandecen con tantos milagros que nadie se atreve a acercarse a sus sepulcros para rezarles sin experimentar terror pánico; que a su predecesor Pelagio II, al querer tomar el dinero que había sobre la tumba de san Pedro para retirarlo a cierta distancia, se le mostraron signos espantosos; que ante él —el papa Gregorio— cuando trataban de reparar el monumento de san Pablo, era preciso cavar más hondo, el que cavaba tuvo la audacia de quitar los huesos para trasladarlos a otra parte y se le aparecieron también signos tan terribles que murió de repente; que su predecesor, al pretender reparar la tumba de san Lorenzo, descubrió imprudentemente el féretro que contenía el cuerpo de dicho mártir y los monjes y obreros que trabajaban murieron todos en el espacio de diez días; que cuando los romanos dan reliquias, nunca tocan los cuerpos sagrados, sino que se concretan en depositar en una caja algunos lienzos que tienen igual virtud que las reliquias y obran los mismos milagros; que cuando unos griegos dudaron de ese hecho, el papa León hizo que le trajeran unas tijeras y cortando en su presencia esos lienzos cuando los acercaron a los cuerpos santos salió sangre de ellos; que en Roma y en todo Occidente es sacrilegio tocar los restos de los santos, y que si alguien osa hacer tal cosa puede asegurarse que su crimen no quedará impune. Por esto no puede creer que los griegos tengan la costumbre de transportar las reliquias, ni que los orientales afirmen que los cuerpos de san Pedro y san Pablo les pertenecen. Cuando fueron a Roma para llevárselos a su país, al llegar a las catacumbas donde yacían sus cuerpos, truenos horribles y relámpagos espantosos los dispersaron aterrorizados, obligándoles a renunciar a su idea y que quienes sugirieron a Constantina la idea de reclamar la cabeza de san Pablo no tuvieron otro designio que la de hacerle perder la gracia del Papa. Y san Gregorio termina con estas palabras: «Confío en Dios en que no os privará del fruto de vuestra buena voluntad, ni de la virtud de los santos apóstoles, y si no podéis gozar de su presencia

corporal gozaréis siempre de su protección». Pese a cuanto dice el citado papa, la Historia eclesiástica atestigua que los traslados de reliquias eran tan frecuentes en Occidente como en Oriente. Además, el autor de las notas de la mencionada carta observa que el mismo san Gregorio, más tarde, cedió varios cuerpos de santo y que otros papas dieron hasta seis o siete a una misma persona.

Conocido todo esto, ¿debemos sorprendernos del favor que gozaron las reliquias entre los pueblos y los reyes? Los juramentos más corrientes entre los antiguos franceses se hacían sobre la reliquia de un santo. Así, los reyes Gontrán, Sigeberto y Chilperico repartieron los estados de Clotario y convinieron en disfrutar de París jurando sobre las reliquias de Poliyeto, san Hilario y san Martín. El catecismo del Concilio de Trento aprobó también la costumbre de jurar sobre las reliquias. Es sabido que los reyes de Francia de la primera y segunda estirpes conservaban en sus palacios gran número de reliquias, entre ellas la capa de san Martín, que llevaban en su séquito y hasta en sus ejércitos, y desde palacio enviaban las reliquias a provincias siempre que había de prestarse juramento de fidelidad al rey o tenían que cerrar algún tratado.

RELOJ (reloj de Acáz). Ya hemos dicho que todo es prodigioso en la historia de los judíos. El milagro en favor del rey Ezequías respecto a su reloj, que se llamó el reloj de Acáz, fue uno de los más asombrosos del mundo. Toda la tierra debió observar que se trastornaba el curso de los astros y, sobre todo, los momentos de eclipse del sol y la luna. Este prodigio acaeció entonces por segunda vez. Josué había detenido el sol al mediodía en Gabaón, y la luna en Agadón, para exterminar a los soldados amorreos que ya había aplastado la densa lluvia de piedras que cayó del cielo. El sol, en vez de detenerse ante el rey Ezequías, volvió hacia atrás, lo que viene a ser poco más o menos lo mismo, pero de otra forma. Isaías dijo a Ezequías, que estaba enfermo: «Dice el Señor Dios: Prepara tus cosas porque vas a morir, tu vida va a tener fin» (Reyes lib. IV, cap. 20). Ezequías lloró y su llanto conmovió al Señor, que ordenó a Isaías le dijera que viviría aún quince años, y que en tres días sanaría para ir al templo. Entonces, Isaías hizo traer una masa de higos, la aplicó a la úlcera del rey y éste se curó. Ezequías preguntó si alguna señal le indicaría que estaba curado, e Isaías le dijo: ¿Quieres que la sombra de ese reloj solar adelante diez líneas o que retroceda otros tantos grados? Ezequías contestó: «Es fácil que la sombra avance; deseo que retroceda». El profeta Isaías invocó al Señor e hizo retroceder la sombra de línea en línea por los diez grados que había ya andado en el reloj de Acáz. Me pregunto qué era el reloj de Acáz, si lo había construido un relojero de ese nombre o era un regalo que hicieron al rey Acáz. Porque lo cierto es que se ha discutido mucho sobre el reloj en cuestión. Los sabios han demostrado que los judíos no conocieron ningún reloj, ni siquiera el de sol, antes de su cautiverio en Babilonia, única época que

aprendieron algo de los caldeos y empezaron a saber leer y escribir. Sabemos también que en su idioma no existían las voces reloj, cuadrante, geometría y astronomía, y que en el texto del Libro de los Reyes el reloj de Acaz se denomina la hora de la piedra. Pero la cuestión se complica todavía más cuando el rey Ezequías, poseedor de ese cuadrante de sol o esa hora de piedra, dice que era fácil hacer que avanzara el sol diez grados cuando resulta tan difícil hacerle avanzar como retroceder en su movimiento ordinario. La propuesta del profeta es tan extraña como el aserto del rey. ¿Quieres que avance o que retroceda diez horas la sombra del sol? Esto podría decirse en Laponia, donde el día más largo del año tiene veinte horas, pero es absurdo en Jerusalén, donde el día más largo no tiene más que catorce horas y media. El rey y el profeta estaban muy equivocados, lo que no quiere decir que neguemos el milagro; hablamos de este modo para que quede claro que Ezequías e Isaías no dijeron lo que debieron decir. A cualquier hora, es imposible que fuese igual retroceder la sombra hasta las cuatro de la madrugada, y aun en este caso no podía hacerla avanzar diez horas, porque hubiera llegado a la media noche y a tal hora nunca hay sombra de sol.

Aunque es difícil averiguar en qué tiempo se escribió esa historia, sólo pudo hacerse cuando los judíos empezaron a conocer confusamente los relojes de sol, y sabemos que adquirieron algún conocimiento de las ciencias durante su cautividad en Babilonia. Otra dificultad para podernos explicar este texto es que los judíos no contaban por horas como nosotros, y en esto no han parado mientes los comentaristas. El mismo milagro aconteció en Grecia el día que Astrea hizo servir los hijos de Tieste en la cena de su padre. Y otro idéntico se produjo cuando Júpiter se acostó con Alcmene: se necesitaba una noche de doble duración que la ordinaria para crear a Hércules. Estas leyendas son comunes en la Antigüedad, pero muy raras en nuestros días, en que todo degenera.

RESURRECCIÓN. Se dice que los egipcios construyeron las pirámides y mastabas para que sirvieran de sepulcros y los cuerpos de los muertos embalsamados, esperaran que sus almas fueran a reanimarlos al cabo de mil años. Pero si los cuerpos debían resucitar, ¿por qué la primera operación que hacían los embalsamadores consistía en horadarles el cráneo y con un gancho sacar los sesos? La idea de resucitar sin sesos parece que hace sospechar que los egipcios vivos no tenían. Debemos, sin embargo, tener presente que la mayor parte de los antiguos creían que el alma estaba en el pecho. ¿Por qué el alma ha de estar en el pecho y no en otra parte? Es indudable que cuando experimentamos sensaciones violentas sentimos en la región del corazón una dilatación o contracción que nos hacen creer que aquí se aloja el alma. El alma era algo aéreo, un ser sutil que deambulaba por donde podía hasta encontrar su cuerpo. La creencia en la resurrección es más antigua que los tiempos históricos. Atalido, hijo de Mercurio, podía morir y resucitar según su

voluntad Esculapio resucitó a Hipólita, Hércules a Alcestes, Pélope, despedazado por su padre, fue resucitado por los dioses y Platón dice que Heres resucitó por quince días. En Judea, los fariseos adoptaron el dogma de la resurrección mucho tiempo después que Platón. En los Hechos de los Apóstoles se refiere un hecho singular. Santiago y muchos de sus compañeros aconsejaron a san Pablo que fuese al templo de Jerusalén a practicar las ceremonias de la ley antigua, a pesar de ser cristiano, «para que todos se enteren de que es falso lo que de vos cuentan y sepan que continuáis observando la ley de Moisés». Lo que equivale a decir: Id a mentir al templo y a perjurar, id a renegar públicamente de la religión que enseñáis. San Pablo fue, pues, al templo durante siete días y al séptimo le reconocieron y le acusaron de llevar extranjeros al templo, de haberlo profanado. He aquí cómo salió del apuro: «Sabiedo Pablo que algunos de los que estaban allí eran saduceos y otros fariseos, exclamó ante la asamblea: Hermanos míos, soy fariseo e hijo de fariseos, y porque abrigo la esperanza de la vida futura y la resurrección de los muertos, desean condenarme» (Hech. Apóst. 23,6). En todo este asunto no se trató de la resurrección de los muertos y Pablo sacó a relucir esto sólo para enfrentar a los fariseos y saduceos. «Hablando Pablo de esta manera suscitó una discusión entre los fariseos y saduceos y la asamblea se dividió en dos bandos. Los saduceos sostenían que no existía la resurrección ni el espíritu, y los fariseos reconocían ambas cosas».

Aseguran algunos que Job, que es muy antiguo, conocía ya el dogma de la resurrección, y para demostrarlo citan estas palabras: «Sé que mi redentor está vivo y un día me llegará su redención; entonces me levantaré del polvo, la piel me renacerá y veré todavía a Dios en mi carne» (Job, cap. 19, 26). Varios comentaristas interpretan estas palabras diciendo que Job abrigaba la esperanza de curar de su enfermedad y no permanecer siempre acostado en el suelo, como estaba. Los versículos siguientes demuestran que ésta es la verdadera explicación, cuando momentos después dice a sus falsos amigos: «¿Por qué, pues, decís persigámosle»; o estas otras palabras: «Porque vosotros diréis, ¿por qué le hemos perseguido?» Evidentemente, quiere decir que se arrepentirían de haberle ofendido cuando le vieran otra vez en su primer estado de salud y opulencia. El enfermo que dice me levantaré, no dice resucitaré. Tergiversar el sentido de los pasajes claros es el medio más seguro de no entenderse nunca. San Jerónimo sitúa la formación de la comunidad de los fariseos poco antes de venir Jesucristo al mundo. El rabino Hillel parece ser el fundador de la secta de los fariseos y fue coetáneo de Gamaliel, maestro de san Pablo. Muchos fariseos creían que sólo habían de resucitar los judíos, pero no los demás hombres, y otros estaban convencidos que la resurrección tendría lugar en Palestina y los cuerpos enterrados en otras partes serían llevados secretamente a Jerusalén para unirse allí a sus almas. Pero san Pablo, en su Primera Epístola a los tesalonicenses, cap. IV, dice que «el segundo

advenimiento de Jesucristo sería para ellos y para él. Tan pronto como el arcángel dé la señal y suene la trompeta de Dios el Señor descenderá del cielo y los que hayan muerto en Jesucristo resucitarán los primeros. Nosotros, que estaremos vivos hasta entonces, nos veremos arrebatados con ellos hasta las nubes para ir por los aires hasta la presencia del Señor y vivir eternamente con El». Este importante pasaje prueba que los primeros cristianos creían ver el fin del mundo, como predijo san Lucas. San Agustín mantenía que los niños, incluso los que nacen muertos, resucitarían en edad madura. Orígenes, Jerónimo, Atanasio y Basilio no creían que las mujeres debían resucitar con su sexo. En pocas palabras, siempre se ha discutido sobre lo que fuimos, somos y seremos.

De la resurrección de los antiguos. En opinión de algunos, el dogma de la resurrección era creencia general en Egipto y hasta yo mismo opinaba antes de ese modo. Unos creían que se resucitaba al cabo de dos mil años y otros a los tres mil, diferencia de opiniones teológicas que parece probar que no estaban seguros del hecho. Por otra parte, no sabemos de nadie que resucitara en la historia de Egipto, pero sí que hubo resucitados en Grecia. Veamos, pues, si encontramos en los griegos la invención de resucitar. Los griegos solían incinerar los cadáveres, mientras que los egipcios los embalsamaban para que el alma, cuando regresara a su antigua morada, la encontrara dispuesta para recibirla. Esto se comprendería si el alma volviera a encontrar los órganos de su cuerpo, pero el embalsamador, como hemos dicho, empezaba por quitarle el cerebro y vaciarle las entrañas. ¿Cómo es posible que los hombres resuciten sin intestinos y sin la parte noble que es la que piensa? ¿Cómo ha de adquirir su sangre, su linfa y demás humores? Se me contestará que todavía es más difícil resucitar en Grecia, cuando sólo queda de cada cuerpo una libra escasa de cenizas. Esta objeción es contundente y me obliga a considerar la resurrección como algo muy extraordinario, aunque esto no impidió que resucitaran los personajes griegos de que antes hemos hablado. Algunos socialistas severos encuentran la resurrección y el Purgatorio en Virgilio. En el libro VI de la Eneida se lee, respecto al Purgatorio: «Los corazones más perfectos, las almas más puras, ven los ojos de los dioses llenos de manchas que es necesario borrar. Como ninguno fue inocente deben castigarnos a todos. Cada alma tiene su demonio, cada vicio su castigo, y diez siglos apenas son suficientes para conseguir que nuestro corazón sea digno de los dioses». He aquí mil años de Purgatorio expresados taxativamente, sin que los familiares pudieran conseguir de los sacerdotes indulgentes que acortaran el plazo, previo pago en dinero contante. Los antiguos eran más severos y menos simoníacos que nosotros a pesar de atribuir a sus dioses muchas tonterías. Pero esto era inevitable, porque su teología estaba llena de contradicciones, como los incrédulos dicen que está la nuestra. Cumplida la pena del Purgatorio las almas iban a beber el agua del Leteo, tras lo cual pedían penetrar en otros

cuerpos y volver a ver la luz del día. Pero esto no era una verdadera resurrección. Entrar en un cuerpo nuevo no es volver a recuperar el suyo; eso era una metempsicosis que nada tiene que ver con la resurrección.

Confieso que las almas antiguas hacían un mal negocio volviendo por segunda vez al mundo, porque debió ser muy triste reaparecer en la tierra, pasar en ella unos setenta años y sufrir todo lo sufrible en la vida para volver a pasar mil años de Purgatorio. No debía haber alma que no se cansara de los avatares de una vida tan corta y una penitencia tan larga. De la resurrección de los modernos. Nuestra resurrección es muy diferente. Cada hombre recuperará el cuerpo que tuvo y todos los cuerpos arderán eternamente, salvo uno por cada cien mil. Lo que es peor que un Purgatorio de diez siglos para revivir en el mundo unos años. ¿Cuándo llegará el día de la resurrección general? Como no se sabe positivamente, los doctos son de encontrados pareceres; ni siquiera saben cómo cada quisque puede encontrar sus miembros porque tropiezan con muchas dificultades para averiguarlo. He aquí algunas:

1) Nuestro cuerpo experimenta durante su vida un cambio continuo; nada queda a los cincuenta años del cuerpo que pudo alojar nuestra alma a los veinte.

2) Un soldado bretón enviado al Canadá se ve en la mayor penuria y la necesidad le obliga a comerse a un iroqués que mató el día anterior. Este iroqués estuvo comiendo jesuitas durante dos o tres meses y gran parte de su cuerpo se había convertido en jesuita. He aquí, pues, el cuerpo de ese soldado compuesto de iroqués, de jesuita y de lo que comió antes. ¿Cómo cada uno puede recuperar lo que legítimamente le pertenece?

3) Un niño muere en el vientre de su madre en el momento que acaba de recibir el alma. ¿Resucitará feto, niño u hombre?

4) Un alma llega a otro feto antes de saberse si será varón o hembra. ¿Resucitará niña, niño o feto?

5) Para resucitar y ser la persona que érais es indispensable tener la memoria alertada, ya que ésta es de la identidad. Y si habéis perdido la memoria, ¿cómo podéis ser el mismo hombre?

6) Sólo cierto número de parcelas terrestres pueden constituir al animal. La arena, la piedra, el mineral y el metal, no sirven. Tampoco es adecuada toda la tierra; sólo los terrenos favorables para la vegetación lo son para el género animal. Cuando después de transcurrir muchos siglos resucite todo el mundo, ¿dónde se ha de encontrar tierra idónea para tantos cuerpos?

7) Supongamos una isla cuya parte vegetal sólo pueda nutrir a mil hombres y a cinco o seis mil animales que al cabo de cien mil generaciones tenga que acoger mil millones de hombres. ¿Habrá materia suficiente para ellos?

8) Después de demostrar, o de creer que hemos demostrado, que es necesario un prodigio tan grande como el diluvio universal o el de las plagas de Egipto para efectuar la resurrección del linaje humano en el valle de Josafat, nos atreveremos a preguntar qué han hecho las almas de todos esos cuerpos que estaban esperando el momento de meterse en los mismos.

Podrían hacerse muchas más objeciones, pero los teólogos pulverizan éstas y todas las que podamos presentarles.

RISA. Es innegable que la risa es la expresión de la alegría, como las lágrimas lo son del dolor. Quienes buscan causas metafísicas en la risa, no son festivos, y los hombres que saben el porqué la alegría, que excita a la risa, retira hacia las orejas el músculo, no les hace reír la alegría, ni tampoco les hace llorar la tristeza. De los ojos del ciervo rezuma cierto humor cuando los perros de caza le persiguen y están a su alcance, lo mismo que el perro cuando lo disecan vivo; pero no lloran por sus hembras queridas ni por sus amigos, como nosotros, ni sueltan la carcajada cuando ven un lance cómico: el hombre es el único animal que llora y ríe. Como lloramos por lo que nos aflige y reímos por lo que nos divierte, algunos investigadores han supuesto que la risa nace del orgullo, o sea que se juzga superior a aquel de quien se ríe. No cabe duda que el hombre es un animal tan risible como orgulloso, pero no es el orgullo lo que nos provoca la risa. El niño que ríe de corazón no lo hace por creerse superior a los que le excitan la risa; también se ríe cuando le hacen cosquillas y sin duda esto no es orgullo. Cuando yo tenía once años leí por primera vez *El anfitrión*, de Moliere, que me hizo desternillar de risa. ¿Reía por orgullo? Nadie es orgulloso cuando está solo. El dueño del asno de oro, ¿rió por orgullo cuando vio que su jumento se le comía la cena? El que ríe, en aquel momento experimenta un regocijo irreflexivo, sin preocuparse de nada más. Ahora bien, todas las alegrías no provocan la risa. Los grandes placeres son muy serios, y los que proporcionan el amor, la ambición y la codicia nunca hacen reír a nadie. La risa produce a veces convulsiones e incluso se asegura que algunas personas han muerto de risa. Me cuesta trabajo creerlo y me parece más fácil que se pueda morir de pesadumbre. Las pasiones violentas que excitan unas veces las lágrimas y otras los amagos de risa, ponen tirantes los músculos de la boca, pero a veces no producen una risa verdadera, sino una convulsión, un tormento. En ese caso, las lágrimas pueden ser verdaderas porque el que las derrama sufre; pero la risa no lo es y tiene otro nombre, se llama risa sardónica. La risa sarcástica, *perfidum ridens*, es diferente; es la alegría que nos causa la humillación de los demás.

SACERDOTES. Los sacerdotes deben ser en el Estado poco más o menos como los preceptores que se contratan en las casas particulares para que enseñen, recen y den buen ejemplo; no tienen, ni pueden tener, autoridad alguna sobre los dueños de la casa. De todas las religiones, la que excluye más taxativamente a los sacerdotes de tener autoridad civil es, sin duda la religión de Jesucristo, que establece estas máximas: «Dad al César lo que es del César», «No habrá entre vosotros ni primero ni último», «Mi reinado no es de este mundo». Las disputas entre el Imperio y el sacerdocio ensangrentaron Europa durante más de seis siglos, por parte de los sacerdotes fueron rebeliones contra Dios y los hombres y un pecado continuo contra el Espíritu Santo. Desde Calcas, que asesinó a la hija de Agamenón, hasta Gregorio XII y Sixto V, dos obispos de Roma que quisieron arrebatarse el reino de Francia a Enrique IV, el poder eclesiástico siempre fue nefasto para el mundo. Rezar no es dominar, ni exhortar es ser déspota. El buen sacerdote debe ser el médico de las almas. Si Hipócrates hubiera recomendado a sus enfermos que tomaran un purgante bajo pena de ser ahorcados, habría tenido pocos pacientes. Cuando el sacerdote dice: Adorad a Dios, sed justos, indulgentes y caritativos, entonces es un buen médico; pero cuando dice: Creedme, porque si no os quemaré en una hoguera, entonces es un asesino. El magistrado debe sostener y refrenar a los sacerdotes, como el padre de familia debe tener elevadas consideraciones al preceptor de sus hijos y evitar que abuse. La permisión entre el sacerdocio y el imperio es el más monstruoso de los sistemas, porque en cuanto se busca este consentimiento se supone que están divididos, y por lo tanto debe decirse: la protección que el imperio concede al sacerdocio. En los países donde el sacerdocio obtuvo el mando, como en Salén, donde Melquisedec era sacerdote y rey, o el Japón, donde el dairi fue mucho tiempo emperador, los sucesores de Melquisedec y de los dairis han sido desposeídos. Los turcos son muy hábiles respecto a este punto: hacen la peregrinación a La Meca, pero no permiten que su santón excomulgue al sultán; no van a este Santo Lugar a comprar el permiso para no observar el Ramadán o casarse con sus primas o sobrinas, no pueden juzgarles los imanes que el santón delegue, ni pagan a éste el primer año de su renta. Navarrete, en una carta que dirigió a don Juan de Austria, refiere el siguiente discurso que el Dalai Lama pronunció ante un consejo privado:

«Venerables hermanos míos: vosotros y yo sabemos muy bien que no soy inmortal, pero es conveniente que los pueblos lo crean. Los tártaros del grande y del pequeño Tíbet son gente de pocos alcances y para refrenarlos se necesita un yugo muy pesado y que crean crasos errores. Convencedlos, pues, de que soy inmortal y que mi gloria, reflejando en vosotros, os proporciona honores y riquezas.

»Cuando llegue el tiempo que los bárbaros sean algo ilustrados, entonces podremos confesarles que los lamas no son inmortales, pero sus predecesores

sí que lo fueron, porque lo que era necesario para la consolidación del edificio divino ya no lo es cuando el edificio está asentado sobre cimientos inquebrantables.

»Al principio me repugnaba repartir entre los vasallos de mi imperio el beneficio de mi trono, limpiamente tapado con cristales y guarnecido de cobre dorado, pero recibían esos regalos con tanto respeto que me vi obligado a continuar esa costumbre, que a fin de cuentas no choca con las buenas costumbres y hace entrar mucho dinero en las arcas de nuestro tesoro.

»Si por desventura algún docto impío llega a convencer al pueblo de que nuestro trasero no es tan divino como nuestra cabeza y se subleva contra nuestras tradiciones, me defenderéis con valor hasta donde os sea posible, y si finalmente os veis obligados a no defender la santidad de nuestro culo, dejad impresa en la mente de mis vasallos el respeto que se debe a nuestro cerebro.

»Mientras los tártaros del grande y del pequeño Tibet no sepan leer ni escribir, mientras sean bárbaros y devotos, podréis arrancarles con audacia su dinero, acostaros con sus mujeres y sus hijas y amenazarlos con la ira del dios Fo si se atreven a quejarse.

»Cuando alcancen la época de la razón, porque es inevitable que llegue un día que razonen, entonces debéis proceder de manera diametralmente opuesta y decir lo contrario de lo que vuestros predecesores dijeron porque debéis cambiar de riendas a medida que los caballos sean más difíciles de conducir. Entonces es preciso que vuestro talante sea más grave vuestras intrigas más misteriosas, vuestros secretos mejor guardados vuestros sofistas más deslumbradores y que vuestra política sea más ladina. Con todo, os veréis obligados a ser los pilotos de un barco que hace aguas por todas partes y necesitaréis tener subalternos que se ocupen continuamente de achicar el agua, de tapar y calafatear todos los agujeros. Navegaréis con más dificultad, pero navegaréis, teniendo que arrojar al agua o al fuego, como más convenga, a cuantos se empeñen en examinar si habéis reparado bien el barco.

»Si los incrédulos fueren el príncipe de los calcas, el príncipe de Casán, el mandamás de los calmucos, o algún gran señor con ingenio, guardaos de malquistaros con ellos, respetadles repitiendo incansablemente que esperáis que al fin entren en el buen camino. Pero a los simples ciudadanos, no los perdonéis; cuando mejores sean más debéis dedicaros a exterminarlos, porque las personas rectas son las más peligrosas para vosotros. »Debéis tener la sencillez de la paloma, la cautela de la serpiente y la garra del león, según los tiempos y las circunstancias».

Cuando el Dalai Lama concluyó su discurso, la tierra se estremeció los relámpagos brillaron, rugió el trueno y una voz celestial clamó: Adorad a Dios y no al gran lama. Esos pequeños lamas aseguraron que la voz había dicho:

«Adorad a Dios y al gran lama». Los habitantes del Tibet lo creyeron durante mucho tiempo, pero hoy no.

SALOMÓN. Hubo muchos reyes que escribieron libros. El rey de Prusia, Federico el Grande, es el último ejemplo de monarca autor. Creo que es difícil que le imiten porque no es fácil que se encuentren otros soberanos alemanes que compongan versos franceses y escriban la historia de su patria. Jacobo I de Inglaterra y Enrique VIII escribieron también, en España, para encontrar un rey literato es preciso remontarse hasta Alfonso X, llamado el Sabio, que escribió las Siete partidas. Francia no puede vanagloriarse de haber tenido un rey de esta clase. El imperio de Alemania no tiene ningún libro de autor dinástico. En cambio, el Imperio romano lo glorifican los libros de César, Marco Aurelio y Juliano. Entre los reyes de Asia hay muchos escritores, y de ellos destaca por ser un gran poeta el emperador de China, Kien-long. Pero Salomón sobrepasa en fama a dicho emperador. El nombre de Salomón siempre tuvo enorme resonancia en Oriente. Las obras que se le atribuyen, los anales de los judíos y las leyendas de los árabes, extendieron su reputación hasta la India. Su reinado fue, sin duda, la gran época de los hebreos. Fue el tercer rey de Palestina. El primer libro de los Reyes dice que su madre Betsabé logró de David que coronara a su hijo Salomón en vez de su primogénito Adonías, No debe sorprendernos que la mujer que fue cómplice de la muerte de su primer esposo tuviera suficiente habilidad para hacer coronar al fruto de su adulterio y conseguir que quedara desheredado el hijo legítimo, que además era el primogénito. Es desconcertante que el profeta Natán, que reprochó a David el adulterio, el asesinato de Urías y el matrimonio que siguió al asesinato, ayudara después a Betsabé a colocar en el trono a Salomón. Esta conducta humanamente hablando, demuestra que el profeta Natán, según los tiempos y circunstancias, tenía dos pesos y dos medidas. El citado libro no dice que Natán recibiera una misión especial de Dios para desheredar a Adonías, y si la tuvo debemos respetarla, pero no podemos admitir más que lo que consta en dicho libro. Teológicamente, aún se debate si Salomón tuvo más fama por su riqueza, por sus mujeres o por sus libros. Me aflige que Salomón iniciara su reinado a lo turco, esto es, degollando a su hermano. Adonías pidió a Salomón por toda merced que le permitiera casarse con Abigail, joven doncella que entregaron a David para recalentar su vejez. La Escritura no dice que Salomón disputara a Adonías la concubina de su padre, pero sí afirma que, al oír la petición de Adonías, le hizo asesinar. Sin duda Dios, aunque le dio el don de la sabiduría, le negó el de la continencia.

En el libro de los Reyes se lee que era dueño de un inmenso reino que se extendía desde el Éufrates hasta el mar Rojo y el Mediterráneo, pero también dice que el rey de Egipto había conquistado el país de Gazer en Canaán, y lo dio en dote a su hija, que suponen se casó con Salomón asegura también el mismo libro que en Damasco había un rey y que los reinos de Sidón y de Tiro

eran poderosos. Rodeado de estados fuertes, indudablemente dio pruebas de sabiduría viviendo en paz con ellos. La abundancia que enriqueció su país sólo podía ser resultado de su profunda sabiduría, porque en la época de Saúl no había un solo operario que trabajara el hierro en su país. Ya hemos dicho que los incrédulos no creen posible que David, sucesor de Saúl, a quien vencieron los filisteos, durante su reinado pudiera fundar tan vasto imperio. Pero más debe asombrarnos el tesoro que legó a Salomón, que ascendía a ciento tres mil talentos de oro y a un millón trece mil talentos de plata. El talento de oro hebreo equivale a seis mil libras esterlinas, según el cálculo de Arbuthnot, y el talento de plata a unas quinientas. La suma total de lo legado en metálico, sin contar las piedras preciosas y otros efectos, ni las rentas que debe producir semejante tesoro, ascendía según el cálculo anterior, a mil ciento diecinueve millones quinientas mil libras esterlinas, o sea cinco mil quinientos noventa y siete millones de escudos en Alemania o a veinticinco mil seiscientos cuarenta y ocho millones de moneda francesa. No había entonces tanta moneda en circulación en el mundo entero. Otros eruditos han valorado ese tesoro en una cantidad más baja, pero de todos modos sigue siendo excesiva para Palestina. Sabiendo esto no se llega a comprender por qué Salomón enviaba sus flotas al país de Ofir para que le trajeran oro. Menos se entiende todavía que un monarca tan poderoso no tuviera en sus vastos estados un hombre que pudiera trabajar la madera de los árboles del Líbano, y se viera en la necesidad de pedir a Hieram, rey de Tiro, forjadores y carpinteros. Debemos confesar que estas contradicciones obligan a los comentaristas a fantasear y a aguzar el ingenio. Diariamente, en la comida y cena de su palacio se consumían cincuenta bueyes, cien corderos y aves en cantidad proporcional, pudiendo calcularse que se comían cada día sesenta mil libras de carne. Añádase que tenía cuarenta mil cuadras y otros tantos cobertizos para encerrar sus carros de guerra y que sólo para su caballería necesitaba doce mil cuadras. Salta a la vista que tal cantidad de carros era excesiva para un país montañoso, y colosal tal aparato bélico para un rey cuyo predecesor sólo tenía una mula cuando le coronaron, y para un territorio donde no se crían más que asnos. No les pareció lógico que un príncipe que podía disponer de tantos carros se limitara a tener un número insignificante de mujeres, y dicen que tenía setecientas que se titulaban reinas; en cambio, es extraño que no dispusiera más que de trescientas concubinas, al contrario de los demás reyes que por regla general tienen más amantes que esposas.

Sin duda, mantenía cuatrocientos doce mil caballos para pasear por las riberas del lago de Genezaret, por Sodoma o hacia el torrente de Cedrón, que sería uno de los lugares más deliciosos del mundo si no estuviera seco nueve meses al año y el terreno no fuera pedregoso. En cuanto al templo que hizo edificar y que los judíos tenían por la obra más hermosa del universo, si Bramante, Miguel Ángel y Palladio lo hubieran visto no lo habrían admirado.

Era una especie de fortaleza cuadrada que encerraba un patio, en donde se levantaban un edificio de cuarenta pies de altura y otro de veinte; de este segundo edificio solamente se dice que era el templo, oráculo y santuario, tenía veinte codos, tanto de ancho como de largo, y veinte de altura. Al arquitecto Soufflot no le hubieran satisfecho estas proporciones y cualquier otro arquitecto de Europa consideraría esa fábrica como un monumento de bárbaros. Los libros atribuidos a Salomón han durado más que su templo; el nombre de su autor los hizo respetables y deberían ser buenos porque los escribió un rey, un rey que tuvo fama de ser el más sabio de los hombres. La primera obra que le atribuyen es el libro de los Proverbios, colección de máximas que a nosotros, que hemos llegado a más refinada civilización, nos parecen a veces incoherentes, triviales, de mal gusto y sin objeto. Cuesta convencernos que un rey sabio compusiera una serie de sentencias sin ninguna que se refiera a la manera de gobernar, a la política, a las costumbres de los cortesanos, ni a las de la época. Nos extraña encontrar capítulos enteros en que sólo se habla de rabizas que invitan a los que pasan por las calles a refocilarse con ellas. Hay autores que censuran acerbamente sentencias como estas: «Tres cosas hay insaciables, o más bien cuatro, que jamás dicen basta. El sepulcro, la matriz de la estéril o la lasciva, la tierra que nunca se sacia de agua, y el fuego, que nunca dice basta.» (Proverbios, cap. 30, 15-16). «Tres cosas me son difíciles de comprender, o más bien cuatro, que ignoro totalmente: El rastro del águila en la atmósfera, el rastro de la culebra sobre la peña, el rastro de la nave en alta mar y el rastro del hombre en una moza» (Proverbios, 30, 18-19). «Cuatro cosas hay de las más pequeñas sobre la tierra, las cuales superan en saber a los sabios: las hormigas, ese pueblo debilísimo que en tiempo de las mieses se provee de víveres; los conejos, tímidos animales que excavan su madriguera entre las peñas; las langostas, que sin tener rey se mueven ordenadamente en escuadrones, y el estelión, que trepa con sus pies y se aposenta en los palacios de los reyes» (Proverbios cap. 30, 24 al 28 inclusive). A un gran rey, el más sabio de los hombres —según los referidos críticos— ¿deben atribuirse semejantes niñerías?

El libro de los Proverbios se ha atribuido a Isaías, Elzia Sobna Eliacín, Joacae y a otros, pero sea quien fuere el que haya compilado esa colección de sentencias orientales, no parece que sea un rey el que tomara ese trabajo, pues no hubiera dicho que «el terror del rey es como el rugido del león», porque de esa forma sólo habla el vasallo o esclavo al que hace temblar la cólera de su señor. ¿Hubiera dicho Salomón: «No mires el vino cuando bermejea, cuando resalta su color en el vidrio...»? (Proverbios, 23, 31). Dudo que hubiera vasos de vidrio para beber en la época de Salomón, porque esa invención fue más reciente; los antiguos bebían con tazones de madera o metal y basta ese solo pasaje para comprender que esa colección de máximas se escribió en Alejandría, como otros muchos libros hebreos. El Eclesiastés, que también se

atribuye a Salomón, es obra de mayor enjundia y diferente gusto, y el que habla en dicha obra parece persona desengañada de las vanidades de la grandeza, cansada de los placeres y disgustada de la ciencia. El autor debe ser un epicúreo pues repite en todas las páginas que el justo y el impío están sujetos a los mismos lances que el hombre no es superior a la bestia, que es preferible no haber nacido a existir, que no existe la vida futura y que no hay otra cosa buena y razonable que disfrutar tranquilamente del producto de nuestro trabajo con la mujer que se ama. Puede muy bien que Salomón hablara de ese modo ante algunas de sus mujeres; algunos creen que esas ideas son objeciones que se hace a sí mismo. Pero esas máximas, de cierto sabor libertino, no parecen ser objeciones y es querer burlarse de todo el mundo interpretar a un autor para que diga lo contrario de lo que dice. Opinan otros que el autor es un materialista sensual y escéptico al mismo tiempo, que trató de poner en el último versículo una palabra edificante respecto a Dios con el fin de mitigar el escándalo que semejante libro debía producir. Por otro lado, muchos padres aseguran que Salomón hizo penitencia, por tanto debemos perdonarle. A algunos les cuesta convencerse de que ese libro sea de Salomón, Grocio opina que lo escribió Zorobabel. No es verosímil que Salomón dijera: « ¡Ay del país que tiene un rey niño! », porque los judíos no habían tenido aún reyes de esa edad. Tampoco es lógico que dijera: «He contemplado el rostro del rey». Es más verosímil que el autor quisiera hacer hablar a Salomón y que sufriendo cierta alienación del juicio, que descubren algunos rabinos olvidara en el texto que se hacía hablar a un rey. Los referidos críticos muestran extrañeza que se haya incluido dicho libro entre los canónicos. Si se hubieran de establecer los libros de la Biblia —dicen— no incluirían el Eclesiastés, pero se incluyeron en una época en que los libros eran raros y más respetados que leídos. Todo lo que puede hacerse hoy es mitigar cuanto sea posible el epicureísmo que reina en dicha obra. El Cantar de los Cantares también se atribuye a Salomón porque su nombre se halla en dos o tres partes, porque el amante dice a la amada que es hermosa como las pieles de Salomón y porque el amante dice que ella es negra, por lo que han creído que Salomón citaba, con este adjetivo, a su mujer egipcia. Estas tres razones no han convencido a los críticos, que las rebaten de este modo:

1) Cuando la amada, hablando a su amante, dice: «El rey me ha llevado a la cámara del vino», indudablemente no alude al amante; luego el rey no era tal, sino el rey del festín, el señor de la casa de quien estaba hablando, y esa hebrea está tan lejos de ser la amante de un monarca que durante toda la obra no es más que una pastora, una campesina, que va a buscar a su amante en los campos y por las calles.

2) Soy hermosa como las pieles de Salomón es la frase de una campesina que quiere decir: soy hermosa como los tapices del rey, y precisamente porque este rey es Salomón no debe haberla escrito en la obra, porque no hubiera

hecho comparación más ridícula. «Veo al rey Salomón ciñéndose la corona con que su madre le coronó el día de sus desposorios», dice la amada. ¿Quién no reconoce en semejantes expresiones la comparación que hacen ordinariamente las hijas del pueblo cuando hablan de sus amantes? Suelen decir: Es hermoso como un príncipe, tiene aspecto de rey, etc.

3) La pastora dice que la ha curtido el sol y es morena. Luego, si era hija del rey de Egipto no podía tener ese color porque las egipcias son blancas, como era Cleopatra. En una palabra, esa pastora no podía ser al mismo tiempo campesina y reina. Cabe que un monarca que tenía mil mujeres dijera a una de ellas: «Quiero recibir un beso de tu boca, porque tus pechos son mejores que el vino», ya que tanto un rey como un pastor, cuando se trata de recibir un beso en la boca, pueden expresarse del mismo modo. Ahora bien, es muy extraño que sostengan los comentaristas que la joven era la que hablaba elogiando los pechos de su amante. También confiesan que un rey galante pudo decir a su amada: «Mi amada es como un ramillete de mirto que conservaré entre mis dos pechos». Y también: «Tu ombligo es como una copa en la que siempre hay algo que beber, tu vientre es como una medida de trigo, tus senos son como dos cervatillos y tu nariz como la torre del monte Líbano». No puedo menos de declarar que las églogas de Virgilio están escritas en otro estilo, pero cada uno tiene el suyo y un hebreo no está obligado a escribir como Virgilio.

Los críticos desapruaban asimismo este rasgo de elocuencia oriental: «Tenemos una pequeña hermana que no tiene pechos: ¿qué haremos, pues, con ella el día que debamos hablarle de desposarla?» Y el esposo contesta: «Si es como un muro, edifiquémosle encima baluartes de plata; si es como una puerta, reforcémosla con tablas de cedro». Aunque demos por bueno que Salomón, el más sabio de los hombres hablara de ese modo estando de broma, hay muchos rabinos que no sólo afirman que Salomón no escribió esa égloga sensual, sino que ni siquiera es auténtica. Theodore de Mopsuete compartía esta opinión y el célebre Grocio califica el Cantar de los Cantares de la obra de un libertino. Con todo, es obra canónica y se considera como una alegoría perpetua del matrimonio de Jesucristo con la Iglesia. Debemos confesar que la alegoría es un tanto lasciva y no sabemos cómo interpretará la Iglesia al autor cuando dice que la pequeña hermana no tiene pechos. Con todo, ese poema es un precioso fragmento de la Antigüedad y el único libro de amor que nos han legado los hebreos, una égloga judía que continuamente habla del goce. Tiene el mismo estilo que todas las obras de elocuencia de los hebreos, sin enlace, sin ilación, confuso, lleno de repeticiones y ridículamente metafórico, pero hay algunos versículos impregnados de candidez y amor. El libro de la Sabiduría tiene un talante más serio, pero tampoco es de Salomón. Algunos lo atribuyen a Jesús, hijo de Sirac, y otros a Pilón de Biblos. Cualquiera que sea su autor, se cree que en su época no existía aún el Pentateuco, porque en el

capítulo X dice que Abrahán quiso inmolar a Isaac en tiempos del diluvio y en otra parte habla del patriarca José creyéndole rey de Egipto. En el mismo capítulo se dice que existía aún en vida de su autor la estatua de sal en que se convirtió la mujer de Lot. Lo peor que encuentran los críticos es que este libro resulta un cúmulo tedioso de lugares comunes, pero deben considerar que tales obras no se escriben siguiendo las reglas vanas de la elocuencia, sino para moralizar y no para deleitar.

No faltan razones para columbrar que Salomón era rico y sabio con relación a su tiempo y a su pueblo. Mas la exageración, compañera inseparable de la ignorancia, le atribuyó riquezas que no pudo poseer y libros que no llegó a escribir. El respeto que nos inspira la Antigüedad consagró después esos errores. Pero, ¿qué puede importarnos que un judío escribiera esos libros? La religión cristiana es el sincretismo de la judía, pero no está fundada en todos los libros que los judíos escribieron. ¿Por qué el Cantar de los Cantares, por ejemplo, ha de ser más sagrado para nosotros que las leyendas del Talmud? Se nos contesta que por estar incluido en el canon de los hebreos. ¿Y qué es ese canon? Una colección de obras autenticadas pero, ¿una obra por ser auténtica es divina? ¿La historia de los reyezuelos de Judá y de Siquén, por ejemplo, es algo más que una historia? He aquí un extraño prejuicio: despreciamos a los judíos y pretendemos, sin embargo, que todo lo que escribieron y nosotros hemos recogido lleve impreso el sello de la divinidad. No hay contradicción mayor.

SECTA. De cualquier credo que sea, es una unión de individuos extraviados por la duda y el error. Escotistas, tomistas, papistas, calvinistas, molinistas y jansenistas, no son más que nombres de guerra. No hay ninguna secta en geometría: cuando la verdad es evidente, es imposible que de ella nazcan partidos ni facciones. Nadie contradecirá nunca que en el mediodía brilla el sol. Y cuando se reconoce la parte de la astronomía que determina el curso de los astros y la llegada de los eclipses los astrónomos ya no discuten sobre esto. Nadie dice en Inglaterra que es newtoniano, es lockista, o es halleyeniano, porque todo el que ha leído no puede negar las verdades que enseñaron esos tres grandes hombres. Igual sucede con el pequeño número de verdades fácticas que están demostradas. Las actas de la torre de Londres fueron auténticamente recogidas por Rymer y no hay rymeristas porque nadie tiene la osadía de discutir esa colección. No hay en ella contradicciones, prodigios, ni nada que la razón pueda rechazar, y consecuentemente, nada que los sectarios puedan empeñarse en sostener o refutar con argumentaciones absurdas todo el mundo está de acuerdo en que las Actas de Rymer son dignas de crédito. Si tú eres mahometano hay otros muchos hombres que no lo son y por tanto puedes estar equivocado. ¿Qué religión sería la verdadera si no existiera el cristianismo? La que no tuviera sectas, aquella en que todos los hombres estuvieran de acuerdo. ¿En qué credos lo están? En el de la adoración

de un Dios único y en el de la rectitud moral. Todos los filósofos del mundo que profesaron una religión dijeron en todos los tiempos: No hay más que un Dios y es ineludible que seamos justos. He aquí, pues, la religión universal establecida en todos los tiempos y entre todos los hombres. El punto que todos aprueban es, pues, el verdadero, y los sistemas que los diferencian son falsos. Mi secta es la mejor, me dijo un brahmán. «Amigo mío —le contesté—, si tu secta es buena debe ser necesaria, y si no es absolutamente necesaria tendrás que confesarme que es inútil; si es indispensable deben adherirse a ella todos los hombres, porque ¿cómo es posible que no tengan todo lo absolutamente necesario? ¿Cómo es que el resto del mundo se ríe de ti y de Brahma? Cuando Zoroastro, Hermes, Orfeo, Minos y otros grandes hombres nos aconsejan que adoremos a Dios y seamos justos, nadie se ríe; en cambio, todo el mundo se burla del que cree a pie juntillas que sólo se puede complacer a Dios teniendo en la mano, a la hora de morir, una cola de vaca, al que afirma que es preciso cortarse un pedazo de prepucio, al que rinde culto a los cocodrilos y a las cebollas y al que proclama que no puede haber salvación si no se adquiere en Roma una indulgencia plenaria.

¿Qué origina ese concurso universal de risas y burlas que se oye en todas partes del orbe? Es indudable que lo que excita la burla del mundo no es una verdad evidente. ¿Qué puede contestarse al secretario de Seján que dedicó a Petronio un libro escrito en estilo ampuloso, titulado *La verdad de los oráculos sibilíticos probada por los hechos*? Dicho autor trata de demostrar que era necesario que Dios enviara al mundo muchas sibilas, una tras otra, porque no tenía otros medios de instruir a los hombres. Está demostrado que Dios hablaba a las sibilas porque la voz sibila significa consejo de Dios. Fueron doce, cuyo número es sagrado, y pronosticaron todos los sucesos del mundo. ¿Qué incrédulo —añade el secretario— se atreverá a rechazar hechos tan evidentes? ¿Quién podrá negar que se realizaron sus profecías? Si los primitivos ejemplares de libros sibilíticos, escritos en tiempos que no sabíamos leer ni escribir, se han perdido, ¿no tenemos acaso copias auténticas de ellos? La impiedad debe cerrar la boca ante estas pruebas. Así hablaba Houttevillas a Seján, esperando asumir las funciones de augur que le hubieran valido cincuenta mil libras de renta, cargo que no consiguió. «Lo que mi secta enseña es oscuro, lo confieso —decía un fanático—, por eso debe creerse que la misma virtud está llena de oscuridades. Mi secta es extravagante, luego es divina; de lo contrario ¿cómo la hubieran adoptado muchos pueblos si no tuviera algo de divino? Igual sucede al Corán, del que sus detractores dicen que tiene una cara de ángel y otra de bestia; no hagáis, pues, caso del hocico de la bestia y reverenciad el rostro del ángel». Así hablaba este insensato, pero un fanático de otra secta contestó: Tú eres la bestia y yo el ángel. ¿Quién debe decidir esa cuestión planteada entre dos energúmenos? El hombre razonable e imparcial, que hace caso omiso de los prejuicios y es amante de la verdad y la

justicia, el hombre que no es bestia ni se cree ángel.

Secta y error son sinónimos. Tú eres peripatético y yo soy platónico, y ambos estamos en un error; tú contradices a Platón porque te sublevan sus deliquios, y yo no creo a Aristóteles porque me parece que no sabe lo que se dice. Si uno u otro hubieran demostrado la verdad no existirían nuestras dos sectas. Pronunciarse en favor de la opinión de un hombre que es contraria a la opinión de otro es militar en un partido como en una guerra civil. El geómetra que examina la relación entre el cono y la esfera no pertenece a la secta de Arquímedes, el que prueba en el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de los catetos de los otros dos lados no pertenece a la secta de Pitágoras. Cuando decimos que la sangre circula, que el aire pesa, que los rayos del sol son haces de siete rayos, refractables, no pertenecemos a la secta de Harvey, a la de Torricelli, ni a la de Newton; nos convencemos de las verdades que demostraron y el mundo entero tendrá la misma opinión. Tal es el carácter de la verdad para todos los tiempos y todos los hombres; cuando aparece, la reconocemos.

SENSACIÓN. Se dice que las ostras tienen dos sentidos, los topos, cuatro, y los demás animales, igual que los hombres, cinco. Algunos aseguran que tenemos un sexto sentido, pero es evidente que la sensación voluptuosa, pues a ésta se refieren, se reduce al sentido del tacto y por tanto sólo estamos dotados de cinco sentidos; además nos es imposible suponer que haya otro, pues nos basta con los que tenemos. Es posible que en otros planetas existan seres que posean sentidos de los que no podemos tener ninguna idea; tal vez el número de los sentidos aumente de globo en globo y el ser dotado de sentidos innumerables y perfectos sea el culmen de todos. Pero, ¿qué poder tenemos sobre nuestros cinco sentidos? Sentimos siempre a pesar nuestro y nunca según nuestra voluntad; no podemos dejar de sentir la sensación que nos produce la percepción de cualquier objeto. La sensación está en nosotros, pero no depende de la voluntad; la recibimos, pero ¿cómo? Sabemos que no hay ninguna relación entre la música y las palabras que oigo cantar, y la impresión que estas palabras producen en mi cerebro. Nos maravilla la facultad de pensar, pero la de sentir no es menos maravillosa. El poder divino lo mismo ha dotado de sensación al último de los gusanos que al cerebro de Newton. Y sin embargo, si mil animales mueren ante vuestros ojos no os preocupa lo que suceda con su facultad de sentir, aunque el Ser de todos los seres les ha dotado de esa facultad; los miráis como si fueran máquinas de la naturaleza, nacidos para perecer y dejar sitio a otros animales. Me diréis por qué ha de subsistir su facultad de sentir, habiendo dejado de existir esos animales, y qué necesidad tiene el autor de todo lo que existe de conservar propiedades cuyo sujeto está destruido. Ello equivale a decir que el poder que tiene la planta llamada sensitiva de retirar sus hojas hacia las ramas subsiste todavía cuando la planta ya no existe. Sin duda me preguntaréis que, si la sensación parece con ellos,

¿cómo el pensamiento del hombre no perecerá? No puedo contestaros a esa cuestión, porque no sé lo bastante para resolverla. Sólo el autor eterno de la sensación y del pensamiento sabe cómo los concede y los conserva.

La Antigüedad ha mantenido la opinión de que lo que está en nuestro entendimiento está también en nuestros sentidos. Descartes, en sus folletines, asegura que tenemos ideas metafísicas antes de conocer la teta de nuestra nodriza. Una Facultad de Teología rechazó ese dogma, no porque fuera erróneo, sino porque era una novedad, pero luego aceptó ese error porque lo había destruido el filósofo inglés Locke y un inglés necesariamente tenía que estar equivocado. Finalmente después de haber cambiado varias veces de opinión, dicha Facultad volvió a proscribir la antigua verdad, esto es que los sentidos nos abren las puertas del entendimiento. Hizo lo mismo que los gobiernos endeudados, que tan pronto ponen en circulación ciertos billetes como los invalidan pero hace ya mucho tiempo que nadie quiere los billetes de esa Facultad. Todas las facultades del mundo nunca podrán impedir que los filósofos comprendan que los hombres empiezan por sentir y que nuestra memoria no es más que una sensación continuada. El hombre que naciera sin sus cinco sentidos no tendría ninguna idea, en el supuesto de que pudiera vivir. Las nociones metafísicas sólo provienen de los sentidos, porque, ¿cómo podemos medir un círculo o un triángulo si no hemos visto o tocado un círculo o un triángulo? ¿Cómo hacemos una idea del infinito sino haciendo retroceder los límites? y ¿cómo fijar los límites sin haberlos visto o sentido? La sensación envuelve todas nuestras facultades, dice un gran filósofo (Condillac, Tratado de las sensaciones, tomo 2, pág. 128). ¿Qué conclusiones se pueden sacar de todo esto? Que juzguen los que leen y piensan. Los griegos inventaron la facultad psique para las sensaciones, y la facultad noûs para los pensamientos. Desgraciadamente, no sabemos qué son esas dos facultades; las poseemos pero desconocemos su origen, como la ostra, la ortiga de mar, el pólipo, los gusanos y las plantas desconocen el suyo. ¿Por qué mecánica, que no podemos concebir, las sensaciones están en nuestro cuerpo y el pensamiento únicamente en mi cerebro? Si os cortan la cabeza no parece que podáis resolver un problema de geometría; sin embargo, la glándula pineal y el cuerpo calloso en que se aloja vuestra alma subsisten mucho tiempo sin alteración. En cambio, la cabeza cortada está tan llena de espíritus animales que muchas veces salta después de ser separada del tronco y parece tener en ese momento ideas muy vivas. Le sucede como a la cabeza de Orfeo, que todavía entonaba canciones a Eurídice cuando la arrojaron a las aguas del Hebre. Si al que le han cortado la cabeza ya no piensa, ¿cómo es que el corazón es sensible después de arrancado del pecho? Dicen que sentimos porque todos los nervios tienen su origen en el cerebro; sin embargo, si os queman el cerebro dejáis de sentir. Las gentes que saben las razones de todo esto son muy hábiles.

SENTENCIAS DE MUERTE. Repasando la historia y viendo la serie

casi ininterrumpida de calamidades que se acumulan en el globo terráqueo, que algunos llaman el mejor de los mundos posibles, me chocó sobre todo la enorme cantidad de hombres relevantes en el Estado, en la Iglesia y en la sociedad que fueron sentenciados a muerte como si se tratara de salteadores de caminos. Dejando de lado asesinatos y envenenamientos sólo voy a ocuparme de ejecuciones hechas en forma jurídica, al amparo de las leyes y ceremoniosamente. Empezando por los reyes y reinos, sólo Inglaterra puede proporcionarnos una lista bastante larga, pero si me hubiera de ocupar de cancilleres y caballeros necesitaría escribir más de un volumen. De los que hizo ejecutar la justicia no creo que haya cuatro en toda Europa que hubieran muerto en el cadalso si su proceso hubiera durado algún tiempo más, o si sus enemigos hubieran fallecido de apoplejía durante la instrucción del proceso. Si la fístula hubiera gangrenado el rectum del cardenal Richelieu unos meses antes, Thou, Cinq-Mars y otros habrían quedado en libertad. Si Barnevel hubiera tenido por jueces tantos arministas como gomaristas, habría muerto en su lecho. Si el condestable Luynes no hubiera demandado el procesamiento de la esposa del mariscal Ancre, no la habrían quemado como hechicera. Cuando encarcelan a un hombre realmente criminal y cuyo crimen está probado, puede asegurarse que en cualquier tiempo y cualquiera que sea el que juzgue llegará un día en que será sentenciado, pero no acontece lo mismo con los hombres de Estado. Sustituid los jueces por otros, esperad que los tiempos cambien o las pasiones se apacigüen y salvarán la vida. Si la reina Isabel hubiera fallecido de indigestión la víspera de sentenciar a María Estuardo, ésta habría continuado en el trono de Escocia Inglaterra e Irlanda, en vez de ser decapitada. Si Cromwell hubiera sucumbido a causa de una enfermedad durante el proceso de Carlos I, nadie se hubiera atrevido a pedir su cabeza. Esos dos asesinatos, revestidos no sé cómo de forma legal, no cabe incluirlos en la lista de las injusticias ordinarias. Pero de las sentencias ordinarias que pronuncian magistrados competentes contra príncipes o grandes personajes no hay una sola que se hubiera ejecutado, ni siquiera extendido, si hubieran podido escogerse la época y las circunstancias. Ni uno solo de los sentenciados y ejecutados en la época del cardenal Richelieu hubiera dejado de alcanzar un puesto influyente si sus procesos hubieran podido alargarse hasta la regencia de Ana de Austria. Al príncipe de Condé le encarcelaron reinando Francisco II y el Parlamento le sentenció a muerte, pero el rey fallece y Condé vuelve a ser un hombre poderoso. Pueden presentarse muchos ejemplos parecidos en que hay que tener presente el espíritu de los tiempos. Por una acusación vaga de ateísmo, Vanini fue quemado en la hoguera; si hoy hubiera alguien bastante pedante y mentecato que escribiera los libros de Vanini nadie los leería y el hecho no tendría mayores consecuencias. Un español pasó por Ginebra a mediados del siglo XVI. Calvino se entera de que ese español se hospeda en un hostel y recuerda que estuvo discutiendo con él sobre una cuestión que ni

uno ni otro entendían. El teólogo Calvino manda prender al viajero y faltando a las leyes divinas y humanas consigue que le encierren en un calabozo y lo quemem a fuego lento con leña verde, para que el suplicio dure más tiempo. Esta idea diabólica no se le ocurriría hoy a nadie. Si Miguel Servet hubiera nacido en tiempos posteriores, nadie le hubiera perseguido. Lo que se llama justicia es, pues, tan arbitrario como las modas. Los hombres pasan por épocas de horrores y locura como por épocas de peste, y este contagio da la vuelta al mundo.

SENTIDO COMÚN. A veces se encuentra en las expresiones vulgares una imagen de lo que pasa en el fondo del corazón de los hombres. Sensus communis significaba para los romanos, además de sentido común, humanidad, sensibilidad. Como nosotros no valemos tanto como los romanos, esa expresión no significa para nosotros más que la mitad de lo que significaba para ellos. Sólo significa el buen sentido, razón tosca, razón sin pulir, primera noción de las cosas ordinarias, fase intermedia entre la estupidez y la inteligencia. Afirmar que un hombre no tiene sentido común es decirle una injuria muy grosera, pero decir que tiene sentido común también es una injuria, porque se quiere significar que no es estúpido del todo, sólo que carece de inteligencia. ¿De dónde proviene la expresión sentido común si no proviene de los sentidos? Cuando los hombres inventaron esa expresión estaban convencidos de que todo penetraba en el alma a través de los sentidos, de no ser así, ¿habrían empleado la palabra sentidos para designar la razón común? Suele decirse que el sentido común es muy raro; ¿qué significa esta frase? Quiere significar que en algunos hombres el desarrollo del raciocinio se ve detenido por algunos prejuicios, que el hombre que tiene buen juicio en un asunto no lo tiene en otro. El árabe, que es buen matemático, un químico sabio o un astrónomo exacto, cree, sin embargo, que Mahoma puso la mitad de la luna en su manga. ¿Por qué va más allá del sentido común en las tres ciencias que acabo de citar, y está por debajo del sentido común cuando se trata de la mitad de la luna? Por la sencilla razón de que en los tres primeros casos ve con sus ojos y perfeccionó su inteligencia, y en el último caso ve por los ojos de los demás, cierra los suyos y pervierte el sentido común que posee. ¿Cómo puede producirse tan extraño trastorno del espíritu? ¿Cómo las ideas, que caminan con paso regular y firme por el cerebro sobre un gran número de objetos, pueden fallar tan miserablemente sobre un objeto mil veces más palpable y fácil de comprender? Ese hombre tiene los mismos principios de inteligencia; es preciso, pues, que tenga un órgano viciado, como sucede a veces al gastrónomo, que puede tener el gusto estragado respecto a algún alimento. ¿Por qué le falla la inteligencia a este árabe que ve la media luna en la manga de Mahoma? Por el miedo. Le imbuyeron la idea de que si no creía en eso su alma caería en el averno después de su muerte. Le han convencido, además, de que si duda de ello un derviche le tratará de impío, otro le

demostrará que es un insensato que, poseyendo todos los motivos para creer, no quiso someter a la evidencia su ensoberbecida razón, y un tercer derviche le entregará al gobernador de una provincia y le empalarán legalmente. Todo esto aterroriza al buen árabe, a su mujer y a toda la familia; tienen buen sentido en todo lo demás, pero en este asunto les falla la inteligencia, lo mismo que la de Pascal, que continuamente veía un precipicio ante su sillón. Ahora bien, ¿cree realmente el árabe en el referido prodigio? Hace esfuerzos para creer en él y se dice: Esto es imposible, pero es verdad y creo lo que no creo. Acerca de la manga, se forma en su mente un caos de ideas que teme desembrollar, y precisamente esto es no tener sentido común.

SEÑOR. «¡Qué desgraciado nací! —exclamaba Adrassán Ougli, joven jenízaro del gran señor de los turcos—. Si al menos sólo dependiera del gran sultán, pero también estoy sometido al jefe de la división de los jenízaros y cuando acudo a recibir la paga me he de prosternar ante él y consentir en que se quede con la mitad. Antes de cumplir los siete años, contra mi voluntad, me cortaron el extremo del prepucio en pública ceremonia y estuve enfermo quince días. El derviche que pronunció la plegaria es mi señor; el imán también es mi señor, y el mollah lo es mucho más. El cadí también me manda y el muftí mucho más que todos los citados. El secretario del gran visir puede, con una sola palabra, mandar que me arrojen al canal, y el gran visir puede hacer que me corten la cabeza cuando se le antoje, sin que nadie se oponga. »¡Cuántos señores, gran Dios! Más valía que Alá me hubiera hecho nacer lechuza, porque de ese modo viviría en un agujero, me hartaría de comer ratones y no tendría señores ni criados. Esta debe ser la vida perfecta del hombre, que sólo tuvo señores desde que se pervirtió. Ningún hombre nació para servir continuamente a otro y cada uno ayudaría caritativamente a su prójimo si el mundo estuviera bien organizado. Los videntes servirían de lazarillo a los ciegos. El mundo sería el paraíso de Mahoma y no el infierno en que vivimos». Así hablaba Adrassán Ougli después de recibir veinticinco palos por orden de sus señores. Transcurridos unos años, Adrassán Ougli llegó a ser poderoso bajá, alcanzó fabulosa fortuna y llegó a convencerse de que todos los hombres, excepto el sultán y el gran visir, habían nacido para servirle y todas las mujeres para someterse a sus caprichos sensuales. ¿Cómo logró un hombre convertirse en señor de otro y mediante qué magia incomprensible pudo llegar a ser señor de muchísimos hombres? Sobre este hecho se han escrito muchos volúmenes, pero prefiero a todos ellos una leyenda hindú porque es corta y las leyendas suelen tener mucha miga. Adimo, protopadre de los hindúes, tuvo dos hijos y dos hijas de su legendaria mujer Pocriti: el mayor era un gigantón, el segundo, pequeño y jorobado, y las dos hijas eran hermosas. Cuando el gigante tuvo conciencia de su fuerza se acostó con sus dos hermanas y obligó al jorobado a que le sirviera. Una de las hermanas fue su cocinera y la otra su hortelana. Cuando el gigante quería dormir ataba antes

al hermano a un árbol, y cuando huía para que no le atara corría tras él, le alcanzaba en cuatro zancadas y le daba veinte latigazos. De este modo, el jorobado quedó sumiso como perfecto vasallo y el gigante, satisfecho de su comportamiento, le permitió que se acostara con una de sus hermanas que ya no le gustaba. Los hijos que nacieron de este incesto no fueron jorobados, pero sí entecos. Los educaron en el temor de Dios y del gigante. Recibieron excelente educación, enseñándoles que su poderoso tío era gigante de derecho divino y podía hacer de su familia lo que quisiera, incluso acostarse con alguna sobrina o sobrina segunda cuando le viniera en gana y sin que nadie pudiera gozarlas más que con permiso suyo. Cuando murió el gigante, su hijo, aunque no era tan fuerte ni alto, creyó que era también gigante de derecho divino como su padre. Se empeñó en que trabajaran para él todos los hombres y en refocilarse con todas las mujeres, pero la familia se coaligó contra él y lo mataron a palos. Entonces se establecieron en república. Los siameses creen, por el contrario, que la familia empezó siendo republicana y que el gigante no apareció hasta transcurridos muchos años y hubo muchas disensiones. Sin embargo, todos los autores de Benarés y Siam coinciden en que los hombres vivieron infinidad de siglos antes de promulgar ninguna ley, y en apoyo de ello alegan una razón que no tiene réplica: que hoy, cuando todo el mundo se cree civilizado, todavía no se ha conseguido redactar veinte leyes buenas. En la India todavía se debate la cuestión de saber si las repúblicas se establecieron antes o después de las monarquías, así como saber si la confusión pareció a los hombres más calamitosa que el despotismo. Ignoro lo que ha acaecido en el orden de los tiempos, pero siguiendo el orden de la naturaleza debemos suponer que, naciendo como nacen iguales todos los hombres, la violencia y la habilidad constituyeron los primeros señores y las leyes hicieron los últimos.

SIBILA. La primera mujer que vaticinó el porvenir en Delfos recibió el nombre de Sibila. Tuvo por padre a Júpiter, según Pausanías, y por madre a Lamia, hija de Neptuno, viviendo mucho tiempo antes del sitio de Troya. Tal fue el origen del nombre de sibilas, dado a las mujeres que, sin ser sacerdotisas ni estar sujetas a un oráculo particular, predecían el porvenir y decían estar inspiradas. Distintos países y diferentes siglos tuvieron sus sibilas y conservaron las predicciones que llevan sus nombres, formando colecciones. La mayor dificultad de los antiguos fue averiguar cómo se las arreglaban las sibilas para obtener el don de vaticinar el porvenir. Los platónicos lo explicaban por la unión íntima que la criatura, una vez alcanzado cierto grado de perfección, podía tener con la divinidad. Otros autores atribuían su virtud de adivinar a los vapores y exhalaciones de las cavernas que habitaban, y no faltaron quienes atribuían el espíritu profético de las sibilas a su talante sombrío y melancólico o a alguna enfermedad singular. San Jerónimo afirma que recibían ese don en recompensa de su castidad; sin embargo, existió una muy célebre que se vanagloriaba de haber tenido una legión de amantes sin ser

casada. Hubiera sido más cuerdo para san Jerónimo y otros padres de la Iglesia negar el espíritu profético de las sibilas y confesar que a fuerza de hacer vaticinios a diestro y siniestro pudieron encontrar a veces, ayudadas por un comentario favorable o por casualidad, que sus palabras se ajustaran a los sucesos que no podían haber previsto. Lo singular de este asunto es que recogieron sus predicciones después de los sucesos. La primera colección de versos sibilíticos que llegaron a manos de Tarquino constaba de tres libros; la segunda se compiló después del incendio del Capitolio y no se sabe de cuántos libros se componía, y la tercera es la que conservamos dividida en ocho libros, en la que es indudable que el autor manipulara muchas de las predicciones. Esta colección fue resultado del fraude devoto de algunos cristianos platónicos, más celosos que hábiles, que componiéndola creyeron dar armas a la religión cristiana y poner a quienes la defendían en situación de combatir al paganismo con mayor ventaja. Esta compilación de diferentes profecías se imprimió por vez primera el año 1545, tomándola de manuscritos, y luego se hicieron varias ediciones con extensos comentarios sobrecargados de erudición trivial y casi siempre ajena al texto, rara vez puesto en claro por esos comentarios. Las obras que se publicaron en pro y en contra de la autenticidad de los libros sibilíticos fueron muchas y algunas muy notables, pero encontramos en ellas tan poco orden y escasa crítica, están tan huérfanas de filosofía, que es casi imposible leerlas sin que fatigue y enoje su lectura. En esta compilación hacen decir a la sibila que el Imperio romano tendrá quince emperadores y catorce de ellos los designa el valor numeral de la primera letra de su nombre en el alfabeto griego. Añade que el decimoquinto emperador será un hombre de cabeza blanca que llevará el nombre de un mar inmediato a Roma. Este emperador fue Adriano, y el Adriático el mar de donde tomó el nombre. De dicho emperador —prosigue la sibila— saldrán otros tres que regirán el imperio al mismo tiempo, pero al fin lo poseerá uno de ellos. Esos tres son Antonino, Marco Aurelio y Lucio Vero. La sibila hace alusión a las adopciones y asociaciones que los unieron. Marco Aurelio fue, efectivamente, dueño absoluto del imperio cuando murió Lucio Vero, a principios del año 169, y lo rigió hasta el año 177 en que asoció a su hijo Cómodo. Como no se encuentra nada que haga referencia al nuevo corregente de Marco Aurelio, es indudable que esa compilación debe haberse escrito entre los años 167 y 177 de nuestra era. El historiador Flavio Josefo cita una obra de la sibila en que se habla de la torre de Babel y la confusión de las lenguas poco más o menos como el Génesis, lo que prueba que los cristianos no fueron los primeros autores de la suposición de los libros sibilíticos. Josefo sólo transcribe las palabras de la sibila y nosotros podemos comprobar si lo que se dice de ese suceso en nuestra colección está sacado de la obra que cita Josefo. Es indudable que muchos de los versos atribuidos a las sibilas en la exhortación que se halla en las obras de san Justino, Teófilo de Antioquía, san Clemente de

Alejandría y algunos otros padres, no figuran en nuestra colección, y como la mayor parte de esos versos no gozan de ninguno de los caracteres del cristianismo pudieran muy bien ser obra de algún judío platónico.

En la época de Celso las sibilas ya gozaban de algún crédito entre los cristianos, como aparece en dos pasajes de la contestación de Orígenes pero más tarde los versos sibilíticos parecieron favorables al cristianismo y los emplearon comúnmente en las obras de controversia con tanta confianza como los paganos, que reconocieron las sibilas como mujeres inspiradas y hasta llegaron a decir que los cristianos habían falsificado sus escritos. Cuestión de hecho que sólo puede decidirse cotejando los diferentes manuscritos, trabajo que pocos escritores podrán hacer. De una profecía de la sibila de Cumas sacaron los principales dogmas del cristianismo. Constantino, en un elocuente discurso que pronunció ante la asamblea de los Padres, demostró que la cuarta égloga de Virgilio es una descripción profética del Salvador, y que si éste no fue el asunto inmediato del poeta lo fue la sibila de quien el poeta copió las ideas, que estando llena del espíritu de Dios anunció el nacimiento del Redentor. Creyeron comprender que dicha égloga se refería al milagro del nacimiento de Jesús de una virgen, a la abolición del pecado por medio de la predicación del Evangelio y a la salvación por la gracia del Redentor. También creyeron encontrar en dicha égloga la serpiente aterrada y amortiguado el veneno mortal con que emponzoñó la naturaleza humana, y además que la gracia del Señor, a pesar de ser tan poderosa, dejó subsistir en los fieles, de allí en adelante, los restos y vestigios del pecado. En una palabra, en dicha égloga vieron anunciada la venida de Jesucristo con el carácter de Hijo de Dios. Hay en dicha égloga otros rasgos que parecen copiados de los profetas hebreos y que pueden aplicarse a Jesucristo, tal es la opinión general de la Iglesia. San Agustín, convencido de ello al igual que otros padres, defiende que no se pueden aplicar más que a Jesucristo los versos de Virgilio. Los teólogos modernos, más hábiles, son de la misma opinión que Agustín.

SÍMBOLO O CREDO. La voz símbolo, del griego symboléi, la adoptó la Iglesia latina, al igual que otras muchas cosas, de la Iglesia griega. Los teólogos instruidos saben que ese símbolo, que se llama de los apóstoles, no es todo de ellos. En Grecia se llamaba símbolo a las palabras y signos con que se reconocían los iniciados en los misterios de Ceres y de Mitra, y andando los años los cristianos tuvieron también su símbolo. De haber existido en la época de los apóstoles, san Lucas habría dejado constancia de él. Se atribuye a san Agustín la historia del símbolo que consta en su sermón 115, haciéndole decir que Pedro comenzó el símbolo pronunciando estas palabras: Creo en Dios padre todopoderoso; Juan continuó diciendo: Creador del cielo y de la tierra; Santiago añadió: Creo en Jesucristo su hijo nuestro Señor, y así los demás. En la última edición de san Agustín han suprimido esta fábula. Me dirijo a los reverendos padres benedictinos para saber si es justo que se suprima ese

fragmento, que es muy curioso. Lo cierto es que nadie oyó hablar del Credo durante más de cuatrocientos años. No cabe duda que los apóstoles tuvieron nuestro símbolo en su corazón, pero no lo dejaron escrito. En la época de san Ireneo inventaron un Credo que no se parece al que recitamos en nuestros días y que debe ser del siglo V, o sea posterior al de Nicea. El pasaje que dice que Jesucristo descendió a los infiernos y el que habla de la comunión de los santos no constan en ninguno de los símbolos que precedieron al nuestro. Ni los Evangelios, ni los Hechos de los Apóstoles dicen que Jesucristo descendió a los infiernos, pero era creencia general en el siglo III que Jesús había descendido al Hades, al Tártaro, cuyos dos vocablos traducimos nosotros por infierno. El infierno, en este sentido, no significa lo mismo que la voz hebrea *scheol*, que quería decir subterráneo, fosa. Por eso san Atanasio precisó después cómo nuestro Salvador descendió a los infiernos: «Su humanidad — dice— no estuvo entera en el sepulcro, ni en el infierno; estuvo en el sepulcro según la carne y en el infierno según el alma». Santo Tomás afirma que los santos que resucitaron cuando murió Jesucristo murieron de nuevo para resucitar con él, siendo ésta la opinión más admitida. Confieso que nuestro símbolo se escribió tarde, pero en cambio la virtud vive toda la eternidad y debemos ser hombres de bien, aunque no resucitemos dos veces como esos santos. Si me es lícito citar autores modernos en asunto tan grave, transcribiré el Credo del abad de San Pedro, tal como escribió de su puño y letra en un manuscrito que compuso sobre la pureza de la religión, que no está impreso, pero cuya transcripción lateral aduzco aquí:

Creo en el único Dios y le amo. Creo que ilumina toda alma que viene al mundo, como dice san Juan: Comprendo que se ocupa de toda alma que le busca de buena fe.

»Creo en el Dios único porque sólo puede tener un alma el gran todo, un solo ser vivificador, un creador único.

»Creo en Dios padre todopoderoso porque es padre común de la naturaleza y de todos los hombres, que son sus hijos. Creo que los hizo nacer todos iguales, que organizó los resortes de la vida del mismo modo, que les dio los mismos principios de moral y no puso más diferencias entre sus hijos que la del crimen y la virtud.

»Creo que el chino justo y bienhechor es más digno para El que un teólogo europeo casuista y arrogante.

»Creo que siendo Dios nuestro padre común debemos considerarnos todos los hombres como hermanos.

»Creo que el perseguidor es abominable y apenas se diferencia del envenenador y del parricida.

»Creo que las discusiones teológicas son a la vez la farsa más ridícula y la calamidad más horrenda del mundo, después de la guerra, la peste y el hambre.

»Creo que los eclesiásticos deben recibir suficiente paga, como servidores del público, por ser preceptores de moral y llevar los registros de nacidos y muertos, pero no debe concedérseles riquezas ni categorías de príncipes, porque nada es tan provocativo y contraproducente como ver hombres ricos y ensoberbecidos que predicán la humildad y el amor a la pobreza.

»Creo que todos los sacerdotes adscritos a una parroquia deberían ser casados como los sacerdotes de la Iglesia griega, no sólo para que tengan una mujer honrada que cuide de su casa, sino para ser mejores ciudadanos, dar súbditos al Estado y tener hijos bien educados.

»Creo que es indispensable devolver a la sociedad muchos frailes, porque es servir a la patria y a sí mismo, y puesto que se dice que son hombres que Circe transformó en cerdos, el prudente Ulises debe devolverles la forma humana».

Referimos literalmente el símbolo que escribió el abad de San Pedro sin que transcribirlo quiera decir que merece nuestra aprobación. Lo hemos insertado como curiosidad singular, pero nos atenemos con fe respetuosa al verdadero símbolo de la Iglesia.

SÓCRATES. Diríase que el molde que formó a los hombres que amaron la virtud por sí misma está roto, porque no vemos aparecer en el mundo ni un Confucio, un Pitágoras, un Tales, ni a un Sócrates. En tiempos de éstos había multitud de devotos en sus pagodas y ante sus divinidades cantidad de almas que temían al Cerbero y a las Furias, que asistían a las iniciaciones, peregrinaciones y misterios, que se arruinaban presentando ofrendas de ovejas negras. Las maceraciones estaban entonces en uso, los sacerdotes de Cibele se dejaban castrar para guardar continencia. ¿Por qué entre esos mártires de la superstición la Antigüedad no cuenta un solo gran hombre, ni un sabio? Porque del temor no nace nunca la virtud. Los grandes hombres ponían por encima de todo los valores morales, la sabiduría era su pasión dominante; eran sabios como Alejandro era guerrero, Homero era poeta y Apeles era pintor, por una fuerza y naturaleza superior. He aquí, quizá, cómo podemos explicarnos el demonio de Sócrates. Un día, dos ciudadanos de Atenas que regresaban del templo de Mercurio vieron en la plaza pública a Sócrates. Uno de ellos dijo al otro: «¿Es ése el impío que dice podemos ser virtuosos sin ofrecer todos los días corderos y ocas?» «Sí —contestó el otro—. Es un sabio que no tiene religión, un ateo que dice que sólo hay un Dios.» Sócrates se acercó a ellos con su talante sencillo, con su demonio, con su ironía, y les dijo: «Amigos míos, permitidme que os diga dos palabras. ¿Cómo clasificaréis al

hombre que ruega a la Divinidad, que la adora, que trata de semejarse a ella hasta donde se lo permita su debilidad humana, y que hace todo el bien que puede?» «De alma muy religiosa», le contestaron los dos ciudadanos. «Muy bien, ¿luego puede adorarse al Ser Supremo y tener religión?» «Estamos de acuerdo», respondieron los dos atenienses. «Pero ¿creéis que cuando el divino arquitecto del mundo organizó todos los globos que giran sobre nuestras cabezas, cuando dio movimiento y vida a tantos seres diferentes, utilizó para eso el brazo de Hércules, la lira de Apolo o la flauta de Pan?» «No es probable.» «Pues si no es verosímil que empleara la ayuda de otros para construir el mundo, tampoco es creíble que le ayuden otros a conservarlo. Si Neptuno fuera el dueño absoluto del mar, Juno del aire, Eolo de los vientos, Ceres de las cosechas y uno de esos dioses quisiera el tiempo sereno cuando otro deseara ventarrones y lluvia, podéis comprender que no subsistiría el orden que persiste en la naturaleza, y debéis convenir que es necesario que todo dependa del que la creó. Creéis en los cuatro caballos blancos del sol y en los dos caballos negros de la luna; pero, ¿no es preferible a esto que el día y la noche sean el resultado del movimiento que imprimió a los astros su creador y no que produzcan el día y la noche seis caballos?» Los dos ciudadanos se miraron mutuamente y no replicaron. Sócrates acabó por demostrarles que podían recoger cosechas sin dar dinero a los sacerdotes de Ceres, ir a cazar sin ofrecer estatuillas de plata al templo de Diana, que Pomona no concedía frutas, que Neptuno no daba caballos y que debíamos rendir gracias al soberano que lo creó todo. Sus ideas eran lógicas. Su discípulo Jenofonte, tirando a Sócrates del brazo, le dijo: «Tu discurso es admirable y hablaste mejor que un oráculo, pero va a causar tu ruina. Uno de los ciudadanos es el que vende los corderos y ocas para los sacrificios, y el otro es un orfebre que consigue grandes ganancias construyendo pequeños dioses de oro y plata para las mujeres. Te acusarán de impío porque quieres impedirles que hagan negocio y declararán contra ti ante Abelitus y Anitus, que son enemigos tuyos y han jurado perderte. Teme la cicuta. Tu demonio familiar debió haberte aconsejado que no dijeras a un carnicero ni a un orfebre lo que sólo debías decir a Platón y a Jenofonte.» Algún tiempo después, los enemigos de Sócrates consiguieron que le sentenciara el Consejo de los Quinientos, entre los que tuvo doscientos votos en favor; esto hace presumir que había doscientos veinte filósofos en aquel tribunal, pero también demuestra que en todas las grandes asambleas se encuentran en minoría los filósofos. Sócrates bebió la cicuta por haber defendido la unicidad de Dios y luego los atenienses le consagraron una capilla. A Sócrates, que había combatido las capillas que se dedicaban a los seres inferiores.

SONÁMBULOS. Conocí a un sonámbulo que se levantaba, se vestía, hacía una reverencia y bailaba un minueto; luego, se desvestía, se volvía a acostar y continuaba durmiendo. La Enciclopedia nos habla de un Joven

seminarista que se levantaba durmiendo para componer un sermón, lo escribía correctamente, lo leía y lo corregía; tachaba algunos renglones sustituyéndolos por otros, componía música y la anotaba exactamente en el papel pautado colocando la letra bajo las notas sin equivocarse. Se dice que un arzobispo de Burdeos presenció estas operaciones y otras no menos sorprendentes. Sería de desear que el prelado hubiera escrito su declaración y la hubiera firmado, o al menos hacerla firmar al secretario. Suponiendo que el seminarista hiciera todo lo que le atribuyen, yo le expondría las mismas cuestiones que a cualquiera que sencillamente soñara. Le diría: Habéis soñado con más intensidad que otros, pero obedeciendo al mismo principio: el otro no tuvo más que fiebre y vos habéis tenido un arrebato en el cerebro, pero los dos habéis recibido ideas y sensaciones que no esperabais y hecho lo que teníais deseos de hacer. De dos que duermen, uno no tiene ni una sola idea, y el otro, en cambio recibe un tropel de ellas; el primero es insensible como el mármol y el segundo experimenta deseos y goces. El seminarista nació con el don de la imitación, oyó cien sermones su cerebro los ha captado, los rememora cuando vela y movido por su talento de imitación los escribe hasta durmiendo. ¿Cómo es posible que soñando se convierta en predicador, cuando se acostó sin tener voluntad de predicar? Recordad, le diría, la primera vez que escribisteis el esbozo de un sermón y en el que no pensabais un cuarto de hora antes; estabais en vuestra habitación sumido en la neblina de unas ideas imprecisas y vuestra memoria os recordó, sin intervenir la voluntad, cierta fiesta; la fiesta os recordó que ese día hubo sermón, el sermón os recordó un texto y el texto os dio pie a un exordio; teníais a mano papel y tintero y escribisteis lo que antes no pensabais escribir. He aquí, precisamente, lo que os sucedió estando sonámbulo. En una y otra operaciones creísteis hacer lo que queríais, y os dirigió sin que lo supierais todo lo que precedió a la escritura del referido sermón. Lo mismo que, cuando al salir de las vísperas, os encerrasteis en vuestra celda para meditar sin ánimo de ocuparos de vuestra vecina; sin embargo, su imagen campea en vuestra imaginación cuando no pensabais en ella. Vuestra imaginación os la pinta con vivos colores y ya sabéis lo que sucede después. Lo mismo experimentáis cuando estáis durmiendo y sonando. ¿Qué parte habéis tenido en esas modificaciones de vuestra persona? La misma que tenéis en la circulación de la sangre por las arterias y por las venas, en el riego de vuestros vasos linfáticos y en los movimientos de vuestro corazón y de vuestro cerebro.

SUEÑOS. Leído el artículo Sueño, en el Diccionario Enciclopédico, no he comprendido nada, pero cuando busco la causa de mis ideas y mis actos, cuando duermo y estoy despierto, tampoco lo comprendo. Si un buen argumentador tratara de demostrarme que cuando estoy despierto, y no estoy iracundo o borracho entonces soy un animal que actúa, no sabría qué contestarle, pero le sellaría la boca demostrándole que cuando duerme es una

persona paciente, un puro autómatas. Por lo tanto, decidme: ¿cómo hemos de definir al animal, que es una máquina la mitad de su vida y cambia de naturaleza dos veces cada veinticuatro horas? Si durante el sueño todos los sentidos están muertos, ¿a qué se debe que exista un sentido interno vivo? ¿Por qué cuando nuestros ojos no ven, ni nuestros oídos oyen, vemos y oímos cuando estamos soñando? El perro caza soñando, ladra, persigue su presa y se la come. El poeta compone versos durmiendo, el matemático ve figuras y el metafísico argumenta bien o mal; hay sorprendentes ejemplos de todo esto. ¿Actúan solo los órganos de la máquina o el alma pura, libre del imperio de los sentidos, goza de sus derechos con libertad? Si únicamente los órganos producen los sueños que tenemos de noche, ¿por qué no lo hacen también con las ideas que tenemos de día? Si el alma pura, sosegada, cuando reposan los sentidos, obrando por sí misma es la única causa de las ideas que tenemos durmiendo, ¿a qué se debe que todas estas ideas son casi siempre irregulares, poco razonables e incoherentes? Lo cierto es que cuando el alma está menos perturbada es cuando más perturba a la imaginación, y cuando procede con libertad es cuando está loca. Si el alma naciera con ideas metafísicas, como pretenden algunos filósofos, sus ideas puras y luminosas sobre el Ser, sobre el infinito, sobre todos los primeros principios, debían despertarse en ella con mayor energía cuando su cuerpo duerme, y nadie sería buen filósofo más que soñando. Cualquier sistema que adoptéis, cualquier esfuerzo que hagáis para probar que la memoria excita vuestra mente y ésta excita vuestra alma, habéis de convenir en que recibís todas las ideas durante el sueño sin intervención vuestra, al margen de vuestra voluntad. Está claro, pues, que podemos pensar siete u ocho horas seguidas sin que intervenga nuestra voluntad y hasta sin estar seguros de que pensamos. Reflexionad lo que estoy diciendo y ved si podéis adivinar lo que es el hombre.

Los sueños fueron siempre causa de supersticiones, y lo encuentro natural. El hombre vivamente afectado porque la mujer amada está muy enferma, sueña que la ve moribunda y, efectivamente, fallece al día siguiente; los dioses predijeron su muerte. El general de un ejército que sueña ganar una batalla y la gana al día siguiente, los dioses le han vaticinado que sería el vencedor. Sólo se conserva la memoria de los sueños que se realizan y se olvidan los que no se cumplen. Los sueños forman una gran parte de la historia antigua, al igual que los oráculos. La Biblia latina traduce así uno de los versículos del Levítico: «No examinéis los sueños». Es de advertir que la palabra sueño no existe en lengua hebrea, y que además sería muy extraño que prohibiera su interpretación el mismo libro que nos explica que José fue el bienhechor de Egipto y de su familia por haber interpretado tres sueños. La explicación de los sueños era tan común en la Antigüedad que no querían limitarse a entenderlos, sino que trataban además de adivinar, a veces, lo que otro hombre había soñado. Nabucodonosor, habiendo olvidado un sueño que tuvo, mandó a

sus magos que lo adivinaron y los amenazó de muerte si no podían conseguirlo. Pero el judío Daniel, que pertenecía a la escuela de los magos, les salvó la vida adivinando el sueño del rey e interpretándolo. Esta historia y otras muchas sirven para demostrar que la ley de los judíos no prohibía la nigromancia, o sea la ciencia de los sueños.

SUICIDIO. Hace unos años, un inglés apellidado Morris, veterano oficial y hombre de ingenio, vino a París a verme. Padecía una enfermedad crónica que le ocasionaba grandes dolores y de la que no esperaba curarse. Tras hacerme varias visitas, un día le vi entrar en casa trayendo una bolsa y dos papeles. «Uno de estos dos papeles —dijo— es mi testamento, el segundo, mi epitafio, y esta bolsa de dinero es para mi entierro. Estoy resuelto a esperar quince días para probar si los remedios y la dieta que me han prescrito hacen soportable la vida, y si sigo como ahora estoy decidido a matarme. Haréis que me entierren donde mejor os parezca y me pondréis este epitafio que se reduce a dos palabras de Petronio: Valet curae (Se acabaron las preocupaciones). Por suerte para él y para mí, porque le apreciaba mucho, Morris se curó y estoy seguro que se hubiera quitado la vida de no haber sanado. Supe que antes de venir a Francia estuvo en Roma en la época que temían aunque infundadamente, que los ingleses atentaran contra la vida del príncipe Carlos Eduardo, tan respetable como desgraciado, y llegaron a sospechar que Morris fue a la Ciudad Eterna con esa aviesa intención. Llevaba en Roma quince días cuando el gobernador le mandó llamar para decirle que le daba un plazo de veinticuatro horas para salir de la ciudad. «Me iré en seguida —le contestó el inglés— porque el aire que se respira aquí es nocivo para el hombre libre, pero deseo saber por qué me expulsan». «Me mandan que os haga salir porque se teme que atentéis a la vida del pretendiente». «Los ingleses luchamos contra los príncipes, los vencemos y los destronamos —le replicó Morris—, pero no somos asesinos. Y ahora decidme, señor gobernador, ¿desde cuándo creéis que estoy en Roma?» «Desde hace quince días». «Pues hace quince días que hubiera matado al pretendiente si hubiera traído esa misión, y he aquí cómo. Habría levantado un altar a Mucio Scevola y luego al primer tiro hubiera matado al pretendiente, que en la ceremonia se hubiera colocado entre vos y el papa, y con el segundo tiro me hubiera suicidado; pero los ingleses no matamos a nuestros enemigos más que en las batallas. Adiós, señor gobernador.» Y tras pronunciar estas palabras, regresó a su domicilio y salió de la Ciudad Eterna. En Roma, a pesar de ser el país de Mucio Scevola, la conducta del inglés se interpretó como un acto de ferocidad bárbara, en París como una locura y en Londres como grandeza de alma. Apenas me ocuparé en este artículo del suicidio, ni examinaré si el difunto Crech tuvo razón para escribir al margen de un manuscrito: «Nota bene: cuando termine de escribir mi libro sobre Lucrecio será preciso que me mate»; ni examinaré si hizo bien en tomar esa resolución. Tampoco indagaré los motivos que tuvo el anciano

prefecto, el padre jesuita Biennasses, para despedirse de nosotros por la noche y al día siguiente por la mañana, después de decir misa, arrojar desde un tercer piso. Pero sí me atrevo a decir que no debemos temer que la locura de matarse llegue a ser una enfermedad epidémica, porque contraría los designios de la naturaleza y porque la esperanza y el temor son dos agentes poderosos que utiliza aquélla para disuadir al desgraciado que trata de quitarse a vida. Es inútil que nos digan que en algún país ha existido un consejo para permitir a los ciudadanos que se mataran cuando tenían razones poderosas, porque contestaré que eso no es verdad o los magistrados de tal país estaban muy desocupados. ¿A qué se debe que Catón, Bruto, Casio, Marco Antonio, Othón y otros se mataran resueltamente, y los jefes de nuestros partidos dejan que los ahorquen o se resignen a pasar una vida miserable en cualquier prisión? Algunos hombres enérgicos afirman que los antiguos carecían de verdadero valor y Catón fue un apocado matándose, ya que hubiera manifestado mayor grandeza de alma arrastrándose a los pies de César. Esto haría bonito en una oda, o usando una figura retórica, porque es indudable que no carece de valor el que tranquilamente se mata, que se necesita gran fuerza de voluntad para sobreponerse al instinto más poderoso de la naturaleza; en una palabra, el suicidio es un acto que prueba más ferocidad que flaqueza. Cuando un enfermo está frenético no puede decir que carece de fuerza; por el contrario, se debe decir que tiene la fuerza que le da el frenesí. La religión de los paganos prohibió el suicidio lo mismo que la religión cristiana, y hasta tenía en el infierno lugares destinados a los suicidas.

SUPERSTICIÓN. A veces oigo decir: Ya no somos supersticiosos, La Reforma del siglo XVI nos hizo más prudentes y los protestantes nos han enseñado a vivir. ¿Qué es, sino superstición, creer que la sangre de san Jenaro se licua todos los años cuando la acercáis a su cabeza? ¿No sería preferible que obligarais a que se ganaran la vida diez mil indigentes napolitanos, ocupándolos en trabajos útiles, que hacer hervir la sangre de un santo para divertirlos? Sería mejor obra que hicierais hervir su marmita. ¿Por qué aún bendecís en Roma los caballos y mulos en Santa María la Mayor? ¿Por qué esas procesiones de flagelantes en Italia y en España que, mientras cantan, se dan disciplinazos en presencia de damas? ¿Creen acaso que el Paraíso se conquista a latigazos? Esos pedazos de la vera cruz, que si los juntaran se podría construir un navío de cien cañones, estas tantas reliquias inauténticas y tantos falsos milagros, ¿constituyen acaso monumentos de una devoción ilustrada? Francia se enorgullece de ser menos supersticiosa que Santiago de Compostela y Nuestra Señora de Loreto, y sin embargo os enseñan aún en muchas sacristías trozos de la túnica de la Virgen, gotas de su leche y mechones de sus cabellos, y en la iglesia de Puy-en-Velai conservan preciosamente el prepucio de su hijo. Todos los franceses conocen la execrable farsa que se representa desde comienzos del siglo XIV en la capilla de San

Luis, del palacio de París, en la noche del jueves al viernes santo. Todos los poseídos del reino se congregan en dicha capilla y las convulsiones de san Medardo son una bagatela comparadas con los horribles gestos y los aullidos espantosos que lanzan esos infelices. Y cuando les dan a besar un fragmento de la vera cruz, montado en un trípode de oro orlado de piedras preciosas, entonces los poseídos redoblan sus gritos y convulsiones. Luego, apaciguan al diablo dando unas monedas a los energúmenos, aunque para contenerlos mejor hay en la iglesia unos cincuenta soldados con la bayoneta calada en el fusil. Similar farsa execrable se representa en Saint-Maur y pudiera citar otros veinte ejemplos semejantes. Sonrojaos y corregíos. Hay sabios que propugnan que debe dejarse que el pueblo tenga supersticiones, como a los críos les dejan andadores, puesto que en todos los tiempos es aficionado a los prodigios, a gentes que dicen la buenaventura, a las peregrinaciones y a los charlatanes; que desde la más remota Antigüedad se celebró la fiesta de Baco, salvado de las aguas, haciendo brotar con un golpe de vara un manantial de vino de un peñasco, pasando el mar Rojo a pie seco con todo su pueblo, parando el sol y la luna, etc.; que en Lacedemonia se conservaban los dos huevos que parió Leda suspendidos de la bóveda de un templo; que en algunas localidades de Grecia los sacerdotes enseñaban el cuchillo con que inmolaron a Ifigenia, etcétera. Otros sabios, por el contrario, afirman que ninguna de esas supersticiones produjo un bien a la humanidad, sino que causaron grandes daños y por tanto deben prohibirse. Creo que vale la pena referir in extenso el milagro que tuvo lugar en la Baja Bretaña en 1771. Es auténtico y está impreso y revestido de todas las formalidades legales. Helo aquí: El 6 de enero, día de Reyes, mientras se cantaba la Salve vieron salir rayos de luz del Sagrario; reconocieron al instante a Nuestro Señor Jesús en su figura natural, más brillante que el sol, y le vieron durante una media hora, durante la que apareció un arco iris sobre el remate de la iglesia. Los pies de Jesús quedaron impresos en el tabernáculo, donde se ven todavía y se verifican todos los días muchos milagros. A las cuatro de la tarde, cuando desapareció Jesús de encima del tabernáculo, el cura de la parroquia se acercó al altar y encontró una carta que Jesús había dejado, pero al tomarla le fue imposible moverla de su sitio. El cura y el vicario fueron en seguida a dar cuenta a monseñor el obispo de Tréguier, que mandó se rezaran durante ocho días, en todas las iglesias de la localidad, las Cuarenta Horas y el pueblo acudiese a ver la carta santa. Al finalizar la octava, el obispo se dirigió a la iglesia en procesión acompañado de todo el clero secular y regular de la ciudad, tras haber ayunado tres días a pan y agua. Cuando la procesión entró en la iglesia, el obispo se postró de rodillas en las gradas del altar y tras pedir a Dios que le concediera la gracia de tomar la carta subió al altar y la cogió sin dificultad. Acto seguido, volviéndose hacia el pueblo, la leyó en alta voz recomendando a cuantos sabían leer que la leyeran todos los primeros viernes de mes, y a los que no

sabían que rezaran cinco padrenuestros y cinco avemarías en honor de las cinco llagas de Jesucristo para obtener la gracia prometida a los que la leyeran devotamente y la conservación de sus bienes en la tierra. Las embarazadas debían rezar, para su feliz alumbramiento, nueve padrenuestros y nueve avemarías por las almas del Purgatorio y para que sus hijos alcanzasen la dicha de recibir el santo sacramento del bautismo. Todo lo expuesto fue aprobado por monseñor el obispo, el lugarteniente general de la citada localidad de Tréguier y muchos personajes que presenciaron el milagro.

Copia de la carta encontrada en el altar cuando se apareció Nuestro Señor Jesucristo al Santísimo Sacramento:

«Eternidad de vida, eternidad de castigos, eternas delicias; no hay otra alternativa que escoger un camino: ir a la gloria o ir al suplicio. La cantidad de años que los hombres pasan en el mundo en toda clase de placeres sensuales y disoluciones, en el lujo, el hurto, la maledicencia y la impureza, blasfemando y jurando por mi santo nombre en vano, y otros muchos delitos que cometen, no me permiten consentir por más tiempo que las criaturas creadas a mi imagen y semejanza, que rescaté con mi sangre en el árbol de la cruz donde sufrí muerte y pasión, me ofendan continuamente quebrantando mis mandamientos y no haciendo caso de mi ley divina; por ello os prevengo que si continuáis entregados al pecado y no veo en vosotros remordimiento, contrición, ni arrepentimiento, os haré sentir el peso de mi brazo divino.

»Si no fuera por las súplicas de mi querida madre ya habría destruido el mundo por los pecados que cometéis unos contra otros. Os di seis días de trabajo y el séptimo para descansar y santificar mi santo nombre, para que oyerais misa y emplearais el resto del día en servir a Dios mi padre. Por el contrario, en los días de fiesta sólo se oyen blasfemias y se ven hombres borrachos, y el mundo se ha desbordado de tal modo que sólo hay en él vanidad y mentira. Los cristianos, en vez de tener compasión de los pobres que van a pedir en la puerta de su casa, prefieren mimar a los perros y otros animales y dejar que aquéllos se mueran de hambre y de sed, entregándose de este modo a Satanás por su avaricia, su gula y otros vicios, declarándome así la guerra los cristianos. Y vosotros, padres y madres inicuos, consintiendo que vuestros hijos juren y blasfemen en mi santo nombre, en vez de darles buena educación, con vuestra avaricia estáis amontonando bienes que os arrebatará Satanás. Yo os digo por boca de Dios, mi padre, por boca de mi madre, de los serafines y querubines y de san Pedro, jefe de mi Iglesia, que de no corregiros os enviaré enfermedades tan virulentas que lo matarán todo y os harán conocer la cólera de Dios mi padre.

»Abrid los ojos y contemplad mi cruz, que dejé para que os sirviera de arma para vencer al enemigo del género humano y de guía para conducirlos a la gloria eterna; contemplad mi corona de espinas, mis pies y mis manos

clavados, y medidad que derramé hasta la última gota de sangre para redimiros por el amor paternal que profeso a mis ingratos hijos. Haced obras que os atraigan mi misericordia, no juréis en vano por mi santo nombre, rezadme devotamente, ayunad con frecuencia y, sobre todo, dad limosna a los pobres, que es para mí la más grata de todas las obras buenas. Consolad a la viuda y al huérfano, restituid lo que no os pertenezca, evitad todas las ocasiones de pecar, observad celosamente mis mandatos y honrad a María, mi querida madre.

»Los que no cumplan mis mandamientos, ni crean mis palabras atraerán con su incredulidad mi mano vengadora sobre sus cabezas, padecerán desgracias interminables, precursoras del mal fin que tendrán en el mundo y los precipitaré a las llamas eternas, donde sufrirán penas interminables como justo castigo a sus crímenes.

»Por el contrario, los que devotamente sigan los consejos que doy en esta carta apaciguarán la cólera de Dios y conseguirán, después de haber confesado sinceramente sus faltas, la remisión de todos sus pecados por graves que sean.»

Esta carta en honor de Nuestro Señor Jesucristo debe conservarse cuidadosamente.

Con licencia. En Bourges, 30 de julio de 1771.

De Beouvier, lugarteniente general de policía.

Nota bene. Es de advertir que semejante tontería se imprimió en Bourges, sin haber allí, ni en Tréguier, ni en Paimpole, el menor pretexto para inventar semejante impostura.

Suponiendo que en los siglos venideros exista algún patán autenticador de milagros que trate de demostrar algún punto de teología con la aparición de Jesucristo en el altar de Paimpole ¿no se creará con derecho a citar la carta que se imprimió en Bourges con licencia real? ¿No se creará con derecho a tratar de impíos a los que duden de su autenticidad? ¿No probará con hechos que Jesús hacía milagros en todas partes en el siglo XVIII? He aquí un vasto campo que pueden explotar los Hauttevilles y los Abbadías. El supersticioso es al bribón lo que el esclavo al tirano. El supersticioso se deja gobernar por el fanático y acaba por serlo también. La superstición nació en el paganismo, la adoptó el judaísmo y contaminó a la Iglesia cristiana desde los tiempos primitivos. Todos los padres de la Iglesia, sin excepción, creyeron en el poder de la magia. La Iglesia la condenó siempre, pero creyó en ella, y no excomulgó a los brujos como desquiciados, sino como hombres que tenían trato con el diablo. Hoy, la mitad de Europa cree que la otra mitad fue durante mucho tiempo supersticiosa, y lo es todavía. Los protestantes consideran las reliquias, indulgencias, flagelaciones, rezar por los muertos, el agua bendita y

casi todos los ritos de la Iglesia católica, como locuras supersticiosas. Según ellos, la superstición consiste en creer que esas paparruchas son prácticas necesarias. Entre los católicos, hay muchos más ilustrados que sus antepasados y que han renunciado a muchas de esas prácticas, que antiguamente eran sagradas.

Es difícil señalar los límites de la superstición. El francés que viaja por Italia encuentra que casi todo es superstición y no se equivoca. El arzobispo de Canterbury opina que el arzobispo de París es supersticioso; los presbiterianos reprochan lo mismo al de Canterbury y tildan de supersticiosos a los cuáqueros, que es la comunidad más supersticiosa para los demás cristianos. Las comunidades cristianas no están, pues, de acuerdo en lo que es superstición. La comunidad que parece menos afectada por esa enfermedad del espíritu es la que tiene menos ritos, pero si aun teniendo pocas ceremonias se aferra a una creencia absurda ésta equivale a todas las prácticas supersticiosas que se han observado desde Simón el Mago hasta el cura Gauffridi. Es evidente, pues, que el fondo religioso de una secta es lo que toman por superstición las demás sectas. Los musulmanes acusan de este desvarío a las comunidades cristianas, y éstas los acusan a ellos. ¿Quién juzgará ese gran proceso? No será la razón, porque cada secta pretende tenerla; será la fuerza la que juzgue, hasta el día en que la razón penetre en suficiente número de cabezas para desarmar la fuerza. En la Europa cristiana hubo un tiempo que no se permitía a los recién casados disfrutar de los derechos del matrimonio sin haber adquirido este derecho al obispo o al cura. Quien en su testamento no dejaba parte de sus bienes a la Iglesia se le excomulgaba, lo que equivalía a privarle de sepultura cristiana, y cuando un cristiano moría ab intestato, la Iglesia le libraba de la excomuni6n haciendo testamento por 6l y otorgándose a sí misma los legados piadosos que el difunto le hubiera dejado de haber testado. Por eso el papa Gregorio IX y san Luis dispusieron en 1235 que todo testamento otorgado sin la presencia de un sacerdote fuera nulo, y el papa decretó que el testador y el notario serían excomulgados de no atenerse a este requisito. La tasa de los pecados fue todavía más escandalosa, si cabe. La fuerza sostenía esas leyes a las que estaba sometida la superstición de los pueblos, y sólo andando los años la razón hizo derogar esas vergonzosas vejaciones, aunque dejando subsistir otras. ¿Hasta qué punto la política permite que se erradique la superstición? La cuesti6n es muy espinosa y equivale a preguntar hasta qué punto debe practicarse la punción a un hidrópico, que puede morir en la operaci6n. Depende de la prudencia del médico. Preguntar si puede existir un pueblo que esté libre de prejuicios supersticiosos es igual que preguntar si puede existir un pueblo de filósofos. Se afirma que no hay ninguna superstición en la magistratura de China y es probable que queden algunas en la magistratura de muchas ciudades de Europa. Cabe esperar que esos magistrados puedan impedir que la

superstición del pueblo sea peligrosa. Su ejemplo no ilustrará al populacho pero los principales habitantes del país la contendrán. Quizá no hubo un tumulto, ni un atentado religioso, del que no participaran los burgueses, porque entonces esa clase era populacho, pero la razón y el tiempo la hicieron cambiar y, suavizando sus costumbres, mitigaron también las del más feroz populacho. De ello podemos presentar ejemplos sorprendentes en más de un país. En pocas palabras, cuantas menos supersticiones, menos fanatismo, y cuanto menos fanatismo, menos desgracias.

SUPLICIOS. Volvemos a insistir en que la pena de muerte no sirve para nada. Probablemente, algún verdugo, tan charlatán como cruel, hizo creer a los imbéciles de su barrio que la grasa del ahorcado curaba la epilepsia. Cuando el cardenal Richelieu fue a Lyon para darse el gusto de ver ejecutar a Cinq-Mars y a Thou, supo que el verdugo se había quebrado una pierna y dijo al canciller Segurier que era una desgracia no disponer de otro verdugo. Confieso que son deplorables esas palabras y que fueron el florón que faltaba a su corona. Por fin, encontraron a un viejo que se prestó a desempeñar el oficio y cortó la cabeza al inocente y sabio Thou después de dar doce sablazos. ¿Qué necesidad había de causar esa muerte? ¿Qué podía reportar el asesinato jurídico del mariscal Marillac? Si el duque Maximiliano de Sully no hubiera comprometido al rey Enrique IV a ordenar la ejecución del mariscal Birón que recibió muchas heridas a su servicio, quizás Enrique no habría sido asesinado, quizás perdonándole, después de sentenciado a muerte, hubiera calmado la indignación de la Liga y ésta no habría gritado a los oídos del pueblo: «El rey protege a los herejes y maltrata a los buenos católicos; es un avaro y un viejo lascivo que a los cincuenta y siete años está enamorado de la joven princesa de Condé, lo que obligó a ésta y a su marido a huir del reino». Esas llamas del descontento universal no hubieran encendido el cerebro del fanático Ravailac. Preciso es reconocer que no es humano, razonable, ni útil la cruel costumbre, que se llama justicia, de quitar la vida al hombre por haber robado un escudo a su señor, de quemarlo como a Simón Morín porque dijo que tuvo conversaciones con el Espíritu Santo, o como el jesuita Malagrida por haber impreso las conversaciones que la Virgen María tuvo con su madre santa Ana, estando todavía en el seno de ésta. No comprendemos qué provecho puede sacar el Estado de la muerte de un pobre hombre como Jacques Riquet, sacerdote que cenando en un convento con los frailes profirió palabras insensatas; lo ahorcaron, en vez de purgarle y sangrarle. Tampoco comprendemos que fuera necesario que otro desquiciado, que estaba con los guardias de corps y se hizo unas leves heridas con un cuchillo, como algunos charlatanes, para conseguir alguna recompensa, también fuese ahorcado por decreto del Parlamento. ¿Cometió algún delito? ¿Corría peligro la sociedad dejando vivir a ese hombre? ¿Era también necesario que cortaran la mano y la lengua al caballero La Barre, le hicieran sufrir el potro ordinario y

extraordinario y lo quemaran vivo? ¿De qué crimen le acusaban? ¿Asesinó a sus padres? ¿Temían que incendiara la ciudad? Nada de eso. Le acusaban de haber cometido unas irreverencias, pero tan secretamente, que ni siquiera constan en la sentencia: haber cantado una canción antigua que nadie conocía y de ver pasar a lo lejos una procesión de capuchinos sin quitarse el sombrero.

Ciertos pueblos necesitan el placer de matar a su prójimo con ceremonias, dice Boileau, y para ellos hacerle sufrir tormentos espantosos es una diversión agradable. Esos pueblos están situados en el grado cuarenta y nueve de latitud, que es precisamente la posición que ocupan los iroqueses. Debemos esperar que un día se civilicen, puesto que en esas naciones bárbaras siempre hay dos o tres mil personas de mayor raciocinio y sensibilidad que consiguen civilizar a las demás. Me atrevería a preguntar a los partidarios de levantar horcas y cadalsos, de encender hogueras y matar a los hombres disparándoles arcabuces si creen que están viviendo en tiempos de hambre y matan a sus semejantes por miedo de que falten alimentos para todo el mundo. Un día me espeluzné leyendo la lista de desertores que hubo durante ocho años, que ascendieron a sesenta mil en Francia. Sesenta mil compatriotas a los que era preciso fusilar al redoble del tambor y con los que habríamos podido conquistar una provincia si los hubieran tratado bien y suministrado el necesario alimento. Preguntaría también a los partidarios de la pena de muerte si en sus países no hay que construir caminos, ni existen terrenos incultos que cultivar, y si los ahorcados y fusilados pueden prestar esos servicios. Y no lo preguntaré en nombre de la humanidad, sino de la utilidad, pero por desgracia no suelen atender ni una ni a otra. Cuando Beccaria mereció los aplausos de Europa por haber demostrado que las penas deben ser proporcionadas a los delitos, pronto apareció entre los iroqueses un leguleyo que sobornó a un sacerdote y sostuvo que ahorcar y quemar era siempre lo mejor en todos los casos. En Inglaterra, más que en otro país, ha predominado la norma de ejecutar a los hombres con la supuesta espada de la ley. Aparte del número prodigioso de señores de sangre real, pares del reino y ciudadanos ilustres que perecieron en el cadalso de la plaza pública, basta que mencionemos las ejecuciones de las reinas Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Grey, María Estuardo y del rey Carlos I, para justificar al que dijo que la historia de Inglaterra debía haberla escrito el verdugo. Después de la Gran Bretaña, se cree que Francia es el país donde hubo más suplicios. Dejaré de lado el de la reina Bruchant porque no lo creo, pasaré por mil cadalsos y me detendré en el del conde Montecuculli, descuartizado en presencia de Francisco I y toda la corte porque el delfín Francisco había muerto de pleuresía. Veamos los antecedentes del suceso. Carlos V, vencedor en todas partes, en Europa y Africa, desolaba Provenza y Picardía. Durante esta campaña, que empezó ventajosamente, el delfín, que tenía dieciocho años, se sofocó jugando a la pelota en Tournon, sudado, bebió agua fría y murió de pleuresía a los cinco días. La corte y Francia entera

dijeron que el emperador Carlos V había hecho envenenar al delfín. Esta acusación, tan horrible como absurda, ha pasado de generación en generación hasta nuestros días. El poeta Malherbe la refiere en una de sus odas, el historiador Daniel se hace eco de la acusación, y Henault dice en su Compendio: «El delfín Francisco murió envenenado». De ese modo, los escritores se copian unos a otros. Por fin, Galliard, en su Historia de Francisco I, se atreve, como yo, a discutirlo. El conde de Montecuculli, que estaba al servicio del delfín, fue declarado culpable de haber envenenado al príncipe. Los historiadores dicen que Montecuculli era su copero, pero los delfines no tenían esta clase de servidores, y suponiendo que los tuviera, ¿cómo el conde hubiera podido echar, en aquel momento, un veneno en el vaso de agua fresca? ¿Lo llevaría en su bolsillo para utilizarlo en el momento que su señor pidiera de beber? Además, no estaba solo con el delfín cuando salió sudando del juego de pelota. Se cree que los cirujanos que hicieron la autopsia del cadáver dijeron que el príncipe había tomado arsénico. Si lo hubiera tomado, al ingerirlo hubiera sentido en la garganta dolores insoportables, el agua habría adquirido cierto color y no hubieran tratado su enfermedad como pleuresía. Los cirujanos eran tan ignorantes que dirían lo que algunos quisieron, como ocurre tantas veces. ¿Qué interés podía tener el conde en envenenar a su señor? ¿De quién podía esperar conseguir mejor fortuna? Añaden que tenía la intención de envenenar al rey, pero tampoco es probable, porque, ¿quién debía pagarle este doble crimen? Contestan que Carlos V, pero esta improbabilidad es aún mayor. Si el emperador tenía esa idea, ¿por qué había de empezar privando de la vida a un joven de dieciocho años que, además, tenía dos hermanos? ¿Cómo había de llegar hasta el rey, cuya mesa no servía Montecuculli? Nada podía ganar Carlos V matando al delfín, que nunca había sacado la espada y hubiera tenido vengadores. Era un crimen vergonzoso y gratuito. Si no temía al padre, que era el caballero más valiente de la corte, ¿podía temer al hijo que acababa de salir de la infancia? Dicen algunos que Montecuculli, en un viaje que hizo a Ferrara, su ciudad natal, fue presentado al emperador y éste le pidió noticias respecto a la magnificencia de la mesa del rey y al orden que reinaba en su casa pero esto no prueba que Carlos V comprometiera a Montecuculli a envenenar a la real familia. Contestan que personalmente el emperador no le comprometió a realizar este crimen, sino sus generales Antonio de Leiva y el marqués de Gonzaga. De Leiva, que tenía ochenta años y era uno de los caballeros más virtuosos de Europa, ¿hubiera cometido la indiscreción de proponer ese delito de común acuerdo con el príncipe de Gonzaga? Añaden que Montecuculli así lo declaró a sus jueces. ¿Vieron acaso las piezas originales de su proceso? Alegan, además, que el infortunado conde era químico, siendo éstas las únicas pruebas y la sola razón por la que sufrió el más horrible suplicio. Como era italiano y químico, y odiaban a Carlos V, se vengaron vergonzosamente de su gloria. Descuartizaron

a un hombre por simples sospechas, alentados por la vana esperanza de deshonar a un emperador demasiado poderoso. Algún tiempo después, siempre por sospechas, se acusó de este envenenamiento a Catalina de Médicis, esposa del delfín Enrique II, que luego fue rey de Francia. Se dijo que ella mandó envenenar al primer delfín porque se interponía entre el trono y su esposo. Quienes esto afirman son unos impostores, pues ni siquiera tuvieron presente que Catalina de Médicis tenía entonces diecisiete años. Para no contradecirse de modo tan flagrante, se atrevieron a inventar que Carlos V imputó ese envenenamiento a Catalina de Médicis y para probarlo citan al historiador Vera; pero yerran porque ese historiador no dice semejante cosa. He aquí sus palabras):

«En este año había muerto en París el delfín de Francia con señales de veneno. Los suyos lo atribuyeron a instigación del marqués del Basto y Antonio de Leiva y costó la vida al conde de Montecuculli, francés con quien se correspondían. Indigna sospecha de tan generosos hombres e in útil, puesto que matando al delfín se granjeaban poco, porque no era nada valeroso, ni sin hermanos que le sucediesen. A poco, de esta presunción se pasó a otra más fundada: que le fue dada muerte por orden de su hermano el duque de Orleans a instigación de Catalina de Médicis, su esposa, deseosa de llegar a ser reina, como fue. Y nota bien un autor que la muerte desgraciada que tuvo después este Enrico, la permitió Dios en castigo de la alevosa que dio (si la dio) al inocente hermano, costumbre más que medianamente introducida en príncipes deshacerse a poca costa de quienes por algún camino los embarazan, pero siempre visiblemente castigados por Dios.»

Como acabamos de ver, Vera no es un Tácito. Además, cree que Montecuculli es francés. Dice que el delfín murió en París y fue en Tournon, y que su muerte se debió al veneno, tomando este dato de la voz pública. Pero no sólo atribuye a los franceses la acusación contra Catalina de Médicis de haber cometido el delito, sino que esta acusación es tan injusta y extravagante como la de Montecuculli. Resulta de todo ello que esa ligereza, tan peculiar en los franceses produjo en todos los tiempos arbitrariedades irreparables. Desde el suplicio injusto de Montecuculli hasta el de los templarios mediaron una serie de suplicios atroces, fundándose en las más frívolas presunciones. En Francia se ha derramado copiosamente la sangre porque la nación es casi siempre poco reflexiva y demasiado rápida para juzgar. Y ¿qué diremos del necio placer que los hombres, sobre todo los débiles, sienten secretamente al hablar de suplicios, como lo tienen al hablar de milagros y sortilegios? En el Diccionario de la Biblia, del reverendo Calmet, hay muchos grabados de los suplicios con que castigaban los hebreos, grabados que hacen estremecer a los hombres sensibles. Digamos de paso que ni los judíos, ni ningún otro pueblo, crucificaron con clavos y que no puede presentarse ni un ejemplo de esto. Algún pintor tuvo esa ocurrencia, fundada en una opinión errónea. Hombres

sabios que estáis esparcidos por todo el mundo, propagad con energía y sin descanso el postulado legal del sabio Beccaria: que las penas deben ser proporcionadas a los delitos. Si matan a un soldado de veinte años por haber pasado seis meses al lado de su madre o de su prometida, en vez de estar en el regimiento, ya no podrá servir a la patria; si ahorcan a una criada joven por haber robado una docena de servilletas a su señora ya no podrá, andando los años, dar doce hijos que sirvan al Estado, aparte de que no hay ninguna proporción entre robar doce servilletas y perder la vida. Los jueces y los legisladores deberían ser los responsables de todos los hijos que las jóvenes seducidas abandonan o privan de la vida temiendo descubrir su falta. Sobre esto voy a referiros lo que recientemente ha sucedido en la capital de una poderosa república, en Ginebra, que a pesar de ser tan ilustrada tiene la desgracia de conservar algunas leyes de los tiempos antiguos y bárbaros que dicen fue la época de las buenas costumbres. Encontraron en las cercanías de dicha capital a un niño recién nacido y muerto, y sospechando que su madre era una joven soltera la encerraron en una mazmorra, la interrogaron y se defendió diciendo que no podía ser la madre de aquel niño porque aún estaba embarazada. La reconocieron algunas comadronas, tan ignorantes, que aseguraron no estaba embarazada y que reteniendo el flujo menstrual había conseguido que se le hinchara el vientre. Amenazaron a la desdichada con darle tormento y tal amenaza le causó tanto pánico que confesó haber dado muerte a su supuesto hijo y la sentenciaron a la pena capital. Por fortuna, dio a luz cuando estaban leyéndole la sentencia y los jueces aprendieron entonces que no se debe fallar con ligereza ninguna sentencia de muerte. Y paso por alto la infinidad de suplicios en los que fanáticos imbéciles hicieron morir a otros tantísimos imbéciles fanáticos, aunque podría extenderme mucho en este punto.

T

TABACO. En 1660 se dio este nombre a una planta que acababan de descubrir en la isla de Tabago. Los indígenas de Florida la llamaban petun, y en Francia la denominaron nicotina. Tomó esta denominación de Jean Nicot, que nació en Nimes en 1530 y murió en París el 5 de mayo de 1600, y que siendo embajador de Francisco II en Portugal envió la semilla del petun a Catalina de Médicis y cuando regresó de Portugal le llevó una planta. El tabaco también se llama en Francia hierba de la reina. Hay muchas clases de tabaco y cada una de ellas toma el nombre del lugar donde crece dicha planta, del sitio donde se elabora, o del país de donde sale dicha mercancía.

TASA. El papa Pío II, en una carta a Juan Peregál, confiesa que la Curia

romana nada da sin dinero, que hasta la imposición de las manos y los dones del Espíritu Santo se venden en ella y sólo concede a los ricos la remisión de sus pecados. Antes que dicho papa, san Antonino, arzobispo de Florencia, había ya notado que en la época de Bonifacio IX, muerto en 1404, la Curia romana estaba tan manchada de simonía que los beneficios los otorgaba menos al mérito que al dinero. Añade que el susodicho papa llenó el cielo de indulgencias plenarias y que las iglesias pequeñas, en días de fiesta, las obtenían por un precio módico. Teodorito de Mien, secretario del citado pontífice, nos dice que éste envió colectores a varios reinos para que vendieran indulgencias a los que ofrecieran la cantidad que hubieran tenido que gastar en hacer el viaje a Roma para conseguirlas, colectores que perdonaban los pecados a quienes los confesaban, incluso sin hacer penitencia, dispensándoles por dinero de toda clase de irregularidades y diciéndoles que para ello poseían el poder que Jesucristo concedió a san Pedro para atar y desatar en la tierra. Todavía es más singular que se tasara el precio de cada crimen conforme a una obra latina publicada en Roma por orden de León X, el 18 de noviembre de 1514, titulada Tasas de la sagrada cancellería y de la sagrada penitenciaria apostólica. Se hicieron varias ediciones de dicho libro, una de ellas en París el año 1520 con privilegio del rey para tres años. Lleva en el frontispicio las armas de Francia y las de la casa de Médicis, a la que pertenecía León X. Sin duda, ello hizo que se equivocara el autor del Cuadro de los papas al atribuir a León X la invención de esas tasas, que Poliodoro, Virgilio y el cardenal Ossat afirman se establecieron durante el papado de Juan XXII, en 1320. La Curia romana, andando el tiempo, se avergonzó de haber publicado dicho libro, que retiró hasta donde le fue posible e hizo insertar en el índice expurgatorio del Concilio de Trento, suponiendo falsamente que los herejes lo habían corrompido. Ahora bien, Antoine Dupinet imprimió en Lyon en 1564 un extracto del referido libro con el siguiente título: Tasas de todo lo que se compone la tienda del Papa, en latín y en francés, con anotaciones tomadas de los decretos, concilios y cánones antiguos y modernos para comprobar la disciplina que antiguamente observó la Iglesia. Aunque el citado autor no advirtiera que su obra era un compendio de la otra, se veía que no sólo no trataba de corromper el original, sino que intentaba resaltar algunos rasgos odiosos, como el de la página 23 de la edición de París, en el que puede leerse «Reparad en que esa clase de gracias y de dispensas no se conceden a los pobres, porque como carecen de medios no pueden ser consolados».

La absolución —dice Dupinet— se tasa en cinco carlinos para el que conoció carnalmente a su madre, su hermana, a cualquier otro pariente y a su madrina de bautismo. La tasa para ser absuelto el que desflora a una doncella es de seis carlinos; para el que revela un secreto de confesión de algún penitente en siete carlinos; para el que mató a su padre, su madre, su hermano, su hermana, su mujer o cualquier otro pariente o allegado que sea laico, en

cinco carlinos, y si el muerto fuera eclesiástico el homicida se verá obligado a visitar los Santos Lugares. La absolución —continúa diciendo Dupinet— por cualquier acto injurioso que comete un clérigo, ya con una monja dentro o fuera del claustro, ya con parientes o allegados, ya con su hija espiritual, ya con cualquier otra mujer, cuesta seis torneses y tres ducados. La absolución del sacerdote que mantiene una barragana está tasada en veintiún torneses, cinco ducados y seis carlinos; de un laico por toda clase de pecados de la carne se da en el fuero de la conciencia por seis torneses y dos ducados. La absolución de un laico por el crimen de adulterio cuesta cuatro torneses; si comete adulterio e incesto, seis torneses por cabeza. Cuando además de esos crímenes se pide la absolución por el pecado de bestialidad, se tienen que pagar noventa torneses, diez ducados y seis carlinos pero si sólo pide la absolución del crimen de bestialidad no le costará más que treinta y seis torneses y nueve ducados. La mujer que tomare un brebaje para abortar, o el padre que se lo haga tomar, pagará cuatro torneses, un ducado y ocho carlinos, y si es extranjero el que dé el brebaje, pagará cuatro torneses, un ducado y cinco carlinos.

El padre, madre, o cualquier otro pariente que ahogara a un niño tienen que pagar cuatro torneses, un ducado y ocho carlinos, y si lo mataran el marido y la mujer, seis torneses y dos ducados. La tasa que fija la Dataría para contraer matrimonio fuera de las amonestaciones permitidas es de veinte carlinos; en las amonestaciones permitidas, si los contrayentes tienen parentescos de segundo o tercer grado, deben pagar veinticinco ducados y cuatro por la expedición de las dispensas, y si son parientes en cuarto grado, pagan siete torneses, un ducado y seis carlinos. Dispensar del ayuno a un laico en los días de vigilia que señala la Iglesia y darle permiso para comer queso, cuesta veinte carlinos. La bula para comer carne y huevos los días en que se prohíbe está tasada en doce carlinos. La absolución y rehabilitación de un culpable de sacrilegio, robo, incendio o perjurio está tasada en treinta y seis torneses y nueve ducados. Para cambiar las cláusulas de un testamento, la tasa ordinaria es de doce torneses, tres ducados y seis carlinos. El permiso para poseer un altar portátil para una persona está tasado y nueve carlinos, y para cambiar el apellido y la firma, seis torneses y dos ducados. El permiso para poseer un altar portátil para una persona está tasado en diez carlinos, y el de disfrutar de capilla en casa, por estar lejos de la parroquia, y tener pila bautismal y capellanes, cuesta treinta carlinos. El permiso para transportar mercancías una o varias veces a un país de infieles, y traficar y vender las mercancías sin estar obligados a sacar permiso de los señores temporales, sean éstos reyes o emperadores, está tasado en veinticuatro torneses y seis ducados. Este permiso, que suplía al de los señores temporales, es otra prueba de las pretensiones de los papas, de la que dimos constancia en el artículo Bula. Por otra parte, sabemos que todas las concesiones de beneficios aún se hacen en

Roma, conforme a la referida tasa, que a fin de cuentas pagan los laicos con las imposiciones que el clero subalterno exige. Veamos ahora los derechos que se pagan por los casamientos y las sepulturas. Un decreto del Parlamento de París de 19 de mayo de 1409, que se publicó a instancia de los habitantes de Abbeville, permite a todos los maridos acostarse con sus mujeres inmediatamente después de los desposorios, sin esperar el permiso del obispo de Amiens y sin pagar el derecho que exigía dicho prelado para levantar la prohibición de consumir el matrimonio en las primeras noches de la boda. Los monjes de San Esteban de Nevers fueron también desposeídos de este derecho por otro decreto del Parlamento de 27 de septiembre de 1591. Algunos teólogos declaran que el referido derecho se fundaba en el cuarto Concilio de Cartago, que decretó que era indispensable la bendición matrimonial, pero como ese Concilio no disponía que pudiera eludirse tal prohibición previo pago, es más verosímil que dicha tasa fuese continuación de la infame costumbre que concedía a ciertos feudales el derecho de pernada.

TEÍSMO. Es la creencia en un Dios creador y conservador difundida en todas las religiones; es un metal que se alía con los demás y cuyas vetas se extienden bajo tierra por el mundo entero. Esta mina está descubierta y más trabajada en China; en las demás partes se halla más escondida y el lugar donde se encuentra sólo lo conocen sus adeptos. No hay país que tenga más adeptos de esa clase que Inglaterra. En el siglo XVII hubo allí muchos ateos, lo mismo que en Francia e Italia, que probaron el aserto del canciller Bacon: que la escasa filosofía hace al hombre ateo y la mucha filosofía le conduce al conocimiento de un dios. Cuando se creía en la doctrina de Epicuro, que la casualidad lo hacía todo, o en la doctrina de Aristóteles y varios teólogos antiguos, que todo nacía de la corrupción, y que la materia y el movimiento hacían andar el mundo por sí solo, entonces no podían creer en la Providencia. Pero desde que vislumbramos la naturaleza que los antiguos no llegaron a ver, desde que nos percatamos que todo está organizado, que todo tiene su germen, desde que supimos que desde el guisante hasta la inmensidad de los mundos todo es obra de una sabiduría infinita, desde entonces todos los que piensan la adoraron. Los físicos se convirtieron en heraldos del Creador, el catequista anunció la existencia de Dios a los niños, y Newton se la demostró a los sabios. Hay muchos que preguntan si el teísmo, considerado en sí mismo desprovisto de toda ceremonia religiosa, es una religión. Resulta fácil contestar a esa pregunta: el que sólo reconoce un Dios creador, omnipotente, y sólo considera a sus criaturas como máquinas admirables, no por eso es más religioso que el europeo que admira tal vez al emperador en China. En cambio, el que cree que Dios se dignó establecer una relación entre El y los hombres, relación que les hace libres, capaces del bien y del mal, y les dotó de buen sentido, que es el instinto del hombre sobre el que se funda la ley natural, éste sin duda tiene una religión. Religión mejor que la de todas las sectas que

están fuera de la Iglesia católica porque aquéllas son falsas y la ley natural es verdadera; la religión revelada no es ni podía ser otra que la ley natural perfeccionada. Por tanto el teísmo es el buen sentido que no conoce aún la revelación, y las demás religiones son el buen sentido que pervirtió la superstición. Las sectas se diferencian unas de otras porque son creaciones de los hombres, pero la moral es la misma en todas partes porque proviene de Dios. Ahora bien, ¿por qué entre los centenares de sectas que existen hubo algunas que hicieron derramar sangre humana, y por qué los teístas que proliferan en todas partes nunca han ocasionado el menor tumulto? Por-t que los teístas son filósofos y éstos pueden errar en sus sistemas especulativos, pero no son intrigantes. Por eso quienes persiguen a los filósofos so pretexto de que sus opiniones pueden ser nocivas para el público, son tan absurdos como serían los que temieran que el estudio del álgebra encareciera el pan nuestro de cada día. Debe compadecerse al hombre que piensa y se extravía pensando, pero es insensato y a todas luces injusto perseguirle. Todos somos hermanos, y porque uno de mis hermanos, lleno de respeto y amor filial, animado de espíritu caritativo, no cumple con nuestro Padre común las mismas ceremonias preceptivas que yo, ¿debo degollarle y quemarle vivo? ¿Quién es el verdadero teísta? Todo el que dice a Dios: Os adoro y soy vuestro siervo; todo aquel que dice a los turcos, chinos, hindúes y rusos: Yo os amo. Quizá dude de que Mahoma hiciera un viaje a la luna, quizá se oponga a que cuando él muera su esposa se arroje a la hoguera por devoción, quizá sienta algunas veces la tentación de no creer en la historia de las once mil vírgenes, ni en la de san Amable, de quien un rayo de sol llevó su sombrero y sus guantes de Auvernia hasta Roma. Pero a pesar de todo, es siempre hombre justo. Noé lo hubiera llevado a su arca; Numa Pompilio habría escuchado sus consejos; se hubiera subido en el carro de Zoroastro y hubiera filosofado con Platón, Aristipo, Cicerón y Ático. Pero, ¿hubiera bebido la cicuta con Sócrates?

TEÍSTA. Es un hombre firmemente persuadido de la existencia de un Ser supremo, bueno y poderoso, que ha creado todos los seres esparcidos por el mundo que vegetan, sienten y reflexionan, que perpetúa su especie, que castiga sin crueldad los crímenes y recompensa con bondad las acciones virtuosas. El teísta no sabe cómo castiga Dios, cómo favorece y cómo perdona, pues no es tan temerario como para vanagloriarse de conocer de qué manera actúa Dios, pero sabe que Dios es hacedor y justo. Sus dificultades ante la Providencia no quebrantan su fe porque sólo son grandes dificultades y no pruebas; está sometido a esta Providencia de la que sólo percibe algunos efectos y apariencias, y juzgando las cosas que no puede ver por las que ve cree que esta Providencia se extiende a todos los lugares y a todos los siglos. Relacionando este principio con el resto del universo, no forma parte de ninguna secta porque todas se contradicen. Su religión es la más antigua y

extendida, pues la simple adoración de un Dios ha precedido a todos los sistemas del mundo. Habla un lenguaje que todos los pueblos entienden, aunque no se entiendan entre ellos. Tiene hermanos desde Pekín hasta Cayena y considera todos los sabios como hermanos. Cree que la religión no consiste en las opiniones de un metafísico ininteligible, ni en vanas apariencias, sino en la adoración y en la justicia. Hacer el bien; he aquí su culto. Estar sometido a Dios; he aquí su doctrina. El mahometano le grita: « ¡Pobre de ti si no emprendes la peregrinación a La Meca! » El, recoleto, dice: « ¡Desgraciado de ti si no haces un viaje a Nuestra Señora de Loreto! » Pero se ríe de Loreto y de La Meca, aunque socorre al indigente y defiende al oprimido.

TEOCRACIA (gobierno ejercido directamente por Dios o por el sacerdocio). Es fácil que esté equivocado, puesto que errar es de humanos, pero creo que los pueblos que cultivaron las artes se sometieron todos a la teocracia. Exceptúo siempre a los chinos, que aparecieron ya sabios desde que constituyeron una nación y desde entonces carecieron de supersticiones. Es una lástima que empezando de esa manera se hayan estancado desde hace muchísimo tiempo en las ciencias. Parece que la naturaleza les dotó de una gran dosis de buen sentido y escasa cantidad de espíritu industrial, pero en cambio su industria se desarrolló antes que la nuestra. Los japoneses, cuyo origen casi desconocemos, fueron indudablemente gobernados por la teocracia. Los primeros soberanos que conocemos fueron los dairis, casta sacerdotal de sus dioses cuya teocracia está comprobada. Esos sacerdotes reinaron despóticamente cerca de mil ochocientos años. A mediados del siglo XII, un capitán y un emperador dividió con ellos la autoridad y en el siglo XVI los capitanes la absorbieron por completo, conservándola hasta nuestros días. Los dairis continuaron siendo jefes de la religión y si ayer fueron reyes hoy son santones: dirigen las fiestas y otorgan los títulos sagrados. En la India, los brahmanes constituyeron durante mucho tiempo el poder teocrático, o lo que es lo mismo, alcanzaron el poder soberano en nombre de Brahma, hijo de dios, y a pesar de la decadencia en que se encuentran creen tener todavía ese carácter indeleble. Estas son las dos grandes teocracias más comprobadas. Los sacerdotes de Egipto eran tan poderosos, tenían tanta participación en el gobierno, conseguían que el incensario sobrepujara tanto al cetro, que puede asegurarse que el imperio de esos pueblos se lo repartían la teocracia y la monarquía. El gobierno de Numa Pompilio fue visiblemente teocrático. Cuando un rey dice «Os traigo estas leyes de parte de los dioses y un dios es el que os habla», entonces dios es el rey y el que habla su representante. En el país de los celtas, que sólo tenían jefes elegibles, pero no reyes, los druidas y las hechiceras lo gobernaban todo. Pero no podemos llamar teocracia a la anarquía de aquellos salvajes. La pequeña nación hebrea sólo merece que la consideremos políticamente por la prodigiosa revolución que causó en el mundo. Examinemos pues, la historia de ese pueblo extraño. Tuvo un caudillo

que debió conducirlo en nombre de Dios a Fenicia, que ellos llaman Canaán. El camino conducía directamente desde Gosen hasta Tiro y no ofrecía ningún peligro a los seiscientos treinta mil combatientes, a cuyo frente iba un jefe como Moisés, que según dice Flavio Josefo había vencido ya a un ejército de etíopes y a otro de serpientes.

En vez de tomar ese camino, corto y bueno, Moisés les condujo desde Rameses a Baal Sefón, que es el camino opuesto y está en medio de Egipto, yendo directamente hacia el Sur. Cruza el mar y avanza durante cuarenta años por soledades inhóspitas, donde no se encuentra una fuente, un árbol, ni un campo cultivado, en las que sólo hay arena y peñascos. Es evidente que sólo Dios, por un milagro, podía hacer que los judíos tomaran ese camino y sostenerlos en su largo éxodo con milagros continuos. El gobierno hebreo fue entonces una verdadera teocracia, a pesar de que Moisés no era pontífice y que Aarón, que lo era, no fue jefe ni legislador. Desde entonces, ya no reinó allí ningún pontífice. Josué, Jefté, Sansón y demás jefes del pueblo, salvo Elías y Samuel, no fueron sacerdotes. La república hebrea, reducida en distintas ocasiones a la esclavitud, fue más anárquica que teocrática. En la época de los reyes de Judá y de Israel dicho país pasó por una larga serie de asesinatos y guerras civiles; sólo interrumpieron sus calamidades la extinción de diez de sus tribus, la esclavitud de las dos restantes y la destrucción de Jerusalén, seguida del hambre y la peste. No cabe decir que hubo en ella un gobierno divino. Cuando los judíos cautivos en Babilonia regresaron a Jerusalén quedaron sometidos al rey de Persia, al conquistador Alejandro y a sus sucesores. Es de creer que entonces Dios no gobernaba directamente a dicho pueblo; poco después de la invasión de Alejandro, el pontífice Juan asesinó a su hermano el sacerdote Jesús en el templo de Jerusalén, como Salomón había asesinado a su hermano Adonías en el altar. El gobierno era todavía menos teocrático cuando Antíoco Epifanio, rey de Siria, se valió de numerosos judíos para castigar a los que consideraba rebeldes y prohibió que circuncidaran a sus hijos bajo pena de muerte; en cambio, hizo que sacrificaran cerdos en su templo, quemaran las puertas y destruyeran el altar. Matatías lo combatió al frente de algunos ciudadanos, pero no llegó a ser rey. Su hijo Judas Macabeo, que creía ser el Mesías, murió gloriosamente tras empeñarse por conseguirlo. A guerras tan sangrientas sucedieron otras civiles. Los jerosolimitas destruyeron Samaria, que al poco tiempo reedificaron los romanos dándole el nombre de Sebasta. En medio de aquel caos de revoluciones, Aristóbulo, que pertenecía a la casta de los Macabeos y era hijo de un gran sacerdote, se proclamó rey medio siglo después de la destrucción del templo de Jerusalén. Al igual que algunos sultanes turcos, empezó su reinado degollando a su hermano y matando a su madre. Sus sucesores le imitaron, hasta que llegó el día en que los romanos castigaron a aquellos bárbaros. Nada de todo esto es teocrático. Finalmente, la idea cabal de lo que es teocracia la da el pontificado

de Roma, que se ejerce en nombre de Dios y cuyos siervos viven en paz. Desde hace mucho tiempo, el Tíbet goza de la misma paz idílica bajo el imperio del Gran Lama; sin embargo, convengamos que eso es el burdo error que quiere imitar a la verdad sublime. Los primeros incas creían descender del sol en línea recta, establecieron una teocracia y todo se hacía en nombre del sol. La teocracia debía conocerse en todas partes porque todos los hombres, desde el príncipe hasta el saltimbanqui, debían obedecer las leyes naturales y eternas que Dios les dictó.

TEOLOGÍA. Es el estudio, no la ciencia, de Dios y las cosas divinas. Hubo teólogos entre los sacerdotes de la Antigüedad, o sea filósofos que, dejando al vulgo todas las exterioridades de la religión, pensaban de manera más sublime respecto a la Divinidad y al origen de las fiestas y misterios, y guardaban estos secretos para ellos y los iniciados. En los misterios de Eleusis representaban el caos y la formación del universo y el hierofante entonaba este himno: «Desterrad los prejuicios que os desvíen del camino de la vida inmortal a la que aspiráis, elevad vuestros pensamientos hacia la naturaleza divina y pensad que vais caminando en presencia del Ser único, que existe por sí mismo». Vemos, pues, que en estos misterios no reconocían más que a un solo Dios. En las ceremonias de Egipto todo era misterio, y el pueblo, que se contentaba con la grandiosa exteriorización del ritual, nunca creyó que le incumbía levantar el velo que ocultaba lo que para él era venerable. Como esta costumbre caló en la conciencia de todo el mundo, no pudo dar materia para alimentar el espíritu de discusión. Los teólogos del paganismo no tuvieron opiniones que defender ante los fieles, porque las mantenían celosamente ocultas, y en todas las religiones reinó la paz. Si los teólogos cristianos hubieran hecho otro tanto habrían sido más respetados. Al pueblo le importa poco saber si el verbo engendrado es consustancial con su creador, es una persona que tiene dos naturalezas o una naturaleza que tiene dos personas, o es una persona y una naturaleza; si descendió al infierno per effectum y al limbo per essentiam; si nos comemos su cuerpo con los accidentes del pan o la materia del pan, y si su gracia es versátil, suficiente, concomitante, necesitante in sensu composito o in sensu diviso. De cada diez hombres que se ganan el sustento con sus manos, nueve no pueden entender una palabra de estas discusiones, y los teólogos, que tampoco las entienden puesto que están discutiendo muchísimos años sin ponerse de acuerdo, y aún siguen discutiendo, hubieran hecho bien en poner un velo entre ellos y los profanos. Si hubieran tenido menos teología y más moral les habrían venerado los pueblos y los reyes, pero prefirieron hacer públicas sus discusiones para convertirse en maestros de los pueblos que se proponían guiar y el resultado fue que sus controversias dividieron a los cristianos y el interés y la política se inmiscuyeron en ellas. Y como cada Estado tiene su interés particular, ninguna Iglesia piensa precisamente como la otra y muchas de ellas son

diametralmente opuestas. Así, el teólogo de Estocolmo no piensa como el de Ginebra, el teólogo anglicano de Oxford difiere de uno y otro, y el que recibe el doctorado en París no le están permitidas ciertas opiniones que el doctor de Roma debe sustentar. Las órdenes religiosas se envidiaron unas a otras y se dividieron. El franciscano debe creer en la Inmaculada Concepción y el dominico está obligado a negarla y tacha de hereje al franciscano. El espíritu científico, que se difundió por toda Europa, acabó por demoler críticamente a la teología. Los verdaderos filósofos llegaron a mirar con el más profundo desprecio esas cuestiones quiméricas en que nunca se definen los términos y que se reducen a pura logomaquia como el fondo de las cuestiones. Entre los mismos doctores los hay que son verdaderamente doctos y se lamentan de su profesión; se parecen a los augures, de quienes dice Cicerón que nadie podía acercarse a ellos sin reírse.

TEÓLOGO. El teólogo sabe que siguiendo la doctrina de santo Tomás de Aquino los ángeles son corporales, que el alma recibe su ser en el cuerpo, que el hombre tiene alma vegetativa, sensitiva e intelectual, que el alma está toda en todo y en cada parte, que es la causa eficiente y formal del cuerpo, que es la última en la nobleza de las formas, que el apetito es una potencia pasiva, que el bautismo regenera por sí mismo y por accidente, que el catecismo no es sacramento, sino sacramental, que la certidumbre nace de la causa y del motivo, que la concupiscencia es el apetito de la delectación sensitiva, y que la conciencia es un acto, no un poder. El Doctor Angélico escribió cerca de cuatro mil hermosas páginas por ese estilo. El joven tonsurado pasa tres años en empollar esos conocimientos sublimes y después recibe el birrete de doctor en La Sorbona y no en un asilo de locos. Si es hombre de talento, hijo de padre rico e influyente, o un intrigante con buena estrella, llega a obispo, arzobispo, cardenal y papa; si es pobre y sin agarraderas, no pasa de ser el teólogo de esos jefes de la Iglesia, el que argumenta por ellos, el que lee y vuelve a leer a Santo Tomás y Escoto para que se luzcan ellos, el que escribe las pastorales y el que por ellos decide en el Concilio. El título de teólogo es tan honorífico que los padres del Concilio de Trento se lo concedieron a sus cocineros, cuoco celeste (gran teólogo). Su ciencia es la primera de las ciencias, y su condición, la primera de las condiciones. ¡Tanto poder tiene la verdadera doctrina! Cuando el teólogo se convierte por la envidia de sus argumentos en príncipe del Santo Imperio, arzobispo de Toledo o en uno de los setenta príncipes que visten de púrpura y son los sucesores de los humildes apóstoles, entonces viven a sus expensas los sucesores de Galeno y de Hipócrates. Aquéllos y éstos eran iguales cuando estudiaban en la misma universidad, cuando pasaban por los mismos exámenes y grados, y cuando recibían el mismo birrete acreditativo de su saber. Pero la suerte lo cambia todo, y los que han descubierto la circulación de la sangre, las venas lácteas y el canal torácico son los servidores de los que aprendieron en la universidad la gracia concomitante

y luego la olvidaron. Conocí a un verdadero teólogo que dominaba las lenguas orientales y poseía todas las nociones que se pueden tener de los ritos antiguos. Para él eran tan familiares los brahmanes, caldeos, sirios y egipcios como los hebreos, se sabía al dedillo la Biblia y durante treinta años estuvo intentando poner de acuerdo los Evangelios y las opiniones de los santos padres. Trató de averiguar la fecha exacta que se redactó el símbolo (Credo) que se atribuye a los apóstoles y el que se atribuye a Atanasio, y el orden con que se fueron instituyendo los sacramentos; trató de indagar la diferencia que hay entre la sinaxa y la misa, el porqué la Iglesia cristiana desde su nacimiento se dividió en varias comunidades y cómo la comunidad religiosa dominante trató a las demás comunidades de heréticas sondeó las profundidades de la política, que siempre se inmiscuyó en las controversias religiosas, y supo distinguir entre la política y la sabiduría entre el orgullo, que sólo trata de someter a los demás, y el deseo de ilustrarse cada cual a sí mismo; en pocas palabras, distinguió entre el celo y el fanatismo. La dificultad de coordinar en su mente tantas ideas que por su naturaleza son confusas y de ver claro entre tantas vaguedades, le desanimó algunas veces. Pero consideraba sus investigaciones como un deber de su estado, prosiguió en sus estudios a pesar de sus contratiempos y llegó a adquirir conocimientos que no alcanza casi ninguno de sus colegas. Cuanto más sabía, más desconfiado era. Durante su vida fue indulgente, y al llegarle la muerte confesó que había consumido inútilmente la vida.

TIRANÍA. Se denomina tirano al soberano que no conoce más leyes que su capricho, priva de bienestar a sus súbditos y, acto seguido, los moviliza para arrebatarlos a los pueblos vecinos. En Europa no existen tiranos de esta clase. Suele distinguirse entre la tiranía de uno solo y la de varios. Esta tiranía de varios sería la de una entidad que atropellaría los derechos de otras corporaciones y ejercería el despotismo mediante leyes corrompidas por ella. Tampoco existe esta especie de tiranos en Europa. ¿En cuál de estas tiranías preferiríais vivir? En ninguna, pero si fuera preciso elegir detestaría menos la tiranía de uno que la de varios. Un déspota siempre tiene unos buenos momentos; una asamblea de déspotas no los tiene nunca. Si un tirano me causa una injusticia puedo repararla mediante su amante, su confesor o su paje; pero una compañía de graves tiranos es inaccesible a todas las seducciones. Y cuando no es injusta por lo menos es dura y jamás concede gracia. Si sólo he de acatar a un déspota me aparto para colocarme junto a la pared cuando le veo pasar, para prosternarme o para golpear el suelo con la frente, según la costumbre del país, pero cuando se trata de una agrupación de cien déspotas me veo expuesto a repetir esta ceremonia cien veces cada día, lo que a la larga resulta bastante molesto cuando no se tienen las piernas ligeras. Si poseo una granja en la vecindad de uno de estos señores estoy aniquilado; si pleiteo contra el pariente de un pariente de cualquiera de tales señores, estoy

arruinado. ¿Qué puede hacerse? Temo que en este mundo quede uno reducido a ser yunque o martillo... ¡feliz quien escapa a tal alternativa!

TIRANO. Antiguamente, este vocablo designaba al que supo conquistar la suprema autoridad, como la palabra rey designaba al que tenía el cargo de informar de los asuntos al Senado. Pero las acepciones de las palabras, con el transcurso del tiempo, cambian. Hoy se denomina tirano al usurpador o al rey que comete actos de violencia o injusticia y cuya voluntad se sobrepone a las leyes. Cromwell fue un tirano bajo todos esos aspectos. El burgués que usurpa la autoridad suprema y conculcando las leyes disuelve la Cámara de los Pares es, indudablemente, un tirano usurpador. El general que hace que decapiten a su rey, lo tiene prisionero de guerra, viola al mismo tiempo las leyes de la guerra, las leyes internacionales y las leyes de la humanidad, es un tirano, asesino y regicida. Carlos I no fue tirano, aunque el partido que le venció le diera ese nombre; es opinión general que era obstinado y débil, y estuvo mal aconsejado. No aseguraré que esto sea verdad porque no le conocí, pero afirmo que fue muy desgraciado. Enrique VIII fue tirano en el gobierno, con la familia, se manchó con la sangre de dos esposas inocentes y la de sus ciudadanos más virtuosos y merece la execración de la posteridad; sin embargo, no tuvo ningún castigo, mientras que el desventurado Carlos I murió en un cadalso. Isabel perpetró un acto de tiranía y su Parlamento una cobardía infame haciendo asesinar en manos del verdugo a la reina María Estuardo, pero durante su gobierno no conculcó las leyes, fue hábil y comedianta y dio pruebas de prudencia y fortaleza. Ricardo III fue un tirano bárbaro que sufrió el castigo que merecía. El papa Alejandro VI, que fue un tirano más execrable que los mencionados, fue sin embargo feliz en todos los desmanes que cometió. Si enumerara los tiranos turcos, griegos y romanos que encontramos en la Historia, veríamos que hubo tantos dichosos como desgraciados. Digo dichosos hablando según el sentido lato de la palabra, según las apariencias, ya que fueran dichosos realmente o vivieran contentos y tranquilos es cosa que tengo por imposible. Constantino el Grande fue indudablemente un tirano por partida doble. En el norte de Inglaterra usurpó la corona del Imperio romano poniéndose en cabeza de algunas legiones extranjeras, infringiendo todas las leyes y oponiéndose a la votación del Senado y del pueblo, que habían elegido legítimamente emperador a Magencio. Su vida fue una serie ininterrumpida de delitos, concupiscencia, fraudes e imposturas. No fue castigado y sólo Dios sabe si fue feliz; únicamente sé que sus vasallos fueron desgraciados. El emperador Teodosio gobernó como el más odioso de los tiranos, ya que so pretexto de dar una fiesta mandó degollar en el circo quince mil ciudadanos romanos con sus mujeres e hijos, añadiendo a esa monstruosidad la farsa de no ir a misa mayor durante unos meses porque hacía penitencia. Los tiranos del Bajo Imperio griego fueron casi todos derrocados y asesinados unos por otros. Esos grandes déspotas fueron sucesivamente los ejecutores de la venganza

divina y la venganza humana. Entre los tiranos turcos hubo tantos destronados como asesinados en el trono. De los tiranos subalternos, monstruos testaferreros que hicieron recaer en sus señores la execración pública, de cuya responsabilidad se descargaron, debemos decir que su número es infinito.

TOLERANCIA. Recorriendo la Historia encontré casos tan inhumanos de fanatismo, desde la lucha de los partidarios de Atanasio y Arrio hasta el asesinato de Enrique el Grande, hallé tantas calamidades públicas y privadas que causaron el odio de partido y el furor del cielo, desde la tiranía del jesuita Le Tellier hasta la demencia de los convulsionarios y las cédulas de confesión, que a menudo me pregunto: ¿Es que la tolerancia engendra un mal tan grande como la intolerancia? ¿Es la libertad de conciencia una calamidad tan bárbara como las hogueras de la Inquisición? Siento traer a cuento a los judíos porque esta nación es, bajo muchos aspectos, la más detestable que ha pisado el mundo; sin embargo, la secta de los saduceos fue tolerante y muy apacible a pesar de que no creyó en la inmortalidad del alma, como hacían los fariseos. En Grecia nunca persiguieron a los adeptos de Epicuro. Y en cuanto a la muerte injusta de Sócrates, nunca he podido encontrar otro motivo que el odio que le tenían los pedantes. Confiesa él mismo que pasó la vida demostrándoles que eran gentes absurdas, ofendió su amor propio y se vengaron sentenciándolo a beber la cicuta. Los atenienses honraron su memoria después de haberle envenenado y le erigieron una capilla. Este es un hecho único en la historia y, además, no tiene ninguna relación con la intolerancia. Cuando los romanos fueron dueños de la parte más floreciente del mundo sabemos que toleraron todas las religiones, que merced a su tolerancia pudo establecerse el cristianismo y que casi todos los paleocristianos eran judíos. También es sabido que los judíos tenían, como en la actualidad, sinagogas en Roma y en la mayor parte de las urbes comerciales, y que los cristianos se aprovecharon de la libertad que disfrutaban los judíos. Ya he dejado constancia de las causas de la persecución que al poco tiempo sufrieron los cristianos; basta, pues, con recordar que si entre tantas religiones los romanos hubieran querido prohibir una no la hubieran perseguido, pero como la Iglesia quiso exterminar las demás religiones se atrajo la persecución del imperio y la sangre corrió mucho tiempo a causa de las discusiones teológicas. Únicamente la tolerancia puede restañar esa sangre. Pero, ¿qué es la tolerancia? Es la panacea de la humanidad. Todos los hombres estamos llenos de flaquezas y errores y debemos perdonarnos recíprocamente, pues esta es la primera ley de la naturaleza. Procuremos que comercien juntos en la lonja de Amsterdam, Londres o Basora, el guebro, baniano, judío, turco, chino, católico, protestante y el cuáquero, pues de esta manera no se apuñalarán unos a otros para ganar prosélitos para su religión. ¿Por qué, si no, nos hemos degollado unos a otros casi sin interrupción desde el primer Concilio de Nicea? Constantino, que empezó publicando un edicto que permitía todas las religiones, acabó por

perseguirlas. Antes de su época sólo persiguieron a los cristianos porque empezaban a formar un partido en el Estado. Ya hemos dicho que los romanos permitían todos los cultos, hasta el de los judíos y el de los egipcios, que tanto despreciaban. ¿Por qué Roma toleraba esos cultos? Porque ni los egipcios ni los judíos pensaron en exterminar la antigua religión del imperio y por tanto no recorrían la tierra y los mares haciendo prosélitos, sólo pensaron en ganar dinero; en cambio, los cristianos trabajaban para que su religión fuera la única. Los judíos no querían que la estatua de Júpiter estuviera en Jerusalén y los cristianos que no estuviera en el Capitolio. Tomás de Aquino tiene la buena fe de confesar que los cristianos no destronaron a los emperadores porque no pudieron. Empeñados en que todo el orbe debía ser cristiano, fueron enemigos de todo el orbe hasta que éste abrazó el cristianismo. Los cristianos eran enemigos unos de otros en todas las cuestiones de su controversia: los que consideraban que Jesucristo era Dios anatematizaron a quienes lo negaban, y éstos, a su vez, a los que divinizaban a Jesús. Unos querían que los bienes fueran comunes, como al parecer sucedía en la época de los apóstoles, y sus adversarios les llamaron nicolaítas y acusaban de los delitos más infames. Otros eran proclives a la devoción mística, les llamaron gnósticos y los combatieron encarnizadamente. Marción discutió sobre la Trinidad y le tildaron de idólatra. Tertuliano, Práxeas, Orígenes, Novat, Sabelio y Donato se vieron perseguidos por los cristianos, sus hermanos, antes de la época de Constantino; después, cuando el gobierno de este emperador dominó la religión cristiana, se combatieron con furor los partidarios de Atanasio y de Eusebio y desde entonces a nuestros días la Iglesia cristiana se inundó de sangre.

Reconozco que el hebreo era un pueblo bárbaro que degolló sin compasión a todos los habitantes de un pequeño país sobre el que no tenía ningún derecho, pero también es cierto que cuando Nahamán se curó la lepra sumergiéndose siete veces en el Jordán, para expresar su gratitud a Elíseo, que le había revelado cómo curarse, le dice que adorará al Dios de los judíos por gratitud, reservándose la libertad de adorar también al dios de su rey y le pide permiso, Elíseo no titubeó en concedérselo. Los judíos adoraban a su Dios, pero no les extrañaba que cada pueblo adorara al suyo. Les parecía bien que el rey Chamos concediera cierta región a los moabitas con tal que su Dios otorgara otra a ellos. Jacob no vaciló en casarse con las hijas de un idólatra: Labán tenía su Dios y Jacob el suyo. He aquí varios ejemplos de tolerancia del pueblo más intolerante y cruel de toda la Antigüedad; nosotros le hemos imitado en sus furores absurdos, pero no en su tolerancia. Es indudable que quien persigue a un hombre, que es su hermano, porque profesa distinto credo es un monstruo, pero el gobierno, los magistrados y los príncipes, ¿cómo deben tratar a los que profesan distinta religión que ellos? Si son extranjeros poderosos, el príncipe se aliará con ellos. Francisco I, monarca cristianísimo,

no tendrá empacho en aliarse con los musulmanes para guerrear contra el católico Carlos V, como tampoco lo tuvo en dar dinero a los luteranos de Alemania para suscitar la rebelión contra dicho emperador, pero en cambio quemará en la hoguera a los luteranos de su reino. Como medida política les paga en Sajonia y los quema en París. Contraproducente política porque, como las persecuciones hacen prosélitos, Francia se llenará pronto de nuevos protestantes que, al principio, siendo pocos se dejarán ahorcar, pero luego, cuando sean muchos, serán ellos los que ahorquen. Habrá guerras civiles que culminarán en la noche de San Bartolomé y esa nación se convertirá en algo peor que los escritores antiguos y modernos han dicho nunca del infierno. Los cristianos nunca supieron rendir el culto puro al Dios que los creó, ni seguir el ejemplo de los hombres letrados de China y de los sabios del mundo, siendo víctimas de las supersticiones. Ya he dicho y vuelvo a repetir que en el reino donde haya dos religiones se cortarán la garganta una a otra, pero donde haya treinta vivirán juntas y en armonía. Valga como ejemplo lo que sucede en Turquía: el sultán gobierna a los guebros, banianos, cristianos griegos y católicos. Cuando uno de ellos promueve un tumulto, lo empala y de ese modo todos viven tranquilos.

Es obvio que de todas las religiones, la cristiana debía ser la más tolerante; lo malo es que, hasta hoy, quienes han profesado esa religión superaron en intolerancia a los demás hombres. Como Jesús se dignó nacer en humilde cuna y en la pobreza como sus hermanos, no quiso practicar el arte de escribir. Los judíos tenían su ley escrita detalladamente, pero nosotros no hemos tenido una sola línea escrita por la mano de Jesús. Los apóstoles diferían respecto a varios puntos. San Pedro y san Bernabé comían la carne prohibida con los nuevos cristianos que eran extranjeros y se abstendían de comerla con los cristianos que eran judíos. San Pablo, que les censuraba esa conducta, hizo sin embargo sacrificios en el templo de Jerusalén durante la época de su apostolado. El más sobresaliente de los apóstoles cristianos estuvo practicando durante ocho días ritos por los que sentencian a la hoguera a quienes los practican en la mayor parte de los pueblos cristianos. Theudas y Judas se proclamaron mesías antes del nacimiento de Jesús; Dositeo, Simón y Menandro hicieron lo mismo después que murió Jesucristo. Desde el primer siglo de la Iglesia, y antes que se conociera la denominación de cristianos, hubo unas veinte sectas en Judea. Los gnósticos contemplativos, dositeos y cerintios existieron antes que los discípulos de Jesús se llamaran cristianos. En el espacio de poco tiempo aparecieron treinta Evangelios, cada uno de los cuales pertenecía a diferente secta y desde finales del siglo I está probado que existían treinta sectas de cristianos en Asia Menor, Siria, Alejandría y Roma. Todas ellas, de las que no hacía caso el gobierno romano y permanecían en la clandestinidad, se perseguían unas a otras en los subterráneos donde se reunían, injuriándose mutuamente, que es todo lo que podían hacer en el estado de abyección en que

se encontraban, dado que casi todas se componían de la hez del pueblo. Cuando algunos cristianos, influenciados por las ideas de Platón, introdujeron en su religión la filosofía y se separaron de la religión judía, fueron adquiriendo paulatinamente mayor consideración, pero siguieron divididos en muchas sectas sin que en ninguna época la Iglesia cristiana pudiera sintetizarse en un credo único. Nuestra Iglesia nació entre las divisiones de los judíos, fariseos, samaritanos, saduceos, esenios, judaítas, discípulos del Bautista y terapeutas, y vivió dividida desde su cuna, estándolo también durante las persecuciones que sufrió durante el imperio de los primeros emperadores. Esta sañuda discordia en que vivió durante siglos es una lección que debemos tener presente para que seamos indulgentes, amén de que nos prueba que la discordia fue la gran calamidad que sufrió el género humano y la tolerancia es su único remedio. Todo el mundo debe convenir en esta verdad, avalada por las enseñanzas que se desprenden de la historia. ¿Por qué, pues, los mismos hombres que en la intimidad de su gabinete se deciden por la tolerancia, la caridad y la justicia, truenan en público contra esas virtudes? Por la sencilla razón de que el propio interés es su único dios y todo lo sacrifican a ese monstruo que adoran. Estoy investido de una divinidad y un poder que he fundado en la ignorancia y la credulidad humanas, por donde camino los hombres me ceden el paso y se arrodillan a mis pies, y si se levantan y me miran cara a cara estoy perdido; es preciso, pues, que permanezcan arrodillados y sumisos arrastrando cadenas de hierro. De esta forma pensaban los hombres que los siglos fanáticos hicieron poderosos; temían a otros hombres más poderosos y éstos a otros todavía superiores, y todos se enriquecían con los despojos de los humildes riéndose de su estupidez. Odiaban la tolerancia como temen rendir cuentas los que se enriquecen a expensas del pueblo y como detestan la libertad los tiranos. Para colmo del oprobio, mantenían a una infinidad de fanáticos que repetían infatigablemente a los pobres vasallos: Respetad los absurdos de mi señor, temedle y callaos. Vivieron así durante mucho tiempo en gran parte del mundo, pero hoy que tantas sectas se igualan en poder, ¿qué partido hemos de tomar? Como sabemos, toda secta es un título de error, no existiendo las sectas de geómetras, algebristas y aritméticos porque todas las proposiciones de geometría, álgebra y aritmética son verdades. En todas las demás ciencias podemos equivocarnos. ¿Qué teólogo tomista o escotista se atreverá a sostener que está seguro de lo que afirma?

Si hay alguna secta que recuerde los tiempos de los primitivos cristianos indudablemente es la de los cuáqueros, que imitan muy bien a los apóstoles. Estos recibían el espíritu, los cuáqueros también; los apóstoles y sus discípulos hablaban tres o cuatro al mismo tiempo en sus asambleas y los cuáqueros hacen lo mismo. Se permitía, al decir de san Pablo a las mujeres que pudieran predicar; las cuaquerasas también predicar. Los apóstoles y sus discípulos

prestaban juramento diciendo sí o no; los cuáqueros lo prestan de la misma manera; aquéllos no conocieron dignidad alguna ni distintivo diferente, éstos tampoco. Jesucristo no bautizó a ningún apóstol; los cuáqueros tampoco reciben el bautismo. Sería fácil extender más este paralelo y más fácil todavía probar que la religión cristiana de hoy difiere en mucho de la religión que Jesucristo predicó. Jesús era judío y nosotros no lo somos. Jesús se abstenía de comer carne de cerdo, porque este animal está considerado inmundo, y de comer conejo porque rumia y no tiene el pie hendido; nosotros comemos carne de cerdo, que para nosotros no es inmundo, y conejo porque tiene el pie hendido y no rumia. Jesús estaba circuncidado y nosotros conservamos el prepucio. Jesús comía el cordero pascual con lechugas y celebraba la fiesta de los tabernáculos; nosotros no hacemos nada de esto. Descansaba el sábado y nosotros hemos cambiado ese día; sacrificaba y nosotros no hacemos sacrificios. Jesús ocultó siempre el misterio de su encarnación y su suprema dignidad; nunca dijo que era igual a Dios. San Pablo dice taxativamente en su carta a los hebreos que Dios creó a Jesús inferior a los ángeles, y a pesar de estas palabras del apóstol el Concilio de Nicea reconoció que Jesús era Dios. Jesús no dio a los papas la marca de Ancona, ni el ducado de Espoletto, y sin embargo los papas los poseen por derecho divino. Jesús no instituyó como sacramento el matrimonio ni el diaconado, y para nosotros son sacramentos el diaconado y el matrimonio. Si la estudiamos, nos convenceremos de que la religión católica apostólica y romana, en todas sus ceremonias y dogmas, es opuesta a la religión de Jesús. Ahora bien, ¿acaso debemos supeditarnos a la ley judaica porque Jesús judaizó toda su vida? Si nos fuera lícito razonar lógicamente en materia de religión, no cabe duda de que todos debiéramos abrazar el credo judío porque Jesucristo Nuestro Salvador nació judío, vivió judío y murió judío, y dijo taxativamente que cumplía y practicaba la religión judía. Mas también es indudable que deberíamos tolerarnos mutuamente unos a otros porque somos débiles, inconsecuentes, tornadizos y estamos sujetos a errores: ¿la caña que el viento tumbó en el fango ha de decir a la caña contigua: «Arrástrate como yo, miserable, o te denunciaré para que te arranquen o te quemem»?

TORTURA. Aunque apenas nos ocupamos de jurisprudencia en estas modestas reflexiones alfabéticas, creemos conveniente decir unas palabras respecto a la tortura, que también se llama potro. Es probable que esta parte de nuestra legislación deba su primer origen al salteador de caminos. La mayor parte de estos bandidos conservan la costumbre de aserrar los dedos pulgares, quemar los pies y torturar de varias maneras a quienes se niegan a decirles dónde guardan el dinero. Los conquistadores, que fueron los sucesores de tales ladrones, comprendieron que esa finalidad era útil para su interés y la siguieron usando cuando sospechaban que fraguaban contra ellos malévolas intenciones, como, por ejemplo, la de ser libres; deseo que a sus ojos era un

crimen de lesa majestad divina y humana. Además, necesitaban saber quienes eran los cómplices de ese crimen y para averiguarlo mataban a todos los sospechosos, porque en la jurisprudencia de los primitivos conquistadores todo aquel en que recaían sospechas de pensar malévolamente de ellos se hacía acreedor a la pena capital. Y cuando nos hacemos dignos de la pena de muerte ya poco importa que añadan tormentos que duren días y hasta semanas, porque ese procedimiento tiene un no sé qué de la divinidad. La Providencia nos tortura algunas veces con el mal de piedra, la gota, el escorbuto, la lepra, la sífilis, la epilepsia y otros verdugos ejecutores de sus venganzas. Y como los primitivos déspotas fueron, según creían sus cortesanos, imágenes de la divinidad, la imitaron en todo lo que pudieron. Es singular que nunca se hable de potros ni tormentos en el Antiguo Testamento. Es lástima que el pueblo judío, tan benigno, honrado y compasivo, no conociera este medio de averiguar la verdad. A mi juicio, la razón de esto consiste en que no la necesitaba, puesto que Dios les hacía conocer siempre la verdad por ser su pueblo predilecto. Unas veces jugaban la verdad a los dados y otras se dirigían al sumo sacerdote, quien con su urim consultaba a Dios inmediatamente. En ocasiones se dirigían al profeta de turno y éste descubría las cosas más ocultas, lo único que faltó a las costumbres del pueblo sagrado.

Los romanos sólo torturaban a los esclavos, que para ellos no eran hombres; tampoco lo sería para el consejero del Tribunal de la Tournelle el hombre que le presentaban pálido, descoyuntado, de mirada mortecina, barba larga, sucio y lleno de gusanos, que le roían en su mazmorra, porque se proporcionaba el placer de aplicarle la pena del tormento ante un cirujano que le tomaba el pulso para suspender la tortura cuando estaba en peligro de muerte; pasado éste, volvían a atormentarle. El grave magistrado que adquirió con dinero el derecho a hacer estos experimentos en sus prójimos se va a comer con su santa esposa y a contarle, mientras come, lo que ha visto por la mañana. La primera vez que oye ese relato su sensible esposa se encoleriza; la segunda vez ya desea conocer detalles, por aquello de que las mujeres son curiosas, y cuando se acostumbra a las nobles funciones de su marido, al verle entrar en casa pregunta: « ¡Oh, querido! ¿Has puesto hoy en el potro a alguien?» Los franceses, que tienen fama, vaya usted a saber por qué, de ser muy humanos, se sorprenden de que los ingleses, que eran tan inhumanos que les quitaron el Canadá, renunciaran al placer de dar tormento. Cuando el caballero de La Barre, militar de singular talento y grandes esperanzas, pero joven y aturdido, hubo confesado que había cantado canciones impías y pasado ante una procesión de capuchinos sin quitarse el sombrero, los jueces de Abbeville, que se comparaban con los senadores romanos, mandaron, no sólo que le arrancaran la lengua, le cortaran la mano y lo quemaran a fuego lento, sino también que lo torturaran para averiguar exactamente cuántas canciones cantó y cuántas procesiones vio pasar sin quitarse el sombrero. Esa

barbaridad no se perpetró en el siglo XIII. ni en el XIV, sino en el siglo XVIII. Las naciones extranjeras juzgan a Francia por los espectáculos, sus novelas, sus magníficos versos, sus tiples de costumbres sibaríticas, las bailarinas de la Opera, que tienen mucha gracia, y por la comedianta Clairon, que recita los versos de un modo que entusiasma. Y es que las naciones extranjeras ignoran que no hay, en el fondo, pueblo más cruel que el francés. Los rusos pasaban por ser bárbaros en 1700, y en nuestros días, esto es en 1769, su emperatriz Catalina II acaba de dar a sus vastos estados leyes que hubieran honrado a Minos, Numa y Solón si éstos hubieran tenido talento para inventarlas. La más humanitaria de esas leyes es la tolerancia universal; la segunda, la abolición de la tortura.

TRANSUBSTANCIACIÓN. Los protestantes, sobre todo los filósofos protestantes, consideran la transubstanciación como el colmo de la imprudencia del clero y de la imbecilidad de los seglares. No tienen ningún miramiento respecto a esta creencia, que llaman monstruosa, ni creen que haya un solo hombre de buen sentido que, después de haberla examinado, la adopte seriamente. Esta creencia es tan absurda, en su opinión, tan opuesta a todas las leyes de la física y tan contradictoria, que el propio Dios no podría realizar esta operación porque, en efecto, es anular a Dios suponer que hace cosas contradictorias. No sólo creen que hay un dios en el pan, sino un dios materializado en el pan; cien mil migas de pan convertidas en un instante en otros tantos dioses y que esa multitud de dioses no forma más que un dios; creen que hay blancura sin un cuerpo blanco; que el vino se convierte en sangre y, sin embargo, tiene sabor de vino; que el pan se convierte en carne y en fibras y, sin embargo, tiene sabor de pan. Todo esto inspira tanto desprecio a los enemigos de la religión católica que algunas veces su desprecio se convierte en furor. Furor que aumenta en ellos cuando les dicen que todos los días se ven en los países católicos sacerdotes y frailes que, saliendo de un lecho adulterino y sin lavarse las manos manchadas de impurezas, van a hacer dioses por centenares y se comen y beben a su dios. Cuando reflexionan que esta superstición, cien veces más absurda y sacrílega que todas las de los egipcios, valió a un sacerdote italiano de quince a veinte millones de renta y el dominio de un país de cien millas de extensión, todos los protestantes quisieran tomar las armas y expulsar al sacerdote que se apoderó del palacio de los Césares. No sé si me incorporaré a ese viaje porque soy partidario de la paz, pero cuando los protestantes se establezcan en Roma indudablemente iré a visitarles.

TRIGO. Es preciso ser un exagerado pirrónico para dudar de que el vocablo pan deriva de la voz latina panis; ahora bien, lo indudable es que para amasar pan se necesita trigo. Los galos lo tenían en la época de César, pero, ¿de dónde habían tomado la palabra ble (trigo)? Se supone que la tomaron de bladum (palabra latina bárbara), que en la Edad Media usó el canciller

Desvignes, pero las palabras latinas de aquellos siglos eran antiguas palabras célticas o tudescas latinizadas. Bladum derivaba, pues, de blead, y no blead de bladum. Los italianos dicen biada y los países donde se conserva la lengua romana dicen aún blia. Nos gustaría saber dónde los galos y teutones encontraron trigo para sembrarlo. Cuando hacemos esta pregunta se nos contesta que los tirios lo llevaron a España, los españoles a Galia y los galos a Germania. Mas, ¿de dónde sacaban los tirios el trigo? Probablemente, de los griegos. ¿Y quién concedió este presente a los griegos? Indudablemente, la diosa Ceres. Cuando llegamos a Ceres ya no podemos seguir adelante. Ceres debió descender del cielo para darnos el trigo, el centeno y la cebada. Pero como hoy nadie cree en Ceres, que dio el trigo a los griegos, ni en Isis que concedió igual beneficio a Egipto, nos es imposible averiguar el origen del trigo. Sanchoniaton asegura que Dagon o Dagan, nieto de Thaut, tenía en Fenicia la intendencia del trigo. Esto prueba que este cereal es muy antiguo, probablemente tan antiguo como la hierba. Quizá Dagon fue el primero que hizo pan, pero no está demostrado. No deja de ser extraño que se sepa positivamente que debemos el vino a Noé y no sepamos a quién debemos el pan, y es más extraño todavía que seamos tan ingratos con Noé que conservemos más de dos mil canciones dedicadas a Baco y no tengamos una sola en honor de Noé, que fue nuestro bienhechor. Un judío me aseguró que el trigo nacía espontáneamente en Mesopotamia, como se crían las manzanas, peras y castañas en Occidente. Le creo hasta que esté seguro de lo contrario, porque el trigo debe crecer espontáneamente en alguna parte cuando se ha convertido en el alimento ordinario e indispensable de los mejores climas y sobre todo del Norte. Buffón, gran filósofo, cuyo talento admiramos, pero cuyo sistema no seguimos, ha supuesto en Historia natural del perro, página 195, que los hombres han inventado el trigo, que nuestros antepasados, a fuerza de sembrar cominillo y grama, los han convertido en tal. Como este filósofo no opina como nosotros respecto a las conchas, me permitirá que no opine como él sobre el trigo. No creemos que de los jazmines puedan nacer tulipanes. El germen del cominillo es diferente del que posee el trigo y no creemos en transmutaciones. En el artículo Árbol del pan vimos que no se come pan en las tres cuartas partes del mundo y hay quien asegura que los etíopes se burlaban de los egipcios porque lo comían. Sin embargo, el trigo ha pasado a ser uno de los mayores objetos del comercio y de la política. Se ha escrito tanto sobre esta materia, que el labrador que sembrara trigo equivalente en peso a los volúmenes publicados sobre dicho cereal, podría recoger fabulosa cosecha y ser más rico que los que viven en palacios dorados.

TRINIDAD. Timeo de Locres fue el primer escritor occidental que habló de la Trinidad en su obra Alma del mundo. Según Timeo, existió al principio la idea alma mater de todas las cosas engendradas, es decir el primer verbo, el verbo interno e inteligible. Seguidamente, existió la materia informe, o sea el

segundo verbo, y después el hijo o el mundo sensible, o el espíritu del mundo. Estas tres cualidades constituyen el mundo entero, cuyo mundo es el hijo de Dios, que tiene un alma y una razón. Es difícil sacar algo en limpio de ese galimatías de Timeo de Locres, que debió tomarlo de los egipcios o brahmanes. Ignoro si en su época lo entenderían. Ese sistema lo comparo a las medallas antiguas que roídas de moho y cardenillo tienen borrado el escrito; en otro tiempo pudieron leerse, pero hoy debemos limitarnos a adivinar lo que decían. Sin embargo, creo que ese sublime galimatías debió ser desconocido hasta la época de Platón, que lo resucitó construyendo su edificio en el aire, pero según el modelo de Timeo de Locres. Platón admite tres esencias divinas, el padre, el supremo y el creador: el padre de los demás dioses es la primera esencia; la segunda es el dios visible, ministro del Dios invisible, el Verbo, el entendimiento, el daimon y la tercera esencia es el mundo. Cierto que Platón dice con frecuencia cosas opuestas y se contradice, pero esto es un privilegio de los filósofos griegos y Platón usa de él más que ninguno de los escritores antiguos y modernos. Un viento griego arrastró esas neblinas filosóficas desde Atenas hasta Alejandría, urbe sumamente preocupada en tener quimeras y poseer dinero. En dicha ciudad vivían judíos que, después de hacer fortuna, se dedicaron a filosofar.

La metafísica tiene de bueno que no supone estudios preliminares, que son muy fastidiosos; en esa disciplina se puede saber todo sin haber estudiado nada y si se tiene un ingenio agudo y paradójico se puede estar seguro de ir muy lejos. El filósofo Filón fue de esta clase. Coetáneo de Jesucristo, tuvo la desgracia de no conocerle, como tampoco le conoció el historiador Flavio Josefo. Esos dos hombres importantes, ocupados en el caos de los asuntos de Estado, estuvieron muy lejos de la luz naciente. Filón era metafísico, alegórico y místico, y fue quien dijo que Dios debió crear el mundo en seis días, «porque tres es la mitad de seis, y dos es la tercera parte, y este número es macho y hembra». Filón, imbuido en las ideas de Platón, dice que Dios y la sabiduría se casaron, y que ésta dio a luz el primer hijo y que este primer hijo es el mundo. Llama a los ángeles los verbos de Dios y al mundo el verbo de Dios. La filosofía platónica caló en la conciencia de los judíos de Alejandría y hasta en los de Jerusalén, y en poco tiempo la escuela de Alejandría, que era la única sabia, se hizo platónica, y los cristianos que filosofaban se ocupaban continuamente del Logos. Sabemos que en aquellos tiempos hubo controversias, como en otros posteriores, que adicionaban a un texto mal interpretado otro ininteligible con el que no tenía la menor relación y suponía un segundo pasaje, y que falsificaban un tercero. Así escribían libros enteros que atribuían a autores que el vulgo respetaba. Hemos citado algunos en el artículo Apócrifo. Rogamos a nuestros lectores que lean el siguiente pasaje de Clemente de Alejandría, a ver si lo entienden: «Cuando Platón dice que es difícil conocer el padre del universo, no sólo nos da a entender que el mundo

fue engendrado, sino que fue engendrado como hijo de Dios». ¿Entendéis esas logomaquias, esos equívocos, y veis el menor rayo de luz en ese caos de palabras oscuras? ¡Oh, Locke! Venid y definid los términos, porque no creo que entre todos esos polemistas platónicos hubiera uno que se entendiera. El libro de las Constituciones apostólicas, antiguo monumento del fraude, pero también antiguo depósito de los dogmas informes de aquellos tiempos oscuros, dice textualmente: «El padre, que es anterior a toda generación y a todo principio, habiéndolo creado todo para su hijo único, engendró sin intermediarios a ese hijo por su voluntad y su potencia.» Orígenes añadió luego que el Espíritu Santo fue creado por el hijo, por el verbo. Por tanto, Orígenes dice expresamente que el espíritu no es Dios, ni el hijo. El abogado Lactancio, que vivió en aquella época dijo: «El hijo de Dios es el verbo, y los demás ángeles el espíritu de Dios. El verbo es un espíritu proferido por una voz significativa; el espíritu procede de la nariz y la palabra de la boca. De esto se deduce que hay diferencia entre el hijo de Dios y los demás ángeles, porque éstos fueron emanados como espíritus tácitos y mudos. Pero el hijo, siendo espíritu salió de la boca con voz para predicar al pueblo». Debemos convenir que el abogado Lactancio defendía su causa de modo abstruso, razonando a lo Platón. Por aquel tiempo fue cuando discutiendo acaloradamente sobre la Trinidad, intercalaron en la primera Epístola de san Juan este famoso versículo: «Hay tres que lo atestiguan en la tierra: el espíritu o el viento, el agua y la sangre, y los tres no son más que uno». Los que afirman que ese versículo es indiscutiblemente de san Juan, se ven más apurados que quienes lo niegan, porque necesitan explicarlo.

San Agustín asegura que el viento significa el Padre, el agua el Espíritu Santo y la sangre el Verbo. San Ireneo va mucho más lejos: dice que Rahab la prostituta de Jericó, cuando escondió en su casa a tres espías del pueblo de Dios escondió al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, lo que nos deja estupefactos porque no es precisamente muy decoroso. Por otra parte, el grande, el sabio Orígenes, nos confunde de otro modo afirmando en uno de sus pasajes: «El Hijo está por debajo del Padre, como él y el Espíritu Santo están por encima de las más nobles criaturas». Después de todas estas citas, ¿cómo no reconocer, aunque con sentimiento, que nadie se entendía? ¿Cómo no confesar que desde los paleocristianos ebionitas, que tanto reverenciaron a Jesús, pese a que creían que era hijo de José hasta la gran controversia de Atanasio, el platonismo de la Trinidad fue siempre motivo de discrepancias? Era indispensable que las decidiera un juez inapelable, que encontraron por fin en el Concilio de Nicea y aún así dicho concilio produjo nuevas facciones y nuevas guerras.

U

UNIVERSIDAD. Boulay, en Historia de la Universidad de París, acepta las antiguas tradiciones inciertas, por no decir fabulosas, que remontan su origen hasta la época de Carlomagno. Comparten esta opinión Gagnin y Gilles de Beauvais, pero además de que los autores contemporáneos Eginhard, Alemon, Reginon y Sigebert no se ocupan de dicha época, Pasquier y Tillet aseguran taxativamente que tuvo su origen en el siglo XII, durante los reinados de Luis el Joven y de Felipe Augusto. De lo que no cabe duda es que Roberto de Corfeon, legado de la Santa Sede, fue el que redactó los primeros estatutos de la Universidad en 1215, y la prueba de que en sus inicios tuvo la misma forma que en la actualidad es una bula de Gregorio IX, de 1231, que menciona a los maestros en Teología, a los maestros en Derecho, a los físicos, como entonces se llamaban los médicos, y a los artistas. La denominación de Universidad proviene de la suposición de que esos cuatro cuerpos, que se llaman facultades, constituían universidad de estudio, o lo que es igual, hacían todo lo que podían hacer. Los papas, por medio de estos centros docentes, cuyas decisiones juzgaban, se convirtieron en dueños de la instrucción de los pueblos, y el mismo espíritu que hacía considerar como un favor que los miembros del Parlamento de París obtuvieran el permiso para que los enterraran con hábitos de franciscano, dictó los decretos que publicó la Curia romana contra los que tuvieron la osadía de oponerse a la escolástica ininteligible, que al decir del abad Trithemo no era más que una ciencia falsa que perjudicaba a la religión. En efecto, lo que Constantino apenas insinuó respecto a la sibila de Cumas, lo dijo clara e inequívocamente Aristóteles. El cardenal Pallavicini refiere el axioma de un fraile llamado Pablo, que decía irónicamente que, a no ser por Aristóteles, la Iglesia hubiera carecido de algunos artículos de fe. Por eso el célebre Ramus, autor de dos obras que combatían la doctrina de Aristóteles que enseñaba la Universidad, habría sido víctima de la ira de sus rivales ignorantes si Francisco I no hubiera pedido, para fallarlo, el proceso que estaba siguiéndose en el Parlamento de París entre Ramus y Antonio Govea. Uno de los principales cargos que hacían a Ramus era la forma en que enseñaba a pronunciar la Q a sus discípulos.

No fue Ramus el único perseguido por semejantes paparruchas. En 1624, el Parlamento de París desterró de su jurisdicción a tres hombres que se atrevieron a sostener públicamente sus tesis contra la doctrina de Aristóteles, prohibiendo a todo el mundo publicar y vender las proposiciones que sostenían bajo pena de castigo corporal y prohibiendo, además enseñar máximas contra los antiguos autores aprobados por la Universidad bajo pena de muerte. La Sorbona, en favor de cuyas enseñanzas el Parlamento publicó un decreto contra los químicos en 1629, decidió que no cabía enfrentarse con

los principios de la filosofía de Aristóteles sin chocar con los de la teología escolástica, admitidos por la Iglesia. Sin embargo, habiendo publicado la Facultad un decreto en 1566 para prohibir el uso del antimonio, cuyo decreto ratificó el Parlamento, Paunier de Caen, químico y célebre médico de París, que no se conformó con el decreto de la facultad, ni con la ratificación del Parlamento, fue degradado en 1609. Más tarde, cuando se incluyó el antimonio en el libro de los medicamentos, que escribieron por orden de la Facultad en 1637, se permitió su uso en 1666, un siglo después de haberlo prohibido, y el Parlamento lo autorizó con otro decreto. De esta manera, la Universidad siguió el ejemplo que le dio la Iglesia, que proscribió la doctrina de Arrio bajo pena de muerte y luego aprobó la palabra consubstancial, que en tiempos anteriores había condenado, como hemos visto en el artículo Concilio. Lo que acabamos de decir sobre la Universidad de París puede darnos una idea de las demás universidades que tomaron aquélla por modelo. En efecto, ochenta universidades, siguiendo a la de París, adoptaron el decreto que la Sorbona publicó en el siglo XIV, disponiendo que cuando se entregue el birrete a los doctores les hagan jurar que defenderán el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen, no considerándolo como un artículo de fe, sino como una opinión religiosa y católica.

V

VAMPIROS. ¿Es posible creer en la existencia de vampiros en pleno siglo XVIII, después del reinado de Locke, Shaftesbury, Trenchard, Collins y sus sucesores Alembert, Diderot, Saint Labert y Duclos? Por increíble que parezca, el reverendo benedictino dom Agustín Calmet imprimió y reimprimió la historia de los vampiros con aprobación de la Sorbona. Los vampiros eran muertos que salían del cementerio, por la noche, para chupar la sangre a los vivos, en la garganta o en el vientre, y que después volvían al camposanto y se encerraban en sus fosas. Los vivos a quienes los vampiros chupaban la sangre enflaquecían y se iban consumiendo, mientras que los muertos que la habían chupado engordaban, les salían los colores y estaban la mar de rozagantes. Polonia, Hungría, Silesia, Moravia, Austria y Lorena, eran los países donde los muertos se entregaban a este festival de sangre. Nadie oía hablar de vampiros en Londres, ni en París. Confieso que en esas dos urbes hubo agiotistas, comerciantes y hombres de negocios que chuparon a la luz del día la sangre del pueblo, pero no estaban muertos, sino corrompidos. Esos verdaderos chupópteros no vivían en los cementerios, sino en magníficos palacios. ¿Quién es capaz de creer que la superstición de los vampiros la heredamos de Grecia? No de la Grecia de Alejandro, Aristóteles, Platón, Epicuro y Demóstenes, sino

de la Grecia cristiana y por desgracia cismática.

Hace mucho tiempo que los cristianos de la Iglesia griega creían que los cuerpos de los cristianos de la Iglesia latina, que se enterraban en Grecia, no se pudrían porque estaban excomulgados. Creían lo contrario que nosotros los católicos, que los cuerpos incorruptos son claro testimonio de la bienaventuranza eterna y en cuanto se pagan en Roma cien mil escudos por la canonización de un santo le tributamos la más piadosa adoración. Los griegos están convencidos de que sus muertos son hechiceros y les dan el nombre de broucolacas. Los muertos griegos van a las casas a chupar la sangre de los niños, a comerse la cena de los progenitores, a beberse el vino y a romper los muebles. Sólo se les puede destruir quemándolos cuando se atrapan, pero teniendo la precaución de no ponerlos en el fuego hasta después de haberles arrancado el corazón, que debe quemarse aparte. Después de la calumnia, nada se propaga con tanta rapidez como la superstición, el fanatismo, el sortilegio y los cuentos de aparecidos. Pronto hubo broucolacas en Valaquia, Moldavia y Polonia, pese a que esta nación pertenece al rito romano y no le faltaba más que esta superstición, que se transmitió a toda la parte oriental de Alemania. De 1730 a 1735 se ocuparon continuamente de los vampiros, los espionaron, les arrancaron el corazón y los quemaron, pero al igual que los antiguos mártires cuantos más quemaban más aparecían. Como hemos dicho, Calmet fue su historiógrafo y se ocupó de los vampiros como antes se había ocupado del Antiguo y del Nuevo Testamento, refiriendo fielmente todo lo que sobre esta materia escribieron otros. Encontramos historias de vampiros hasta en las Cartas judías de Argens, a quien los jesuitas acusaron de incrédulo y luego aceptaron gozosamente cuando refirió la historia del vampiro de Hungría dando gracias a Dios y a la Virgen por la conversión de Argens. He aquí lo que dijeron del citado autor: «El famoso incrédulo que dudó de la aparición del arcángel a la Virgen, de la estrella que vieron los Reyes Mayos, de que se curaran los poseídos, de que se ahogaran dos mil cerdos en un lago del eclipse de sol en luna llena y de los muertos que se paseaban por Jerusalén, tocado por la divina gracia se iluminó su espíritu y cree en la existencia de los vampiros». La gran cuestión que se suscitó entonces fue averiguar si aquellos vampiros resucitaron por propia virtud, por el poder de Dios o por el poder del diablo. Los grandes teólogos de Lorena, Moravia y Hungría hicieron públicas sus opiniones y su ciencia. Recordaron todo cuanto antes san Agustín, san Ambrosio y otros santos dijeron de más ininteligible respecto a los vivos y los muertos, adujeron todos los milagros de san Esteban incluidos en el séptimo libro de las obras de san Agustín y citaron las historias que refiere Sulpicio Severo en la vida de san Martín. Discutieron también sobre si se comía el alma o el cuerpo del muerto y quedó decidido que comían la una y el otro. Los alimentos más delicados, como los merengues y la crema, se los comía el alma, y las chuletas y el rosbif se los comía el cuerpo. Decían que los reyes de

Prusia fueron los primeros que después de muertos se hacían servir alimentos y que los imitaban casi todos los monarcas de entonces, pero eran los frailes quienes se comían el almuerzo y la cena y bebían el vino; de manera que, hablando con propiedad, los reyes no eran vampiros, los verdaderos vampiros son los frailes que comen a expensas de los reyes y los pueblos.

Todavía se discute la grave cuestión de si puede absolverse al vampiro que murió excomulgado. No soy teólogo bastante profundo para decidirlo pero yo lo absolvería porque cuando debe decidirse entre dos partidos dudosos, debe uno inclinarse por el más benigno. En resumen, una gran parte de Europa estuvo infestada de vampiros durante cinco o seis años y hoy ya no existen; hubo convulsionarios en Francia durante más de veinte años y ya no los hay; resucitaron muertos durante siglos y hoy ya no los resucitan; tuvimos jesuitas en España, Portugal, Francia y las Dos Sicilias y hoy ya no los tenemos.

VERDAD. «Le replicó Pilato: ¿Con que tú eres rey? Respondió Jesús: Así es, soy rey. Para esto nací y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad escucha mi voz. Pregunta Pilato: ¿Qué es la verdad? Y dicho esto, salió por segunda vez a los judíos, etc.» (Juan, 18, 37, 38). Es una lástima para la humanidad que Pilato se fuera sin esperar la respuesta de Jesús, porque si hubiera tenido paciencia sabríamos qué es la verdad. Por lo visto, Pilato no era curioso. El acusado que compareció ante él dijo que era rey y había nacido para serlo, y Pilato ni siquiera quiso enterarse de cómo podía ser semejante cosa. Era el juez supremo nombrado por el César, contaba con la razón contundente de la espada y tenía el deber de desentrañar el sentido de dichas palabras. Debió contestar al acusado: Explicadme qué entendéis por ser rey, y por qué habéis nacido para serlo y dar testimonio de la verdad. Se dice que ésta llega difícilmente a oídos de los monarcas e incluso yo, que soy juez, tardé mucho en descubrirla. Explícamelo mientras tus enemigos se desatan contra ti fuera del recinto y me prestarás el mayor servicio que puede hacerse a un juez. Prefiero conocer la verdad que ceder a la demanda tumultuosa de los judíos que desean te condene a muerte. Ni que decir que no nos atrevemos a averiguar lo que el autor de todas las verdades hubiera dicho a Pilato. Su respuesta quizás hubiera sido: «La verdad es una palabra abstracta que la mayor parte de los hombres usan con indiferencia en sus libros y en sus sentencias, por equivocación o por mentir». Esta definición ha convencido a todos los inventores de sistemas, y así, la palabra sabiduría se toma con frecuencia por locura y la voz ingenio por tontería.

Humanamente hablando, y esperando otra definición mejor, definimos la verdad como lo que se anuncia tal como es. Suponed que en seis meses hubieran querido enseñar a Pilato las verdades de la lógica. En ese caso habría propuesto, sin duda, este silogismo tajante: No se debe privar de la vida al

hombre que predica una moral pura, el acusado, al decir de sus mismos enemigos, predica siempre una moral intachable. Por tanto, no debemos castigarle con la pena capital. También hubiera podido concluir con este otro argumento: Es mi deber evitar los desmanes del pueblo sedicioso para pedir la muerte de un hombre sin motivo ni forma jurídica, como piden los judíos en esta ocasión; luego debo disolverlos y enviarlos a las cárceles o a su casa. Suponemos que Pilato sabía aritmética y por ello no nos ocuparemos de esta clase de verdades. En cuanto a las verdades matemáticas, creo que debía haber estudiado al menos tres años para enterarse de la geometría trascendental. Para conocer las verdades de la física hubiera necesitado al menos cuatro años. De ordinario empleamos seis en estudiar la teología, y no creo que Pilato necesitara doce habida cuenta que era pagano y que seis años no es un tiempo excesivo para que se despegara de sus errores crónicos, y que necesitara otros seis para llegar a ser apto y ceñirse el birrete de doctor. Si Pilato hubiera tenido un cerebro bien organizado, en dos años habría podido aprender las verdades metafísicas y como estas verdades se relacionan necesariamente con las verdades morales, estoy seguro de que en menos de nueve años Pilato hubiera llegado a ser un sabio. Una vez alcanzada la sabiduría, hubiera dicho a Pilato: Las verdades históricas sólo son probabilidades. Si tomasteis parte en la batalla de Filipos es para vos una verdad que habéis conocido por propia experiencia mas para nosotros, que habitamos cerca del desierto de Siria no es más que una cosa probable, que sabemos porque lo hemos oído decir. ¿Cuántas veces necesitamos haberlo oído para formarnos una convicción igual a la del hombre que, habiendo visto la cosa de que trata, puede jactarse de tener la certidumbre de ella? El que oyó decir lo mismo a doce mil testigos presenciales, no tiene más que doce mil probabilidades equivalentes a una gran probabilidad, que nunca puede igualar a la certidumbre. Si sólo sabéis el asunto por un testigo, tened presente que no sabéis nada y debéis dudar. Si el testigo murió, debéis dudar más todavía, porque nada podéis poner en claro. Si todos los testigos murieron os encontráis en el mismo caso, y de generación en generación la duda aumenta, la probabilidad disminuye y pronto la probabilidad queda reducida a cero.

De los grados de verdad por los que se juzga a los acusados. Podemos comparecer ante la justicia por hechos o por palabras. Si comparecemos por hechos es preciso que conste a los magistrados que son tan verdaderos como la pena a que condenan al culpable, porque si no tienen —pongo por caso— más que veinte probabilidades contra él, esas probabilidades no pueden equivaler a la certeza de su muerte; si el juez desea tener todas las probabilidades que necesita para estar seguro de que no hace derramar sangre inocente, es imprescindible que aquéllas nazcan del testimonio unánime de los deponentes a quienes no mueva ningún interés por declarar. Con este concurso de probabilidades tendrá una opinión decidida que podrá servir de excusa a la

sentencia. Pero como el juez no tendrá nunca la completa certeza, no podrá enorgullecerse de conocer la verdad y por ende debe inclinarse siempre más a la clemencia que al rigor. Si sólo se trata de hechos, de los que no resulta mutilación ni muerte, es obvio que el juez no debe condenar al acusado a ser mutilado ni a morir. Si sólo se trata de una cuestión de palabras, es todavía más evidente que el juez no debe fallar que ahorquen a sus semejantes por lo que dijeron, porque todas las palabras del mundo se las lleva el viento, menos cuando incitan a cometer crímenes, y es ridículo sentenciar a un hombre a muerte por decir esto o aquello. Poned en un platillo de una balanza todas las palabras odiosas que se han dicho en el mundo y en el otro la sangre de un hombre, y es seguro que la sangre pesará mucho más. El que comparece ante el juez acusado de haber proferido unas palabras que sus enemigos tomaron en cierto sentido, todo lo más que merece es que el juez le dirija otras palabras, que él también puede tomar en el sentido que quiera. Condenar a un inocente al suplicio más cruel e ignominioso por palabras que sus enemigos no comprenden, resulta demasiado bárbaro.

VIAJE DE SAN PEDRO A ROMA. La famosa controversia acerca de si san Pedro hizo o no el viaje a Roma, ¿no es en el fondo tan trivial como la mayor parte de las cuestiones? Las rentas de la abadía de Saint Denis no dependen de que sea verdad si Denis el Areopagita viajó desde Atenas al centro de las Galias, ni del martirio que sufrió en Montmartre, llevando la cabeza en las manos hasta la localidad de Saint Denis. Los cartujos disfrutaban de pingües rentas a pesar de ser mentira la historia del canónigo de París, que después de muerto se levantó del ataúd tres días consecutivos para que los asistentes supieran que estaba condenado. Pues bien, del mismo modo pueden subsistir las rentas y los derechos del Pontífice romano tanto si san Pedro hizo el viaje a Roma como si no. Los derechos que disfrutaban los metropolitanos de Roma y de Constantinopla los estableció el Concilio de Calcedonia que tuvo lugar en el año 451, y en ese Concilio no se habló de que ningún apóstol hiciera viajes a Bizancio o a Roma. Los patriarcas de Alejandría y de Constantinopla gozaron de la misma suerte que sus provincias. La jerarquía eclesiástica de las dos ciudades imperiales y de la opulenta Egipto debían naturalmente disfrutar de más privilegios, más autoridad y más riqueza que los obispos de las villas pequeñas. Si la residencia de un apóstol en una urbe hubiera sido suficiente para decidir sobre tantos derechos, el obispo de Jerusalén habría sido, sin duda, el primer obispo de la cristiandad, hubiera sido indiscutiblemente el sucesor de Santiago, hermano de Jesucristo, reconocido como fundador de dicha Iglesia y considerado como el primero de los obispos. Apoyados en la misma razón, añadiríamos que todos los patriarcas de Jerusalén debían haberse circuncidado porque los quince obispos primeros de Jerusalén, cuna del cristianismo y sepulcro de Jesucristo, se circuncidaron. No cabe la menor duda de que las primeras liberalidades que Constantino hizo a la

Iglesia de Roma no tienen ninguna relación con el viaje de san Pedro. La primera iglesia que se fundó en Roma fue la de san Juan de Letrán, que todavía es la verdadera catedral. Es indudable que la hubieran dedicado a san Pedro si éste hubiera sido el primer obispo, siendo ésta la más verosímil de todas las presunciones y capaz por sí misma de poner punto final a semejante discusión. A conjetura tan probable hay que contraponer pruebas, pero convincentes. Si Pedro hubiera estado en Roma con Pablo, los Hechos de los Apóstoles lo hubieran referido, pero nada dicen sobre ello. Si san Pedro hubiera predicado en Roma, san Pablo no habría escrito estas palabras en su Epístola a los Gálatas: «Cuando vieron que me confiaron el Evangelio del prepucio y a Pedro el de la circuncisión, nos dieron las manos a Bernabé y a mí y consintieron que nosotros dos fuéramos a predicar a los gentiles y Pedro a los circuncidados». En las cartas que Pablo escribió desde Roma nunca habla de Pedro es evidente, por tanto, que no estaba allí. En las cartas que el propio Pablo dirigió a sus hermanos de Roma, tampoco lo menciona; luego Pedro no hizo el viaje a Roma, ni cuando Pablo estuvo preso en la ciudad, ni cuando estuvo libre en ella. Tampoco hay ninguna carta de Pablo fechada en Roma. Algunos, como Pablo Orosio, español del siglo v, opinan que estuvo en Roma en los primeros años del reinado de Claudio, en los Hechos de los Apóstoles leemos que estaba entonces en Jerusalén, y las epístolas de Pablo afirman que estaba en Antioquía. Sólo pretendo presentar como prueba, humanamente hablando y limitándome a las reglas de la crítica profana, que Pedro no podía predicar en Roma porque no conocía la lengua latina ni la griega. Esta última la hablaba, pero bastante mal. Ahora bien, como se dice que los apóstoles hablaban todas las lenguas, no quiero insistir y me callo.

El primero que habló del viaje de san Pedro a Roma fue Papías, que vivió cien años después que Pedro. Papías era frigio, escribía en su país y dijo que san Pedro fue a Roma y con este motivo en una de sus cartas habla de Babilonia. En efecto, conservamos una carta que se atribuye a san Pedro, escrita en aquella época, en la que dice: «La Iglesia, que está en Babilonia, mi mujer y mi hijo Marcos, os saludan». Papías, uno de los grandes iluminados de aquellos siglos oscuros, se empeñó en que Babilonia quería decir Roma. De este modo parecía natural que Pedro hubiera salido de Antioquía para visitar a sus hermanos de Babilonia. Siempre ha habido judíos en Babilonia, donde se dedicaban al oficio de comisionistas y de buhoneros, siendo probable que muchos de sus discípulos se refugiaran allí y que Pedro fuera a animarles. ¿Por qué tener la idea tan peregrina de suponer que Pedro escribía una exhortación a sus hermanos en lenguaje cifrado, como se escribe hoy? ¿Temía por ventura que le abrieran la carta en el correo? ¿Podía temer que llegaran a conocerse sus cartas judías, a las que era imposible que prestaran atención los romanos? ¿Quién le obligaba a mentir de manera tan inútil? ¿Por qué desvarío pudo suponerse que escribiendo Babilonia quería decir Roma? De pruebas tan

convincientes, el sabihondo dom Calmet deduce que el viaje de san Pedro a Roma lo prueba el propio apóstol, que dice expresamente que escribió su carta desde Babilonia, esto es, desde Roma. Los argumentos de dom Calmet son irrefutables. Sin duda aprendió lógica estudiando los vampiros. El sabio arzobispo de París, Marca, Dupin, Blondel y Spanheim no son de esta opinión, pero era la de Papías, que razonaba como dom Calmet, a quien siguieron numerosos escritores, tan ciegos partidarios de ello que desoyeron a veces la voz de la sana crítica y de la recta razón.

El máximo error de los partidarios del viaje consiste en decir que los Hechos de los Apóstoles tienen como tema principal la historia de Pablo y no la de Pedro, y que si no mencionan la permanencia de éste en Roma es porque los hechos y gestas de Pablo fueron el único objeto que se propuso el autor de los Hechos. Pero los Hechos se ocupan extensamente de Simón Barjona, llamado Pedro, que se propone dar un sucesor a Judas, y refieren que hizo morir de repente a Ananías y a su esposa, que a pesar de haberle entregado sus bienes por su desgracia no se los entregaron íntegros; que resucitó a su costurera Dorcas en casa del curtidor Simón, y que fue a Lippa, Cesárea y Jerusalén. ¿Por qué no dicen, pues, que estuvo en Roma? Es muy difícil que san Pedro fuera a Roma durante los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio o Nerón. El viaje que, dicen, hizo en la época de Tiberio sólo se funda en los supuestos fastos de Sicilia, que son apócrifos. Otro escrito apócrifo, Catálogo de obispos, dice que Pedro fue obispo de Roma inmediatamente después de la muerte de Jesucristo. No sé qué cuento para viejas le envía a Roma durante el imperio de Calígula. Eusebio, trescientos años después, en tiempos de Claudio, sin indicar el año, dice que una mano divina guió a Pedro a Roma. Lactancio, que escribió durante el reinado de Constantino, afirma que Pedro fue a Roma en la época de Nerón y que allí murió crucificado. Salta a la vista que si en un proceso una de las partes sólo alegara los anteriores argumentos, no ganaría su causa. A lo dicho anteriormente añaden que antes que Eusebio y Lactancio, el fidedigno Papías había referido la aventura de Pedro y Simón el Mago que tuvo lugar ante Nerón. El grave Marcelo copia esa aventura auténtica, el serio Hegesipo la repite y otros varios la propalan después. Mas yo también os repito que nunca ganarán proceso alguno presentando pruebas como éstas. No dudo que todavía se conserve la silla episcopal de san Pedro en la impresionante basílica de Roma, y tampoco tengo la menor duda de que el apóstol desempeñara el obispado de Roma durante veinticinco años, un mes y nueve días, como nos aseguran, pero me atrevo a decir que no está demostrado con pruebas irrefutables y, además, creo que actualmente los obispos romanos están mejor en Roma que estuvieron los de tiempos idos, que eran tiempos oscuros y difíciles de desembrollar.

VIDA. En Sistema de la naturaleza (pág. 84) leemos estas palabras: «Sería preciso definir la vida antes de razonar sobre el alma, pero esto lo creo

imposible». Yo, por el contrario, lo creo posible. La vida es organización con capacidad de sentir. Por eso se dice que todos los animales tienen vida, palabra que sólo por extensión se aplica a las plantas; están organizadas y vegetan, pero como son incapaces de sentir, propiamente no tienen vida. Puede tenerse vida sin sentimientos en momentos dados, porque nada sentimos durante una apoplejía, un letargo o un sueño profundo, pero aun así tenemos el poder de sentir. Algunas personas, como por desgracia sabemos, fueron enterradas vivas como hacían con las vestales. Esto acontece en los campos de batalla, sobre todo en los países fríos, donde muchas veces el soldado queda sin movimiento y sin respirar; si lo socorrieran se salvaría, mas para terminar cuanto antes lo entierran. Antiguamente, vida y alma eran una misma cosa y una no era más conocida que otra. ¿Las conocemos por ventura en la actualidad? En el Antiguo Testamento el alma es siempre sinónimo de vida. «Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de ánima viviente...» Es difícil explicarse cómo creó Dios esos reptiles producidos por las aguas, pero lo dice el texto sagrado y nos sometemos a él. «Formó, pues, el Señor Dios al hombre... y alentó en su nariz un soplo de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma» (Génesis). En estos versículos, almas significa, indudablemente, vidas. Encontramos en la Biblia más de doscientos pasajes en los que el alma se interpreta por la vida de los animales o los hombres, pero no hallamos ninguno que nos explique lo que es vida y lo que es alma. Si el alma es la facultad de la sensación, ¿de dónde nace esta facultad? A esta pregunta, todos los doctores contestan pergeñando sistemas, pero siempre se contradicen. ¿Por qué os empeñáis en saber de dónde deriva la sensación? Tan difícil es concebir la causa que los cuerpos tiendan a un centro común, como la causa que hace que el animal sea sensible. La tendencia del imán hacia el Polo Ártico, el camino que llevan los cometas y otros múltiples fenómenos son también incomprensibles. La materia tiene propiedades evidentes cuyo principio no conoceremos nunca, y el principio de la sensación, sin la que es imposible la vida, es y será desconocido para nosotros. Es obvio que no podemos vivir sin experimentar sensaciones. Suponed un niño que muere después de pasar unas horas en un letargo desde que nació: el niño existió, pero no ha vivido. Suponed un imbécil que nunca concibió ideas complejas, pero estuvo dotado de sentimientos: ese imbécil vivió, pero sin pensar; no tuvo más que las ideas sencillas de sus sensaciones. Vemos, pues, que el pensamiento no es necesario para la vida porque el imbécil que acabamos de citar no pensaba y vivió. Por eso algunos autores creen que el pensamiento no constituye la esencia del hombre y mantienen esta opinión aduciendo que hay muchos idiotas que no piensan que son hombres, pero lo son tan incuestionablemente que tienen hijos. Los doctores que creen lo contrario replican que esos idiotas tienen ideas que proporcionan sus sensaciones. Los doctores que no comparten tal opinión responden que el perro de caza, que aprende bien su oficio, tiene ideas

más continuas y es superior a esos idiotas. Esto originó una gran discusión respecto al alma, de la que no nos ocuparemos por haberle dedicado mucha extensión en el artículo Alma.

VIENTRES PEREZOSOS. San Pablo, en su Epístola a Tito (1, 12), refiere que los cretenses son mentirosos, bestias malignas y vientres perezosos. El médico Hecquet interpreta vientres perezosos suponiendo que eran estreñidos y por eso la materia fecal, refluendo a la sangre los ponía de mal humor y los convertía en malignas bestias. Es indudable que el hombre que va raras veces al excusado está más sujeto a la cólera que otros; su bilis no fluye, se recuece y su sangre se retestina. Cuando tengáis que solicitar, por la mañana, un favor de un ministro o un alto funcionario del ministerio, informaos antes discretamente si tiene el vientre libre. Nadie ignora que el carácter y el ingenio dependen casi absolutamente de una buena defecación. El cardenal Richelieu era sanguinario porque padecía de hemorroides internas que le molestaban en el intestino recto y endurecían sus materias fecales. La reina Ana de Austria le llama culo podrido. Este apelativo hacía más agria su bilis y probablemente costó la vida al mariscal Marillac y la libertad al mariscal Bassompierre. No comprendo por qué los afectos de estreñimiento mienten más que quienes no padecen tal afección, porque no hay relación alguna entre el esfínter del ano y la mentira, así como la hay entre los intestinos y nuestras pasiones, nuestra forma de pensar y nuestra conducta. Creo más bien que san Pablo llamó vientres perezosos a las personas sensuales, a los priores, canónigos y abades que tenían encomiendas, y a los prelados ricos, que pasaban la mañana en la cama para reponerse de los excesos de la noche anterior. Aunque se puede estar toda la mañana en la cama sin ser mentirosos ni bestias malignas, pues los voluptuosos indolentes casi siempre son muy amables en sociedad y tienen el mejor trato del mundo. Sea como fuere, me parece injusto que san Pablo injuriara a toda una nación y no manifestara en el referido pasaje, humanamente hablando, urbanidad, discreción, ni verdad. No se hacen prosélitos diciendo a quienes se predica que son bestias malignas, y es indudable que encontraría en Creta algunos hombres de mérito. ¿Por qué injurió de ese modo a la patria de Minos, de cuya patria el arzobispo Fenelón, más educado que san Pablo, hace cabal elogio en Telémaco?

San Pablo era muy quisquilloso, brusco y soberbio; si yo hubiera sido uno de los apóstoles, o al menos discípulo de ellos, no cabe duda que habría reñido con él. A mi juicio, era culpable de la riña que tuvo con san Pedro. Sentía la pasión del dominio, se enorgullecía siempre de ser apóstol, y de ser mejor que sus compañeros; él, que hizo lapidar a san Esteban, que fue perseguidor a las órdenes de Gamaliel y que debió llorar sus culpas mucho más que san Pedro lloró su flaqueza, humanamente hablando. Se vanagloria de ser ciudadano romano y haber nacido en Tarso, mientras san Jerónimo afirma que era un

pobre judío que nació en la localidad de Giscala, en Galilea. En las cartas al reducido rebaño de sus fieles, se expresa siempre como maestro inflexible y les dice: «Iré a buscaros a Corinto, os juzgaré por medio de dos o tres testigos y no perdonaré a quienes han pecado ni a los demás». Muchísimos cristianos defenderían hoy el partido de san Pedro contra san Pablo si no hubiera en la historia de aquél el innoble episodio de Ananías y su esposa Safira. Volviendo al texto de los cretenses mentirosos, bestias malignas y vientres perezosos, me permito aconsejar a los misioneros que no cumplirán su misión si empiezan por injuriar a los pueblos que desean convertir. No digo esto porque crea que los habitantes de Creta son los hombres más justos y respetables del mundo, como dijo la fabulosa Grecia. Tampoco pretendo armonizar su supuesta virtud con su supuesto toro, del que se enamoró la hermosa Pasifae, ni con el arte con que Dédalo construyó un toro de bronce ante el que Pasifae se colocó con tanta habilidad que su tierno amante le hizo un minotauro y al que el devoto Minos sacrificaba todos los años siete doncellas y siete jóvenes de Atenas. Tampoco creo que existieran en Creta cien grandes urbes; lo más probable es que fueran cien aldeas misérrimas sobre terrenos peñascosos y dos o tres ciudades. Siento mucho que Rollin, en elegante compilación de la Historia Antigua, haya creído tantas y tantas leyendas antiguas respecto a la isla de Creta y a Minos. Los pobres griegos y los pobres judíos que habitan actualmente en las montañas escarpadas de aquella isla, gobernada por un bajá, puede que sean mentirosos y bestias malignas, e ignoro si tienen el vientre perezoso, pero les deseo que tengan siempre qué comer.

VIRTUD. La virtud consiste en hacer el bien a nuestro prójimo. Si soy indigente y tú me socorres, si estoy en peligro y me salvas, si alguien me engaña y tú me dices la verdad, si estoy afligido y me consuelas, si soy ignorante y me instruyes, entonces te llamaré virtuoso. Pero, ¿qué sucederá entonces a las virtudes cardinales y a las teologales? Pues que algunas de ellas se quedarán en las escuelas. Me importa poco que seas temperante, porque la templanza en un precepto de salud que te conviene observar y, observándolo, te mantendrás en buena salud y ¡enhorabuena por ello! Todavía te felicito más si tienes fe y esperanza, porque ellas te harán ganar la vida eterna. Las virtudes teologales son dones del Cielo y las cardinales son cualidades óptimas para que nos conduzcamos bien, pero ni unas ni otras son virtudes respecto a nuestro prójimo. El hombre prudente se hace bien a sí mismo; el virtuoso es benefactor de los demás hombres. Tenía razón san Pablo cuando dijo que la caridad es superior a la fe y a la esperanza. No admitiremos, pues, más virtudes que las que benefician a nuestro prójimo? ¿Y por qué hemos de admitir otras? Los hombres vivimos en sociedad y en ella no debe haber nada verdaderamente bueno para nosotros sin que lo sea para toda la sociedad. El solitario sobrio, piadoso, mortificándose con un cilicio, puede ser tenido por santo, pero yo no le llamaré virtuoso hasta haber hecho algún acto que

beneficie a los demás hombres, porque estando solo no es bienhechor ni malhechor; no es nada para nosotros. Si san Bruno llevó la paz a las familias y socorrió a los indigentes, fue virtuoso; si ayunó y rezó en la soledad, fue un santo. La virtud entre los hombres es un comercio de obras buenas y el que no tiene parte en este comercio debe ser excluido. Si el citado santo estuviera en el mundo, indudablemente haría el bien, pero si permaneciera solitario el mundo tendría razón en no darle el nombre de virtuoso; sería bueno para él, no para nosotros. Entonces, me replicaréis, todo hombre solitario que sea glotón, borracho y licencioso, es un vicioso, y el que reúne las cualidades contrarias es un virtuoso. Contestaré que el hombre que tenga los defectos de que habláis es indudablemente un hombre ruín, pero de ningún modo es malvado, ni condenable, respecto a la sociedad, a la que sus infamias ningún daño hacen. Es presumible que si dicho hombre entra en la sociedad hará mucho daño y hasta puede que cometa crímenes; incluso es probable que sea un hombre malvado del mismo modo que el otro solitario temperante y casto no es seguro que sea un hombre de bien porque en la sociedad aumentan los defectos y disminuyen las buenas cualidades. Se me puede hacer otra objeción más fuerte: Nerón, el papa Alejandro VI y otros monstruos del mismo pelaje, fueron a veces bienhechores. Yo me atrevo a decir que fueron virtuosos en aquellas ocasiones. Algunos teólogos aseguran que el divino emperador Antonino no era virtuoso sino un terco estoico que no satisfecho con mandar a los hombres quería ser estimado por ellos, que se lucraba del bien que hacía al género humano, que toda su vida fue justo, laborioso y bienhechor por vanidad, y que no hizo más que engañar a los hombres con sus fingidas virtudes. Pero a todo ello, yo contesto: ¡Dios mío, dadnos con frecuencia semejantes bribones! Dícese que Marco Bruto, momentos antes de matarse, pronunció estas palabras: «Virtud, yo creía en ti, pero he visto que eres un vano fantasma». Bruto tenía razón si fundamentaba la virtud en ser jefe de partido y asesino de su bienhechor Julio César, pero si la hubiera fundamentado en beneficiar a los que dependían de él no la hubiera llamado fantasma ni se hubiera suicidado por desesperación.

«Yo soy muy virtuoso —dice un excremento teológico— porque observo las cuatro virtudes cardinales y las tres teologales». Un hombre honrado le pregunta: ¿Qué son virtudes cardinales?» Y aquél le contesta: «La fortaleza, la prudencia, la templanza y la justicia».

EL HOMBRE HONRADO. Si eres justo lo reúnes todo; la fortaleza, la prudencia y la templanza sólo son cualidades útiles. Si las tienes, tanto mejor para ti, pero si eres justo tanto mejor para los demás. No es suficiente ser justos, es preciso además ser bienhechores. ¿Cuáles son las virtudes teologales?

EL EXCREMENTO. La fe, la esperanza y la caridad.

EL HOMBRE HONRADO. Creer, ¿es por ventura una virtud? O lo que crees te parece verdadero y en este caso no hay ningún mérito en creer o te parece falso y en tal caso es imposible que lo creas. La esperanza no es tampoco virtud, como no lo es el temor; tememos y esperamos cuando nos prometen o cuando nos amenazan. ¿Por caridad no entendían los griegos y romanos la humanidad y el amor al prójimo? Este amor no es nada si no actúa; la beneficencia es, pues, la única virtud verdadera.

EL EXCREMENTO. Tonto tendría que ser si me desviviera por servir a los hombres sin esperar recompensa. Todo trabajo requiere su salario. No llevaría a cabo actos de honradez si no estuviera seguro de alcanzar el Paraíso.

Quis enim virtutem amplectitur ipsam Praemia si tollas?

(Juvenal, sat. X, vers. 141)

EL HOMBRE HONRADO. ¡Ah, maestro! He de entender que si no esperáis ir al Paraíso ni temierais ir al infierno, no haríais ninguna obra buena. Me habéis citado versos de Juvenal para demostrarme que sólo tenéis presente vuestro interés. Voy a recitaros unos de Racine, que podrán haceros ver al menos que podemos encontrar recompensa en este mundo esperando otra mejor.

Quel plaisir de penser et de dire en vous meme:

Partout en ce moment on me bénit, on m'aime!

On ne voit point le peuple á mon nom s'alarmer;

Le ciel dans tous leurs pleurs ne m'entend point nommer;

Leur sombre inimité ne fuit point mon visage,

Je vois voler partout les coeurs á mon passage!

Tels étaient vos plaisirs.

(Racine, Britannicus, acto IV, esc. II.)

Creedme, maestro, hay dos cosas que merecen que las amemos con desinterés y por sí mismas: Dios y la virtud.

EL EXCREMENTO. ¡Cómo! ¿Es que sois fenelonista?

EL HOMBRE HONRADO. Sí, maestro.

EL EXCREMENTO. Pues voy a denunciaros al oficial de Meaux.

EL HOMBRE HONRADO. Denunciadme.

VISIÓN. En este artículo no me ocuparé de la forma admirable como los ojos perciben los objetos, ni cómo todo lo que vemos se pinta en la retina,

pintura divina ejecutada por leyes matemáticas y que al igual que todo es obra del Creador. Esta clase de visión la han tratado con agudeza grandes genios, y después de sus cosechas no han dejado ya granos que recoger. Tampoco voy a ocuparme de la herejía de que acusaron al papa Juan XXII por haber afirmado que los santos no gozarán de la visión beatífica hasta después del Juicio Final. Sí voy a ocuparme de la multitud de visiones que favorecieron o atormentaron a muchos santos, que numerosos imbéciles creyeron haber visto con las que infinidad de pícaros y bribonas han hecho caer al mundo en la trampa, sea para adquirir reputación de beatos, que es gran reputación, sea para sacar mucho dinero, lo que para los charlatanes es más satisfactorio aún. Dom Calmet y Lenglet han recogido muchas visiones. La más interesante, a mi juicio, y la que produjo efectos más nefandos porque introdujo la Reforma en las tres cuartas partes de Suiza, es la del joven jacobita Yetzer, que vio muchas veces a la Virgen y a santa Bárbara, quienes le imprimieron los estigmas de Jesucristo. Al darle la comunión el prior de su convento le hizo tragar una hostia espolvoreada con arsénico y el obispo de Ausonia le amenazó con quemarle vivo, porque fue a quejarse de que habían intentado envenenarle. Esas abominaciones fueron lo que movió a los habitantes de Berna a dejar de ser católicos, apostólicos y romanos.

Aunque de menor entidad, voy a referir la visión que tuvieron los padres franciscanos de Orleáns en 1534. El proceso criminal que promovió consta en la biblioteca del rey de Francia, y tiene el número 1770. La ilustre casa de Saint-Mesmin era gran benefactora del convento de los franciscanos y tenía derecho de sepultura en la iglesia. Cuando murió la esposa de un miembro de dicha familia que era preboste de Orleáns, creyendo que sus antepasados se habían empobrecido por la excesiva liberalidad con los franciscanos, sólo les hizo un regalo que estimaron de poca monta. Los buenos frailecitos tuvieron entonces la ocurrencia de desenterrar a la difunta para obligar al esposo a que volviera a enterrar a su mujer y exigirle una mayor cantidad. El proyecto era insensato porque el señor de Saint-Mesmin hubiera podido hacer que la enterraran en otra parte, pero los bribones tienen algo de desquiciados. Mas he aquí que la difunta se apareció a dos franciscanos y les dijo: «Estoy condenada como Judas porque mi marido no dio al convento lo que debía dar». Los dos frailes que refirieron estas palabras no pararon mientes en que debían perjudicar más al convento que aprovecharle. El convento se proponía sacar una buena cantidad al señor de Saint-Mesmin para que consiguiera el descanso eterno para el alma de su esposa; ahora bien, si el alma de la difunta estaba condenada, no la podía salvar todo el dinero del mundo y era inútil dar ninguna cantidad. Por lo tanto, los franciscanos corrían el riesgo de ver su gozo en un pozo. Aunque en general puede decirse que Francia carecía entonces de sano juicio, porque primero la embruteció la situación de los francos y después la invasión de la teología escolástica, en Orleáns había

personas que razonaban y por ende supusieron que si el Ser Supremo permitió al alma de la señora de Saint-Mesmin que se apareciera a dos frailes franciscanos, no era lógico que su alma se declarara condenada como Judas. La comparación les pareció insensata. La citada dama no había vendido a Jesús por treinta dineros, ni tampoco se ahorcó; luego, no había el menor pretexto para compararla con Judas. Esta comparación hizo sospechosos a los dos frailes y levantó gran revuelo en Orleáns; los incrédulos que no comulgaban con ruedas de molino ni admitían visiones tan absurdas sacaron fatales deducciones. Los franciscanos cambiaron entonces de táctica y metieron a la dama en el Purgatorio. Volvió a aparecerse a los frailes declarando que estaba en el Purgatorio y pidió que la desenterraran. No era costumbre desenterrar a los que estaban en el Purgatorio, pero creían los franciscanos que Saint-Mesmin evitaría esta afrenta dándoles una importante suma. La petición de que la sacaran de la iglesia aumentó las sospechas de los incrédulos. Creían que las almas se aparecían con frecuencia, pero que nunca pedían que las desenterraran. Desde entonces, el alma enmudeció. Pero continuó haciendo el duende en el convento y en la iglesia y los frailes decidieron exorcizarla. El hermano Pierre de Arras la conjuró de modo torpe, diciéndole: «Si eres el alma de la difunta señora de Saint-Mesmin, da cuatro golpes», y se oyeron cuatro golpes. «Si estás condenada, da seis golpes», y los seis golpes se oyeron también. «Si sufres mayores tormentos en el infierno por estar tu cuerpo enterrado en lugar santo, da otros seis golpes», y también se oyeron. «Si desenterramos tu cuerpo, si cesamos de rezar a Dios por ti, ¿será más leve tu condenación?, da cinco golpes si respondes afirmativamente», y el alma respondió con cinco golpes. Este interrogatorio lo firmaron veintidós franciscanos, siendo el primero el reverendo padre provincial, que al día siguiente interrogó de igual modo al alma, recibiendo las mismas respuestas. Cabe objetar que habiendo declarado el alma que estaba en el Purgatorio, los franciscanos no debían suponer que estaba en el infierno, pero no tengo la culpa de que los teólogos se contradigan. El señor de Saint-Mesmin presentó al rey una exposición haciendo a los franciscanos los cargos que se merecían; éstos, por su parte, contestaron y el rey nombró jueces especiales para que juzgaran la causa. El fiscal general pidió que los franciscanos fueran quemados vivos, pero el fallo de los jueces sólo les condenó a pagar una gran cantidad y ser desterrados del reino. Esta sentencia está fechada el 18 de febrero de 1534. Tras las citadas visiones ya es inútil ocuparme de otras, nacidas todas ellas de la superchería o de la locura. Las visiones de la primera clase deben caer bajo la jurisdicción de la justicia; las de la segunda clase son visiones que tienen los locos enfermos y los locos que gozan de buena salud. De las primeras debe encargarse la medicina y de las segundas los manicomios.

VOTOS. Pronunciar un voto para toda la vida es esclavizarse para

siempre. ¿Cómo pudo establecerse la peor de las esclavitudes en un país donde está proscrita la esclavitud? Prometer a Dios mediante juramento que seremos desde la edad de quince años, hasta morir, franciscanos, jesuitas o dominicos, es afirmar que tendremos siempre la misma idea y es peregrino prometer para toda la vida lo que no estamos seguros de cumplir de hoy para mañana. ¿Cómo han sido los gobiernos tan enemigos de sí mismos y tan absurdos para consentir a los ciudadanos a que enajenen su libertad a una edad en que no les autorizan a disponer de lo más insignificante de sus bienes? ¿Cómo es que estando convencidos todos los legisladores de esa solemne tontería no la han suprimido? ¿No es para alarmarse cuando reflexionamos que existen más frailes que soldados? ¿No es penoso descubrir los secretos de los claustros, las liviandades, los tormentos que sometieron a niños desgraciados, que cuando son hombres detestan su situación de forzados y pugnan con inútil desesperación por romper las cadenas con que los ató su locura?

Conocí a un joven, cuyos padres le obligaron a ser capuchino a los quince años, que estaba locamente enamorado de una joven de poco más o menos su edad. Cuando el desventurado mozalbete hizo sus votos a san Francisco de Asís, el diablo le recordó los que hizo a su novia y que había firmado la promesa de matrimonio. Pudo el diablo más que san Francisco y el joven capuchino escapó del convento y se presentó en casa de su prometida, donde le dijeron que también había ingresado y profesado en un convento. El joven se presentó en el convento donde estaba su ex novia diciendo que deseaba verla, y le contestaron que había muerto de desesperación. Al oír la noticia perdió el conocimiento y cayó en el suelo exánime. Lo trasladaron a un convento inmediato de frailes, no para prestarle los socorros que necesitaba, sino para administrarle la extramaunción antes de morir, que es lo que infaliblemente salva el alma. El convento donde llevaron al desventurado joven era un cenobio de capuchinos, que caritativamente le hicieron esperar tres horas a la puerta hasta que por fortuna le reconoció uno de los frailes por haberle visto en el convento de donde escapó. Le llevaron a una celda y le cuidaron con solicitud con la idea de santificarlo, haciéndole sufrir saludable penitencia. Cuando se restableció le llevaron maniatado al convento que abandonó y verán mis lectores cómo le trataron. Le hicieron bajar a una fosa profunda en la cual había una losa muy grande en la que estaba sujeta una cadena de hierro, con la que le ataron por un pie. Pusieron cerca de él un pan de centeno y un cántaro de agua y después cerraron la fosa. Al cabo de tres días le sacaron para que compareciera ante el tribunal de los capuchinos, que necesitaba averiguar si tuvo cómplices en su evasión, y para obligarle a que lo declarara le aplicaron la tortura que acostumbraban en el convento. Consistía ésta en apretar con varias cuerdas los miembros del infortunado. Tras sufrir este tormento le sentenciaron a estar en su mazmorra durante dos años, saliendo de ella tres veces a la semana, desnudo, para recibir disciplinazos con

cadenas de hierro. Dieciséis meses resistió este suplicio, pero un día, aprovechando una riña tremenda que tuvieron los capuchinos y mientras se daban de palos, consiguió evadirse. Permaneció escondido durante unas horas entre matorrales y al anochecer se puso en camino, pero estaba tan extenuado por el hambre que apenas podía sostenerse. Un alma buena que pasaba por su lado se apiadó de él, lo llevó a su casa y le prestó toda clase de cuidados. El propio desventurado capuchino me contó lo referido en presencia de su salvador. He aquí lo que ocasionan los votos. Sería aleccionador examinar si las atrocidades que se cometen todos los días en los conventos de frailes mendicantes deben indignarnos más que la riqueza abusiva que adquieren los demás frailes que reducen a la miseria muchas familias. Unos y otros han hecho voto de vivir a expensas de la ciudadanía, de ser una carga para la patria, de perjudicar el aumento de población, de engañar a sus coetáneos y a la posteridad y, sin embargo, toleramos esa institución.

Z

ZOROASTRO. Si fue quien legó a los hombres este aforismo: «Cuando dudes si un acto es bueno o malo, abstente de practicarlo», Zoroastro fue el primero de los hombres después de Confucio. Si esta sublime lección de moral se encontró escrita en el Sadder mucho después de la época de Zoroastro, bendigamos al autor de dicho libro. Pueden crearse dogmas y observarse ritos muy ridículos profesando excelente moral. ¿Quién era Zoroastro? El nombre parece derivar del griego y se cree que era medo. Los parsis actuales le llaman Zerdust, Zerdast o Zaradast. Se dice que no fue el primero de ese nombre, pues se habla de otros dos Zoroastros. Uno de ellos data de hace nueve mil años, que son muchos para nosotros, aunque sean pocos para el mundo. Nosotros sólo conocemos al tercer Zoroastro. Los viajeros franceses Chardin y Tavernier nos han hecho saber algo de ese gran profeta, del que adquirieron noticias por medio de los guebros o parsis, todavía esparcidos por la India y Persia y que son excesivamente ignorantes. En cambio, el doctor Hyde, profesor de árabe en Oxford, nos ha hecho saber cien veces más de Zoroastro sin haber salido de su casa. Adivinó desde el oeste de Inglaterra la lengua que hablaban los persas en la época de Ciro y la cotejó con la lengua moderna de los adoradores del fuego. A él, especialmente, debemos la traducción del Sadder, en el que constan los principales preceptos de los devotos ignícolas o adoradores del fuego. Las interesantes investigaciones de Hyde encendieron en el corazón del sabio orientalista francés Anquetil el deseo de viajar para aprender los dogmas de los guebros. Viajó por la India con el fin de aprender en Surate, entre los parsis modernos, la lengua de los antiguos persas y leer en

dicho idioma los libros del famoso Zoroastro, suponiendo que hubiera escrito.

Pitágoras, Platón y Apolonio fueron a Oriente en busca de la sabiduría, que no estaba allí, pero ningún hombre corrió tras esa divinidad oculta pasando tantas angustias, ni afrontando tantos peligros, como Anquetil, traductor de los libros atribuidos a Zoroastro. Ni las enfermedades, la guerra, los ingentes obstáculos que tuvo que vencer, ni la pobreza que es el primero y mayor de todos ellos, le hicieron desistir de su firme propósito. Es una gloria para Zoroastro que un inglés escribiera su vida muchos siglos después de su época, y que luego un francés la volviera a escribir de forma diferente. Pero lo singular es que contemos entre los biógrafos antiguos del profeta a dos autores árabes, que cada uno redactara una historia distinta, y que las cuatro historias se contradigan de tal forma que nadie sea capaz de conocer la verdad. El primer historiador árabe, Abu Mohamed Mustafá, refiere que el padre de Zoroastro se llamaba Espintaman, pero a renglón seguido dice que Espintaman no era su padre, sino su tatarabuelo. Respecto a su madre, dice que se llamaba Dogdu, Dodo o Dodu, una hermosa mujer hindú que describe muy bien el doctor Hyde. El segundo historiador árabe, Bundari, asegura que Zoroastro era judío y fue un criado de Jeremías que engañó a su señor, y éste, por vengarse, le hizo contraer la lepra; el criado, por quitársela de encima, fue a predicar una nueva religión en Persia, donde consiguió que adoraran al sol en vez de adorar a las estrellas.

El doctor Hyde nos cuenta que el profeta Zoroastro vino del paraíso a predicar su religión en los dominios de Gustaf, rey de Persia, y éste le dijo: «Demuéstrame algo para que te crea». El profeta hizo crecer entonces ante la puerta del palacio un cedro tan corpulento y tan alto que ninguna cuerda podía rodearlo ni alcanzar el remate de su copa, y en su cima puso una hermosa habitación a la que ningún hombre podía subir. Y el rey quedó tan asombrado de este milagro que creyó en Zoroastro. Cuatro magos envidiosos y malvados pidieron al portero real la llave de la habitación del profeta, mientras éste se hallaba ausente, y pusieron entre los libros de Zoroastro huesecillos de perros y gatos, y uñas y cabellos de muertos, elementos que, como es sabido, han usado los magos de todos los tiempos. Acto seguido, se presentaron al rey y acusaron al profeta de ser hechicero y envenenador. El rey mandó al portero que le abriera la habitación y encontrando lo dicho sentenció a la horca al enviado del cielo. Cuando iban a ahorcar a Zoroastro, el caballo más hermoso del rey sufrió un percance extraño; se le metieron en el cuerpo las cuatro patas de tal modo que no se veían. Cuando el profeta lo supo prometió solemnemente curar al caballo a cambio del perdón. Aceptada su propuesta, hizo salir una pata del vientre del corcel, diciendo: «Señor, no sacaré la segunda pata si no prometéis abrazar mi religión». «Te lo prometo», contestó el rey. El profeta hizo aparecer la segunda pata del animal y luego exigió que los hijos del monarca también se convirtieran. Finalmente, la aparición de las

dos patas restantes consiguió hacer numerosos prosélitos en la corte. Ahorcaron a los cuatro perversos magos en vez del profeta y toda Persia abrazó la religión de Zoroastro.

El orientalista Anquetil refiere poco más o menos los mismos milagros, pero embellecidos y aumentados. Por ejemplo, la infancia de Zoroastro debió ser milagrosa; según cuentan Plinio y Solín, cuando nació se echó a reír. En aquellos tiempos había muchos magos, muy poderosos, que vaticinaban que llegaría un día en que Zoroastro sabría más que ellos y los hundiría. El príncipe de los magos hizo que llevaran al niño a su casa con la intención de abrirle en canal, mas al iniciar esta operación se le secó la mano. Lo arrojaron al fuego para que muriera abrasado y el fuego se transformó para él en un bario de agua de rosas. Lo dejaron entre una manada de lobos y éstos fueron a buscar dos ovejas que le amamantaron toda la noche. Finalmente, comprendiendo que no podían quitarle la vida, lo devolvieron a su madre, la más excelente de todas las mujeres. Y así son en todo el mundo las historias de los tiempos más remotos; por eso hemos dicho algunas veces que la leyenda es la más hermosa primogénita de la historia. Quisiera, para solaz e instrucción, que los grandes profetas de la Antigüedad, Zoroastro, Mercurio, Trimegisto, Abaris y Numa, volvieran al mundo y discutieran con los filósofos menos sabios de nuestros días porque, sin duda, harían un papel ridículo. Serían unos mequetrefes charlatanes que no conseguirían vender sus drogas en la plaza pública, aunque repito que su moral es buena, porque la moral no es una droga. ¿Cómo pudo Zoroastro mezclar con tantas tonterías el sublime aforismo de abstenerse de obrar cuando dudemos de si es en bien o en mal? Por la sencilla razón de que los hombres están llenos de contradicciones.

FIN DEL DICCIONARIO FILOSÓFICO

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es